
HARLEQUIN
Deseo™
REINVENTANDO
EL PASADO
JANICE MAYNARD



REINVENTANDO EL PASADO

JANICE MAYNARD



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Reinventando el pasado, n.º 2063 - septiembre 2015
Título original: Baby for Keeps
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-6815-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

El bar Silver Dollar siempre estaba lleno los sábados por la noche. Dylan Kavanagh tomó nota con la mirada de la clientela: los recién casados en la mesa seis, el típico borracho al que pronto habría que echar del establecimiento, el nervioso menor de edad pensando en utilizar un carné de identidad falso…

En la barra, una antigüedad de madera rescatada de un edificio de Colorado, gente pidiendo bebidas mientras masticaban cacahuetes. Los turistas eran fáciles de identificar, no solo porque él conocía a la mayoría de los habitantes de la zona, sino porque los forasteros no cesaban de mirar a un lado y a otro en busca de gente famosa.

Debido a la belleza natural de la región occidental de Carolina del Norte, un gran número de películas se filmaban allí. La elegante ciudad en la que él vivía, Silver Glen, recibía constantes visitas de gente famosa. La semana anterior, uno de los más prestigiosos directores de cine de Hollywood había cerrado un trato para filmar una película en la zona sobre la guerra civil.

Pero Dylan no le daba importancia a eso, no le interesaban las celebridades que pasaban por su establecimiento a beber o a comer. Estaba quemado.

De repente, se dio cuenta de que, inconscientemente, había estado observando algo que le había alarmado: una mujer, en un extremo de la barra, bebiendo como si su vida dependiera de ello. Frunció el ceño, sorprendido de que Rick, el camarero, no le hubiera cerrado el grifo.

Dylan se dirigió al otro lado de la barra y se aproximó a Rick, que contaba con la ayuda de otros dos camareros en la barra además de tres camareras sirviendo las mesas.

Le dio una palmada a Rick en el hombro y le susurró:

–No vuelvas a servir alcohol a la mujer de rosa. Creo que ya ha bebido más de la cuenta.

Rick le sonrió mientras continuaba sirviendo bebidas.

–No te preocupes, jefe, está bebiendo daiquiris de fresa sin alcohol.

Fuera hacía un calor infernal, lo que justificaba que cualquiera de la clientela quisiera tomar una, dos o tres bebidas frías. A pesar del aire acondicionado, la mujer de rosa bebía como si nada pudiera saciarle la sed.

Tras asentir, Dylan se dispuso a marcharse.

Rick, veinte años mayor que él, le indicó la puerta con un movimiento de cabeza.

–Vete a casa, jefe. Nosotros nos encargaremos del negocio.

Rick, un hombre alto y corpulento, era la persona perfecta para ese

trabajo. Ni él ni el resto del personal necesitaban que Dylan merodeara por ahí dando la impresión de que no se fiaba de ellos.

Pero lo cierto era que a Dylan le encantaba el Silver Dollar. Lo había comprado a los veinte años y, después de hacer una reforma completa en la vieja construcción, lo había convertido en uno de los negocios más rentables de Silver Glen.

Dylan era un hombre rico a los veinte años, y aunque el bar fracasara seguiría siendo rico. Era un Kavanagh, un miembro de la familia que había hecho de Silver Glen un lugar próspero desde mediados del siglo XX y, como tal, podía permitirse el lujo de vivir sin trabajar. Pero su madre, Maeve, les había inculcado a sus siete hijos el respeto al trabajo.

Pero ese no era el motivo de que Dylan estuviera en el Silver Dollar aquel sábado por la noche, ya que había trabajado en exceso aquella semana y se había ganado un descanso. No, el asunto era más complicado. Ese bar demostraba que su vida no era un fracaso.

Su adolescencia, en parte, había sido una pesadilla, por lo que no le gustaba rememorar el pasado. Había tenido que enfrentarse al hecho de que jamás igualaría los logros académicos de su hermano mayor y, cuando lo hizo, abandonó la universidad.

La verdad era que en ese bar se sentía más a gusto que en ningún otro sitio. El Silver Dollar era un establecimiento de ambiente relajado, a veces alborotado y siempre interesante. Allí nadie estaba enterado de sus fracasos. Nadie, ni siquiera los lugareños, parecían recordar que él había sido elegido, metafóricamente, para ser un estudiante avocado a ser un parásito.

Le dolía no haber sido buen estudiante, pero había ocultado su enfado y frustración tras una máscara de insolencia, irresponsabilidad y libertinaje.

Ese viejo edificio le había redimido: le había hecho sentar la cabeza y entregarse a algo que realmente le gustaba. Para él, el Silver Dollar era mucho más que un negocio, simbolizaba su propia declaración de independencia.

Además, Dylan no tenía pareja en esos momentos, por lo que prefería estar en el bar a sentarse en casa delante del televisor. Le gustaba la gente, así de sencillo. Lo que le hizo volverse a la mujer de rosa.

«Ignórala», se dijo a sí mismo.

Rick tenía razón, debería irse a casa. Por mucho que le gustara estar en el Silver Dollar, la vida no solo era el negocio. Sin embargo, antes de marcharse, sintió la necesidad de aproximarse a aquella enigmática clienta. Y cuando vio que el taburete al lado de la mujer se quedaba vacante, su sangre irlandesa le llevó hasta allí.

No era extraño ver a una mujer sola en la barra del bar, pero solían ser mujeres en busca de una aventura amorosa. Aquella, sin embargo, parecía envuelta en una capa de soledad, los ojos fijos en la bebida.

Dylan se sentó en el taburete, a la izquierda de ella, y fue entonces cuando vio lo que no había podido ver hasta estar cerca de ella.

La mujer tenía a un bebé en los brazos.

Un niño de pecho, para ser exactos. Y debía de ser una niña, a juzgar por el lazo de color rosa en uno de sus oscuros rizos.

Arrepentido del impulso que le había llevado hasta allí, Dylan se dio cuenta de que a esa mujer le pasaba algo. Lo inteligente era marcharse. Su natural inclinación a ayudar a la gente a veces no era reconocida y, en ocasiones, incluso le acarreaba problemas.

La mujer ni siquiera dio muestras de darse cuenta de su presencia. Pero justo cuando estaba a punto de bajarse del taburete y marcharse, ella dejó la copa en la barra y, con un largo suspiro, gritó que había estado llorando o que iba a llorar o que estaba haciendo grandes esfuerzos por no llorar.

Él no soportaba ver a una mujer llorando. En eso se parecía a la mayoría de los miembros de su sexo. No tenía hermanas y la última vez que había visto llorar a una mujer había sido a su madre en el funeral de su padre. Lo que explicaba el deseo, o necesidad, que sentía de salir de allí corriendo.

Pero algo le dejó clavado al taburete: un caballeroso deseo de ayudar. Eso y el aroma de aquella mujer, que le hizo rememorar los rosales en flor de los jardines de Silver Beeches, el hotel de su hermano en lo alto de una montaña.

Sin saber qué decir o qué hacer le lanzó una fugaz mirada a la mujer. Como estaba sentada, no pudo calcular su altura, pero le pareció que debía ser de mediana altura. Llevaba pantalones caquis y una camisa de color rosa. Tenía el pelo castaño oscuro y lo llevaba recogido en una cola de caballo. Su perfil era delicado y la barbilla obstinadamente pronunciada.

Su rostro le resultaba familiar, quizá porque se parecía a la actriz Zoowy Deschanel, aunque de semblante más sobrio. Parecía exhausta. Tenía la mano izquierda descansando en la superficie de la barra y no llevaba anillo de casada, aunque eso no significaba nada.

«Levántate y vete».

El subconsciente trataba de ayudarle, pero no le hizo caso. Se inclinó hacia la mujer y dijo:

–Perdone, señora. Soy Dylan Kavanagh, el propietario de este bar. ¿No se encuentra bien? ¿Puedo ayudarla en algo?

Mia se quedó perpleja al oír la voz de Dylan después de tantos años. Había ido a Silver Dollar porque había llegado a sus oídos que Dylan era el propietario y sentía curiosidad por ver qué tal le iba. Pero no había imaginado que él estuviera allí.

Mia levantó el rostro y se mordió los labios.

–Hola, Dylan. Soy Mia, Mia Larin.

La mirada que Dylan le lanzó no fue halagadora. Pero no tardó en recuperarse.

–Dios mío, Mia Larin. ¿Qué te trae por Silver Glen?

Era una pregunta razonable. Ella se había marchado de Silver Glen nada más acabar los estudios en el instituto. Dylan tenía dieciocho años por aquel entonces, un adolescente contra todo y contra todos. Ella contaba con dieciséis años y el futuro le asustaba, era una adolescente marginada con un coeficiente de inteligencia de ciento setenta. Mientras ella estaba

en la universidad, sus padres habían vendido la casa y se habían trasladado a la Costa del Golfo, haciéndola perder todo contacto con Silver Glen.

Mia, con un nudo en la garganta, se encogió de hombros.

–La verdad es que no lo sé. Supongo que la nostalgia. ¿Y tú? ¿Cómo te va?

Era una pregunta tonta, podía ver con sus propios ojos cómo le iba. El chico esquelético y larguirucho se había convertido en un hombre alto, moreno y extraordinariamente guapo. Los cálidos ojos ámbar de Dylan se clavaron en los suyos y, al instante, sintió un hormigueo en el estómago.

Unas anchas espaldas, cabello castaño dorado y un cuerpo musculoso hacían que ese hombre exudara virilidad. Se preguntó si seguiría siendo tan indomable como de adolescente.

Dylan había sido el primer chico con el que había entablado amistad, el único chico que la había besado en el instituto. Y ahí estaba, delante de ella… y demasiado atractivo para su propio bien.

Dylan sonrió travieso y, en un instante, Mia se sintió volver al pasado, loca por él y desesperada por saber que jamás se convertiría en la novia de Dylan Kavanagh.

Dylan alzó una mano y el camarero le llevó un vaso de zumo de lima con soda al momento. Bebió un sorbo, dejó el vaso y le tiró de la cola de caballo suavemente.

–Ya eres toda una mujer.

Mia sintió un placer adolescente al oír aquellas cinco palabras cargadas de sorpresa y masculino interés en igual medida. Lo que era una tontería, teniendo en cuenta que pasaba de los treinta años, tenía dos doctorados y era madre desde hacía doce semanas.

–Todos nos hacemos mayores. Tú también.

Dylan jugueteó con la pajita en el vaso y no se molestó en disimular su curiosidad al mirar a Cora. La niña, por suerte, estaba profundamente dormida.

–Así que tienes una niña, ¿eh?

–¿Cómo lo has adivinado, listillo?

Dylan parpadeó.

Mia se avergonzó de que el comentario pudiera haberle parecido a Dylan una referencia al pasado, al tiempo en el que ella le dio clases porque Dylan tenía dislexia. Mayor que ella, le había resultado insultante que una chica de quince años que estaba en su clase por ser extraordinariamente inteligente le estuviera dando clases por ser incapaz de leer en profundidad libros de texto y literatura inglesa.

–No me refería a… Lo siento –dijo Mia rápidamente–. Me siento incómoda por tener una hija y no estar casada. Mis padres parece que lo empiezan a asimilar, pero no les hace ninguna gracia.

–¿Dónde está el padre de la criatura? –preguntó Dylan; al parecer, olvidando el comentario.

–Prefiero no hablar de ello.

Un hombre lanzó unas carcajadas y, sin intención alguna, se chocó con ella. Mia sujetó a Cora con más fuerza al tiempo que se daba cuenta de

que un bar era el lugar menos apropiado para estar con su bebé.

Dylan debió haber llegado a la misma conclusión, porque al instante le puso una mano en el brazo, le sonrió y dijo:

–No podemos hablar aquí. Vamos arriba, estaremos más cómodos. Era el apartamento de mi contable, pero se marchó el martes de la semana pasada.

Mia dejó que la ayudara a bajarse del taburete y después agarró la bolsa con pañales y las cosas de la niña y se la colgó del hombro.

–Te lo agradezco.

Para ser una mujer con el coeficiente de inteligencia de un genio, se encontró sin saber qué decir.

Cruzaron la zona restaurante del establecimiento hasta llegar a un pequeño vestíbulo en la parte trasera del edificio del que salía una empinada y estrecha escalera poco iluminada.

Dylan insistió en llevarle la bolsa y, detrás de él, Mia subió la escalera haciendo un esfuerzo por apartar los ojos de las prietas nalgas enfundadas en unos usados vaqueros.

Sabía que ese hombre que tenía delante, a pesar de ser multimillonario, poseía la habilidad de parecer un tipo cualquiera. Era una de esas cosas que siempre había admirado de Dylan; sobre todo, porque a ella siempre le había costado integrarse en un grupo. Tímida y seria, siempre se había sentido marginada entre sus compañeros de clase dos años mayores que ella.

Dylan se detuvo en el descansillo.

–La parte de la izquierda la utilizamos de almacén. Como ya te he dicho, este era el apartamento de la contable, pero se va a casar y se ha trasladado a otra región. Y, por supuesto, ahora me encuentro con un montón de problemas. Tengo que contratar a alguien pronto; de lo contrario, los de Hacienda se van a ensa-ñar conmigo por no pagar los impuestos trimestrales.

Dylan abrió la puerta que tenía más cerca y la hizo entrar.

Mia paseó la mirada con interés. Se encontraban en un cuarto de estar amplio en el que había un sofá, un diván y dos sillones tapizados con estampado en tonos azul marino. La alfombra era de color crudo y unas zonas más claras en las paredes indicaban la ausencia de los cuadros que las habían ocupado.

–¿Cuánto tiempo estuvo trabajando para ti?

Dylan dejó la bolsa de los pañales en un sillón.

–Casi desde el principio. Es viuda, su marido murió y la dejó casi sin nada. Así que este trabajo fue una salvación para ella y también para mí. Pero hace un par de meses conoció a un conductor de camiones en el bar y… se acabó.

Mia se sentó en el sofá con un suspiro y tumbó a Cora a su lado. La niña ni se movió.

–La vida está llena de sorpresas –comentó ella.

Dylan ocupó el sillón al lado del extremo del sofá donde ella estaba.

–¡Y que lo digas! ¿Te acuerdas de mi hermano Liam?

–Sí, claro que me acuerdo. Me intimidaba bastante. Era muy serio.

–Se ha relajado mucho desde que conoció a Zoe. Zoe es su esposa. Te gustaría, creo que os llevaríais bien.

–¿Sí? ¿Por qué?

Evidentemente, el comentario había sido una tontería, porque Dylan titubeó.

–Bueno, no sé. Cosas de chicas…

Ella se sonrojó. Ese era su problema, no se le daba bien hablar por hablar. Debería marcharse, pensó. Pero había cometido tantos errores en la vida que se sentía agradecida de tener una excusa para dejar de pensar en sí misma y centrar la atención en otra persona.

Tras recuperar la compostura, apoyó la espalda en el respaldo del sofá y sonrió a Dylan.

–Dime, aparte de que tu hermano se haya casado, ¿qué más ha pasado en Silver Glen desde que me marché?

Dylan se cruzó de piernas y se puso las manos detrás de la cabeza.

–¿Has cenado? –no era la respuesta a la pregunta de Mia, pero tenía hambre.

–No. Pero no te sientas en la obligación de darme de comer, por favor.

–Por los viejos tiempos –Dylan agarró el móvil y envió un mensaje a la cocina–. Nos subirán algo de comer tan pronto como puedan.

–Estupendo –respondió ella, sonriendo tímidamente.

Dylan recordó que, en el pasado, Mia bajaba ligeramente la cabeza y sonreía cuando algo le complacía. Aunque complacer a Mia no había sido una de sus prioridades. Le había molestado que una cría de quince años tuviera que ayudarle con los estudios. Y la verdad era que, con frecuencia, le había hecho pasarlo mal.

–¿Por qué lo hiciste? –preguntó Dylan. Mia arrugó el ceño.

–¿Por qué hice qué?

–Darme clases –respondió él con expresión seria.

–¡Madre mía, Dylan! ¿Por qué has tardado tanto en preguntármelo?

Dylan se encogió de hombros.

–Estaba ocupado.

–Sí, ya lo creo que lo estabas. Fútbol, baloncesto, chicas…

–¿Lo notaste?

–Lo notaba todo –contestó ella–. Estaba loca por ti.

Dylan sintió una profunda vergüenza al acordarse de todos los desaires que le había hecho a Mia. Aunque en privado le estaba agradecido por ayudarle a comprender el sentido de las obras de Shakespeare, en público la despreciaba y le gastaba bromas de mal gusto, a pesar de ser consciente de que la hacía daño.

Pero lo más importante para él había sido mantener su imagen de chico malo. Cuando algunos de sus compañeros de instituto recibieron becas y ofertas de universidades, él se esforzó por fingir que eso le traía sin cuidado. La universidad era una estupidez y algo innecesario. Se lo había repetido a sí mismo tantas veces que casi había llegado a creerlo. Pero cuando no logró acceder a una universidad, se sintió completamente

humillado.

–Te debo un millón de disculpas –declaró Dylan con sinceridad–. Sé que hacías todo lo que podías por ayudarme.

–Escribiste un trabajo sobre la imposibilidad de que la historia de Romeo y Julieta fuera creíble.

–Y sigue pareciéndomelo –protestó Dylan–. Hay que ser idiota para envenenarse cuando podía haber secuestrado a la chica y llevársela a Las Vegas.

Mia se echó a reír. La risa le quitó años de encima, haciéndola parecer la chica que él recordaba.

–Los problemas que tenías no eran culpa tuya, Dylan. Alguien debería haberte diagnosticado la dislexia desde la infancia. De haber sido así, te habría ido mucho mejor en los estudios.

–La culpa, en parte, también es mía. Hice todo lo posible por aparentar que era vago y que no me gustaba estudiar.

–Puede que engañaras a los demás, pero a mí nunca me engañaste.

Capítulo Dos

La burlona sonrisa de Dylan le encogió el corazón. La dislexia no era una barrera fácil de pasar. Mia sabía que Dylan había logrado una puntuación superior a la media en las pruebas de inteligencia. En lo referente a la creatividad y a relacionarse con la gente, Dylan era muy superior a ella. Era un hombre listo y con talento; desgraciadamente, sus capacidades no corrían paralelas al modo en que la educación tradicional evaluaba el logro personal.

–Me has preguntado por qué te di clases –dijo ella volviendo a la pregunta de antes.

–Sí, me gustaría saberlo.

–Supongo que fue por distintos motivos. En primer lugar, el profesor me pidió que lo hiciera. Por otra parte, me pasaba lo mismo que a la mayoría de las chicas del instituto, quería estar contigo.

Dylan se frotó la mandíbula.

–¿Eso es todo?

–No –había llegado el momento de ser brutalmente honesta–. Quería que te fuera bien y creía que podía ayudarte. Aunque te esforzabas en disimular, yo sabía que te dolía sentirte…

–Estúpido –dijo Dylan, interrumpiéndola–. Esa era la palabra que estabas buscando, ¿no?

Mia se lo quedó mirando; al parecer, Dylan seguía teniendo dudas respecto a su capacidad intelectual.

–¡Dylan, por favor! Eres un hombre que ha tenido

éxito en los negocios y a quien la gente respeta. Y te ganas la vida trabajando, aunque no te hace falta. Has conseguido que el Silver Dollar Saloon sea un lugar especial. ¿Qué importancia tiene que no te fuera bien en el colegio? Ya no somos niños. Has demostrado, sin lugar a dudas, que tienes mucho talento.

Dylan apretó la mandíbula.

–¿Y tú, Mia, a qué te dedicas?

–A la investigación médica en la zona de Raleigh y Durham, en El Triángulo. Mi equipo intenta demostrar que la serie de vacunas que se les administra a los ni-ños no suponen riesgos para la salud.

–Y yo me gano la vida vendiendo cerveza.

–No te pongas así, esto no es una competición –le dijo ella enfadada.

–No, claro que no, jamás podría competir contigo.

¿Cuántos idiomas hablas?

El sarcasmo le dolió. Entonces, miró a Cora, que dormía tranquilamente.

–Será mejor que me marche –dijo Mia con voz queda–. No era mi intención sacar a relucir el pasado.

Una fría desilusión le encogió el pecho. Dylan y ella se pusieron en pie al mismo tiempo. De repente, el rostro de Dylan mostró consternación y vergüenza.

–No te vayas. Perdona, he sido un bruto. Tú no eres responsable de ser un genio.

–Soy una mujer –declaró Mia–. Y me he destrozado la vida.

De repente, Mia se echó a llorar. El miedo y la incertidumbre le dificultaban la respiración. No se sentía una persona inteligente, sino presa del pánico y desesperada.

Mia se cubrió el rostro con las manos, avergonzada de estar derrumbándose delante de Dylan.

En ese momento sintió en el hombro la cálida mano de él.

–Siéntate, Mia. Todo se va a arreglar.

–Eso tú no puedes saberlo –como de costumbre no tenía pañuelos.

–Toma –Dylan le ofreció un inmaculado pañuelo blanco de algodón que acababa de sacarse del bolsillo posterior de los pantalones y que aún conservaba su calor.

Ella se sonó y, temblando, se secó los ojos.

Dylan la hizo sentarse a su lado en el sofá y, automáticamente, ambos miraron a Cora para cerciorarse de que la niña estaba bien.

–No te preocupes –dijo ella intentando reír–, no estoy al borde de un ataque de nervios.

Dylan sonrió y le apareció un hoyuelo en la mejilla.

–¿Por qué no me cuentas lo que te pasa?

–Es una historia muy larga.

–Dispongo de toda la noche.

Vio auténtica preocupación en los ojos de él. En realidad, le vendría bien una opinión imparcial. Se encontraba en una encrucijada, tenía ofuscado el entendimiento y, unido a la falta de sueño por el bebé, se sentía incapaz de tomar una decisión racional.

–Está bien, te lo contaré –respondió ella.

–Empieza por el principio –Dylan estiró un brazo a lo largo del respaldo del sofá y ella no pudo evitar reaccionar a la proximidad de él y a su aroma de hombre. Los pantalones caqui y el polo con el logotipo del bar enfatizaban su virilidad.

Mia suspiró y descansó las manos sobre los muslos para controlar su temblor.

–Después de cumplir veintinueve años me di cuenta de que quería tener un hijo. Ya sé que es un tópico, pero así fue.

–¿Qué opinaba el hombre que estaba contigo?

–No había ningún hombre en ese momento. Bueno, hubo uno, pero solo durante unos quince minutos. Afortunadamente, nos dimos cuenta al momento de que éramos incompatibles.

–En ese caso, ¿quién querías que fuera el padre?

–Nadie –respondió ella–. Yo tenía una buena educación y era independiente económicamente. Decidí que podía tener un hijo sola.

Mia vio la sombra de escepticismo que asomó al semblante de Dylan. Ahora, por fin, se daba cuenta de lo ingenua que había sido y de lo mucho

que había sobreestimado sus capacidades.

–De acuerdo, pero alguien tendría que poner el esperma, ¿no?

El tono jocoso de Dylan la hizo enrojecer.

–Bueno, sí, claro, pero lo tenía todo pensado. Al formar parte de la comunidad científica de Raleigh sabía lo que pasaba en la mayoría de los laboratorios de investigación; y, por supuesto, en los que se dedicaban a la investigación sobre fertilidad.

–Sigo sin saber quién puso el esperma.

–A eso voy. Cuando encontré un médico y un laboratorio que me gustaron, me sometí a ciertas pruebas para saber si estaba sana y si ovulaba bien.

–¿Y estabas sana y ovulabas bien?

–Sí. Por eso, cuando el momento fue el adecuado, fui a un banco de esperma y seleccioné a un donante.

–Un donante que, supongo, era un estudiante de doctorado y con una capacidad intelectual similar a la tuya.

Mia sacudió la cabeza con vehemencia.

–No, nada de eso. Jamás le haría una cosa así a un hijo mío. Quería un hijo normal.

–Cielos, Mia. ¿Estás diciendo que querías que Cora fuera menos inteligente que tú? –la expresión atónita de Dylan le sorprendió.

–Yo no diría eso exactamente –contestó ella a la defensiva–. Pero sí elegí a un donante que era un trabajador manual y con una inteligencia totalmente normal.

–¿Por qué?

–Porque quería que mi hijo tuviera una vida feliz.

Dylan no sabía qué decir. «Quería que mi hijo tuviera una vida feliz». Esas palabras eran reveladoras. Por primera vez comprendía que la vida escolar de Mia había sido tan dolorosa y difícil como la suya, aunque por distintos motivos.

En ese momento llamaron a la puerta y se vio libre de hacer un comentario. Al cabo de unos minutos, Mia y él estaban tomando unos aperitivos y unas hamburguesas. Pensando que Mia en el bar no había bebido alcohol, había pedido un par de refrescos para acompa-ñar la comida.

Mia comió como si fuera la primera vez que lo hacía en una semana.

–Esta comida está buenísima. Muchas gracias –dijo ella–. Llevo días alimentándome a base de platos precocinados y pizzas congeladas. Mi madre me ayudó durante una semana y media después de nacer la niña, pero luego se cansó y yo, al final, le dije que volviera a su casa.

Dylan arqueó una ceja mientras se servía más patatas fritas.

–Me has dejado en ascuas –dijo él–. Termina de contármelo todo, por favor.

–Tenía la esperanza de que hubieras perdido el interés. Es una historia bastante triste y no dice gran cosa en mi favor.

Cuando Mia se limpió un poco de tomate que se le había quedado

pegado al labio inferior, Dylan, con sorpresa, sintió una punzada de interés sexual. Reprimiéndolo, se recostó en el sillón.

–Soy todo oídos.

Mia era delgada y de ademanes elegantes. No llevaba maquillaje ni joyas, su feminidad era natural. En el colegio la había besado una vez, más debido a la curiosidad que a otra cosa. El ardor que le produjo le había sorprendido y le había asustado. Pero como había necesitado la ayuda de Mia en relación a los estudios, no había querido asustarla con su libido.

Ahora, al pensar en su relación con una Mia de quince años, se preguntó qué le había atraído de ella. Mia había sido una chica callada y tímida, aunque se había mostrado firme y se había enfrentado a él en más de una ocasión.

A ojos de un adolescente, la Mia quinceañera no había tenido nada de especial: pecho liso y poco desarrollada. Sin embargo, algo le había gustado de ella. Y Mia nunca se había reído de su ineptitud ni se había mostrado paternalista.

Ahora, como adulto, se maravillaba de que Mia hubiera soportado su arrogancia y su impertinencia.

Dylan guardó silencio a la espera de que continuara.

Mia se terminó la bebida, recogió los platos y, cambiando de postura, se sentó sobre sus piernas en el sofá.

–La cuestión es que… la inseminación artificial es bastante cara. Yo había imaginado, erróneamente, que al ser joven y estar sana me quedaría embarazada a la primera intentona.

–Pero no fue así.

–No. Y tuve que seguir un mes tras otro cuando me venía la regla. Y no hacía más que llorar.

–¿Por qué era tan importante para ti?

Mia parpadeó. Parecía perpleja de que alguien le hubiera hecho una pregunta semejante.

–Quería tener a alguien a quien querer. Puede que no lo recuerdes, pero mis padres eran bastante mayores. Mi madre me tuvo a los cuarenta y tres años. Así que… aunque les quería mucho, comprendí que quisieran jubilarse e irse a vivir al sur. La verdad es que cuando vivíamos en el mismo Estado tampoco nos veíamos mucho.

–¿Por qué no?

Mia titubeó unos segundos.

–Aunque estaban orgullosos de que yo fuera tan inteligente, no sabían qué hacer conmigo. Una vez que salí de casa, nos distanciamos aún más. Estoy segura de que, en parte, es culpa mía. Nunca supe comunicarme bien con ellos ni hablarles de mi trabajo. Y además…

–Continúa.

–Cuando era adolescente me enteré de que mis padres nunca habían querido tener hijos. Yo fui un accidente, lo leí en uno de los diarios de mi madre. Resulta que mi madre se quedó embarazada de mí cuando estaba en plena menopausia, ella creía que no podía concebir. Así que fui una desagradable sorpresa en más de un sentido. En fin, mis padres hicieron lo que pudieron y se lo agradezco.

Dylan pensó en su familia, muy unida. Su madre siempre cariñosa con todos sus hijos. Por supuesto, como en cualquier familia, discutían, pero no podía imaginar su vida sin su madre y sus hermanos, eran parte de él.

–Lo siento –dijo Dylan en voz baja–. Eso debió dolerte mucho.

Mia se encogió de hombros.

–En fin, me has preguntado por qué tener un hijo era tan importante para mí. La verdad es que necesitaba alguien a quien querer y que me quisiera a su vez –Mia posó una mano encima del bebé–. Tuve que intentarlo ocho veces hasta conseguir quedarme embarazada. Ese día, el día que me enteré que por fin lo había conseguido, fue el día más feliz de mi vida.

Como Dylan hacía poco que la había visto llorar, supuso que la euforia no había durado mucho.

–¿Tuviste un embarazo difícil?

–No, en absoluto.

–¿Te hacía preguntas la gente?

–En el trabajo, no. Los de mi equipo son muy profesionales, nuestras relaciones son de trabajo, pero no personales. Quien lo sabía todo era mi amiga Janette, que había intentado quitarme la idea de la cabeza en varias ocasiones; pero cuando me quedé embarazada, me ayudó mucho, incluso vino a las clases de preparación para el parto y también estuvo en el hospital cuando nació Cora.

–Entonces… ¿qué salió mal? ¿Por qué has vuelto a Silver Glen y has venido a mi bar?

Mia apoyó la cabeza en el respaldo del sofá.

–Varias cosas. Tenía un buen sueldo y ahorros, pero me los gasté todos en quedarme embarazada; aunque no me pareció irresponsable, ya que sabía que podía vivir con poco y volver a ahorrar. Con lo que no había contado era con una mala pasada del destino.

–¿Qué te pasó?

–Mientras estaba de baja de maternidad, retiraron los fondos destinados a mi investigación y cerraron el laboratorio en el que trabajaba. Así que ahora tengo una hija y estoy sin trabajo. Y, para rematar, la mujer con la que compartía un piso alquilado decidió irse a vivir con su novio y dejó el piso.

Dylan se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas.

–Vaya una mala pata. Mia logró sonreír.

–Creo que no me encontraría tan baja de moral si Cora durmiera por las noches, pero le da por dormir de día y se pasa las noches en vela.

–Lo comprendo, a mí a veces me pasa lo mismo.

La broma la hizo sonreír. En el pasado, Dylan era el alma de todas las fiestas.

De repente, Mia se sintió avergonzada. Había llegado el momento de marcharse.

Pero justo cuando estaba disponiéndose para irse, Cora se movió y se echó a llorar.

Dylan clavó los ojos en las diminutas manos que se agitaban.

–Creo que alguien se está poniendo de mal humor.

–Tengo que darle de comer.

–¿Has traído las cosas para el biberón? Si no, puedo hacer que alguno de los empleados vaya a comprar…

–No, gracias, no es necesario. Le doy… el pecho. Dylan enrojeció.

–Sí, claro. Ve al dormitorio si quieres, hay un sillón bastante cómodo. ¿Te parece bien?

–Sí, perfecto, gracias –Mia sacó de la bolsa un pa-ñal y los artículos que necesitaba para limpiar a la niña–. No tardaré mucho, me marcharé tan pronto como la cambie y le dé de comer.

Dylan se puso en pie al tiempo que ella y se la quedó mirando mientras ella trataba de calmar a la niña. Por suerte, Cora se calló e incluso sonrió.

–No digas tonterías –dijo Dylan–. No hay motivo por el que tengas que darte prisa. Es más, me encantaría tener a Cora en los brazos durante un rato cuando acabes. No te importa, ¿verdad?

Mia se lo quedó mirando boquiabierta. ¿Dylan Kavanagh quería tener en los brazos a un bebé? La idea le produjo un hormigueo en el estómago. ¿Por qué era tan sensual ver a un hombre con un bebé?

–No, claro que no me importa. Pero… ¿no tienes cosas que hacer?

Dylan se metió las manos en los bolsillos traseros de los pantalones y sacudió la cabeza.

–¿Es una broma? Que hayas venido es lo más interesante que me ha pasado en un mes. Vamos, ve a darle de comer a la criatura. Te espero aquí.

Capítulo Tres

Después de que Mia se fuera a la habitación y cerrara la puerta, Dylan pensó en qué habría ocurrido de no haberse sentado al lado de ella en la barra del bar.

¿Había ido allí Mia con el propósito de verle o el encuentro había sido accidental?

Se paseó por la estancia mientras se preguntaba cuánto tiempo tardaría en darle el pecho a la niña. Pero pensar en el pecho desnudo de Mia amamantando al bebé no fue buena idea. Le entraron unas ganas tremendas de ir a la habitación para verla.

Las mujeres estaban en desventaja en lo relativo a la crianza de los hijos. Se decía que una madre podía ser madre, trabajar y cuidar de la familia, pero era demasiado pedir. Su propia madre, al quedarse viuda con siete hijos, había necesitado del apoyo del mayor, Liam.

Mia no tenía a nadie.

Sin pensar en lo que iba a hacer, Dylan se acercó a la puerta del dormitorio, que no estaba cerrada del todo, y por la rendija observó hipnotizado el rostro iluminado de Mia dándole el pecho a su hija.

El corazón se le contrajo.

Apoyó una mano en el marco de la puerta y tragó saliva mientras contemplaba el pecho desnudo de Mia. Aun sabiendo que era imperdonable lo que estaba haciendo, no pudo apartar los ojos de la madre y de la niña.

No era nada extraordinario que una mujer amamantara a un bebé, pero para él era una experiencia nueva, algo que le llegaba al alma. Durante los últimos meses, ver a Liam con Zoe le había hecho sentirse… vulnerable. Últimamente se preguntaba si no le gustaría también establecer ese tipo de unión con una mujer.

Cuando Mia se abotonó la blusa, él se retiró rápidamente. Y cuando ella volvió al cuarto de estar, él estaba hojeando una revista.

Dylan alzó el rostro y sonrió.

–¿Ya tiene la tripa llena?

–Sí. Ahora está muy contenta, así que… si quieres tenerla en los brazos, creo que es el mejor momento.

–Sí, claro, pásamela.

Al quitarle a Mia la niña de los brazos, accidentalmente le rozó un pecho. El incidente no debería haberle avergonzado, era un hombre hecho y derecho, pero se dio la vuelta para que ella no notara su rubor.

–Es preciosa.

–A mí también me lo parece, pero es natural, soy su madre.

De soslayo vio a Mia sentarse en el sofá. Mientras él paseaba a la niña y

le canturreaba canciones de cuna, le pareció que los grandes y oscuros ojos de Cora estaban clavados en él.

Dylan se dio media vuelta y le dijo a Mia con voz queda.

–Va a ser un peligro, creo que está coqueteando conmigo.

Al no oír respuesta, volvió la cabeza y vio a Mia acurrucada en el sofá con la cabeza sobre una mano que le hacía de almohada. Se había quedado dormida en un instante.

Dylan, mirando a Cora, sacudió la cabeza.

–Me parece que vas a tener que dejar descansar a tu madre, pequeña. Está agotada.

Dylan decidió bajar al bar para dejar dormir a Mia. En el establecimiento estaba prohibido fumar, así que el humo no iba a ser un problema para Cora. Además, la propia Mia había ido al bar con su hija, así que no creía que le importara.

Mia se despertó completamente desorientada. ¿Había gritado Cora? Aguzó el oído y fue entonces cuando se dio cuenta del lugar en el que se encontraba. Pero al sentarse y mirar a su alrededor no vio ni a su hija ni a Dylan.

Se dijo a sí misma que no había motivo para alarmare y se frotó la cara para quitarse la sensación de estar drogada. Se sentía mejor después de haber dormido un rato, pero no era lo mismo que una noche entera de descanso.

Se puso en pie y se estiró, agarró sus cosas, se alisó la falda y el pelo, salió del apartamento y bajó las escaleras.

El bar estaba atestado de gente. Al mirarse el reloj lanzó un gruñido, pasaba de la media noche.

Vio a Dylan sentado a una mesa jugando con la niña. A su lado, de pie, había un grupo de mujeres. Sí, ese era el Dylan de antaño. Y no, no estaba segura de que le gustara que Dylan estuviera utilizando a su hija para entretener a sus admiradoras. Echó un rápido vistazo al resto del bar.

Detrás de la barra el hombre alto y corpulento que le había servido las bebidas unas horas antes le saludó con la mano mientras continuaba sirviendo a los clientes. ¡Cielos! ¿Qué estarían pensando los empleados de Dylan de Cora y de ella?

Haciendo acopio de valor, se dirigió hacia la mesa en la que estaba Dylan. Aunque ya no le daba pánico acercarse a desconocidos, seguía resultándole incómodo.

–Tengo que irme ya –dijo Mia después de aclararse la garganta.

Dylan pareció consternado.

–Perdona, no te había visto. ¿Has dormido bien?

Las mujeres alrededor de la mesa mostraron sorpresa, decepción e interés.

Mia quería decirles que no se preocuparan, pero no le pareció oportuno.

–Dámela –le dijo a Dylan extendiendo los brazos hacia Cora–. Gracias por la cena.

Dylan se levantó de la mesa y sus admiradoras se dispersaron. Entonces,

se acercó a ella.
–No tengas tanta prisa.
–Me sorprende verte tan cómodo con Cora. ¿O la has utilizado para entretener a tus admiradoras?
Dylan arqueó las cejas, pero no le pasó a la niña de inmediato.
–El sarcasmo no era propio de la Mia que conocía.
–La Mia que conocías ya no existe. Ya no soy una niña.
Dylan la miró fijamente. Era la mirada de un hombre a una mujer.
–No, no lo eres.
Al parecer, ese hombre coqueteaba indiscriminadamente. Sabía con toda seguridad que Dylan no tenía ningún interés en ella.
–Dame a mi hija.
Dylan sacudió la cabeza y después le señaló la parte posterior del bar.
–Ahí tengo un despacho del tamaño de un armario empotrado. Concédeme quince minutos y después, si quieres, te vas.
Mia se encontraba confusa, cansada y bastante deprimida. No tenía ganas de discutir, así que aceptó la proposición de Dylan.
–De acuerdo, quince minutos.
El despacho de Dylan era un desastre. Debía ser verdad que le había dejado la contable, porque la mesa estaba llena de papeles.
Con Cora en los brazos, Dylan le indicó una de las dos sillas que había en el pequeño cuarto.
–Te voy a hacer una proposición.
–Debes de estar pasando un mal momento para hacerle una proposición a una madre soltera con una niña de pecho y dos semanas sin haberse depilado las piernas.
Dylan hizo una mueca de disgusto.
–Te recuerdo mucho más dulce, Mia Larin.
–Ahora soy madre. Y… ¿vas a darme por fin a mi hija?
Dylan le dio un beso a Cora en la cabeza.
–Se te ha olvidado que tengo cinco hermanos menores que yo. Estoy acostumbrado a cambiar pañales.
–Pero de eso hace mucho.
–No, te equivocas, de eso hace muy poco.
Con impaciencia, Mia le preguntó:
–Bien, Dylan, dime qué es lo que quieres de mí. Dylan sonrió.
–Quiero ofrecerte un trabajo.
–¿De qué?
–De contable. Quiero que seas mi contable –respondió Dylan señalando el desorden de la mesa.
–Eso es absurdo. Yo no soy una contable.
Dylan apoyó una cadera en la mesa, obligándola a fijarse en los lugares en los que el tejido de los vaqueros estaba gastado.
–La contabilidad del Silver Dollar Saloon no es nada complicado.
–Dylan, no necesito que te compadezcas de mí. De todos modos, gracias por ofrecerme trabajo.
Al verle acariciar la cabeza de Cora con gesto ausente se le quitaron las prisas. Dylan era alto, fuerte y viril, pero esas manos sostenían a Cora con

ternura.

–Nos haríamos un favor mutuamente –insistió él–. El trabajo incluye el apartamento y la comida; al menos, hasta que te canses de la comida del bar. Yo vivo a ocho kilómetros de aquí, así que no tienes que preocuparte de que pueda molestarte. El edificio tiene un sistema de alarma, así que tendrás todo tipo de seguridad cuando te quedes sola después de que se cierre el establecimiento. Sé que el bar es bastante ruidoso, pero siempre puedes poner música en el apartamento; además, el aislamiento entre los pisos es bastante bueno.

–¿Por qué me ofreces todo esto?

–Porque tú necesitas tiempo para ordenar tu vida y yo necesito alguien que se haga cargo de la contabilidad. El salario es bueno, aunque nada parecido a lo que debías ganar con tu trabajo de antes. Pero estarás cómoda y tendrás seguridad económica mientras buscas otro trabajo en tu campo.

La desesperación le obligó a considerar la oferta. Además, ese trabajo le permitiría cuidar de Cora, podría hacer la contabilidad mientras la niña dormía. No obstante, no se dio por satisfecha.

–No vas a decirme que le ofreces trabajo a cualquiera que pasa por aquí con problemas, ¿verdad? ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora?

–Creo que sabes por qué –respondió él mirándola a los ojos–. Nunca podré pagarte lo que te debo. Siento mucho que, durante la adolescencia, fuera lo suficientemente estúpido como para no reconocer lo mucho que me ayudaste. Pero ahora, aunque sea algo tarde, te doy las gracias, Mia. En cuanto al trabajo, necesito una contable con urgencia. Por favor, acéptalo, significaría mucho para mí.

–Dylan, aquello pasó hace muchos años; además, me gustaba darte clases. No me debes nada.

–En ese caso, acepta el trabajo por Cora. Si no hubieras perdido tu trabajo, habrías tenido que dejarla en una guardería inmediatamente. Ahora, con el empleo que te estoy ofreciendo, podrías pasar más tiempo con ella. ¿No te parece motivo suficiente para aceptar la oferta?

Tres cuartos de hora más tarde, Mia se encontró en la habitación de un motel junto a la carretera. Dylan había tratado de convencerla de que se quedara en el apartamento encima del bar, pero ella necesitaba cierta distancia para sopesar los pros y los contras de la inesperada oferta de Dylan. Ese hombre era muy convincente y ella quería considerar todos los aspectos de la situación antes de darle una respuesta.

Las ventajas eran evidentes: tiempo para estar con su hija, un sueldo fijo y casa. Además, ¿qué otras opciones tenía en ese momento? Sabía que, antes o después, conseguiría un trabajo en Raleigh y Durham, cuando encontrara otro laboratorio que precisara de su especialidad y experiencia; y, con un poco de suerte, la empresa ofrecería servicios de guardería, como hacían bastantes empresas. Pero encontrar ese tipo de trabajo le llevaría un tiempo y, durante ese tiempo, no tenía sueldo ni un sitio en el que vivir.

Pero si aceptaba el empleo que le ofrecía Dylan tendría un techo sobre la cabeza, comida y tiempo para estar con Cora mientras buscaba trabajo en su campo. Solo una tonta diría que no.

«En ese caso, ¿por qué esas dudas?».

La causa era Dylan. Una cosa era el enamoramiento de una adolescente y otra muy distinta era su reacción a él ahora que los dos eran adultos. Y su reacción era alarmante.

La fuerza viril de él la hacía intensamente consciente de su feminidad; cuando, en la mayoría de los casos, la gente la veía exclusivamente como una persona con una inteligencia privilegiada.

Hacía un trabajo importante y lo sabía. Su inteligencia la había llevado a participar en proyectos extraordinarios y sumamente gratificantes. Pero, en ocasiones, se sentía como si fuera un robot. Nadie mostraba el mínimo interés por sus sentimientos o necesidades.

Bueno, eso no era justo. Su querida amiga Janette se preocupaba por ella. Era Janette quien le había presentado a Howard, el profesor de botánica con el que había salido durante seis meses y, al final, con el que se había acostado. La relación con Howard había sido buena, basada en agradables conversaciones e intereses compartidos.

Pero, al final, la falta de química entre ambos les había llevado a una triste pero inevitable ruptura.

Con Dylan le ocurría todo lo contrario, aunque debía ocurrirle a ella sola. Las piernas le temblaban con solo mirarle. Era el único hombre que la había hecho sentirse así.

Aunque quizá, si pasaba un tiempo con Dylan, podía darse cuenta de que el chico al que había adorado se había convertido en un hombre normal y corriente como cualquier otro. Podría coquetear con él, hasta acostarse con él, y luego marcharse y seguir con su vida.

Acostó a Cora en la cuna portátil y lanzó un suspiro de alivio al ver que la niña no se había despertado. Cora se había dormido en el camino al motel, pero ella había supuesto que al llegar a la habitación iba a despertarse.

Quizá Dylan la había dejado agotada.

Mia se dio una ducha y después se acostó.

Le había prometido a Dylan darle una respuesta al día siguiente. Él le había dado el teléfono del bar y también el de su móvil.

La cabeza le daba vueltas de tantas cosas en las que pensar. Si se quedaba en Silver Glen unas seis u ocho semanas, el tiempo necesario para buscarse un trabajo en su campo, ¿lograría en ese tiempo quitarse a Dylan de la cabeza?

Janette también era de Silver Glen. Aunque mayor que ella, su amistad se había iniciado en Raleigh por ser de la misma ciudad. Janette aún tenía familia en Silver Glen y su familia le había contado que, unos años atrás, Dylan había estado prometido con una actriz, pero que habían roto súbitamente.

Por lo que ella sabía, Dylan era bastante mujeriego. Quizá, si lograra tener valor suficiente para decirle lo que quería, podrían iniciar una relación sexual que acabaría tan pronto como ella lograra un trabajo y

volviera con Cora a Raleigh.

Cora dormía, pero ella no. ¿Qué demonios le había hecho pensar que podía seducir a un hombre tan extraordinariamente guapo como Dylan Kavanagh?

Antes de perder el coraje, agarró el móvil, que había dejado encima de la mesilla de noche, y con manos temblorosas escribió un mensaje:

Acepto el empleo, pero solo hasta que encuentre uno en mi campo de trabajo. Llevarte la contabilidad será estrictamente temporal.

A los noventa segundos recibió la respuesta:

Estupendo. ¿Necesitas ayuda para el traslado?

Ella contestó:

No, unos amigos me ayudarán ¿Cuándo quieres que empiece?

Él añadió:

¿Dentro de una semana? ¿De diez días? Cuanto antes, mejor. Los papeles me desbordan.

Mia señaló:

Si encuentras a otra persona durante ese tiempo, avísame.

Él no tardó en responder:

No quiero a ninguna otra persona, sino a ti.

Capítulo Cuatro

Dylan lanzó un gruñido tan pronto como envió el mensaje. La última frase podía malinterpretarse; no obstante, no creía que Mia lo hiciera. Lo único que él quería era hacer un favor a Mia por todo lo que ella había hecho por él en el pasado.

Había pensado en Mia a lo largo de los años y lo había hecho con sentimiento de culpa por lo mal que la había tratado. Habían acabado siendo amigos, pero a escondidas. Su machismo y la vergüenza que le había dado su retraso académico no le habían permitido dejar que nadie notara el respeto que sentía por la apocada quinceañera.

Aunque la contable no le hubiera dejado plantado, habría buscado la manera de ayudar a Mia.

Se dio la vuelta en la cama, harto de no poder conciliar el sueño. A veces envidiaba a su hermano Liam por tener a una mujer a su lado todas las noches. La alegre personalidad de Zoe era el complemento perfecto a la seriedad de su hermano.

Dylan había oído reír a su hermano durante los últimos meses mucho más que cuando eran pequeños. Liam estaba mucho más feliz, menos estresado y de mucho mejor humor.

Se sentía culpable respecto a Liam. Tras la desaparición de su padre veinte años atrás, Liam, con apenas dieciséis años, tuvo que ayudar a su madre a dirigir el Silver Beeches Lodge, un hotel de lujo que daba grandes beneficios económicos.

Mientras el resto de los hermanos seguía con sus estudios, Liam tuvo que renunciar a todo para encargarse, junto con su madre, del negocio familiar. Aunque nunca se había quejado, e incluso le había dicho a él que dirigir el hotel con Maeve Kavanagh le gustaba.

A pesar de ello, Dylan esperaba que Zoe ayudara a Liam a conseguir cosas a las que había tenido que renunciar. Su hermano mayor era un tipo magnífico y se merecía lo mejor.

Dylan suspiró y, por fin, poco a poco sucumbió al sueño. Iba a tener que pintar el apartamento antes de que Mia se instalara, cambiar los muebles e incluso…

Mia tenía la suerte de no poseer muchas cosas. La mayoría de sus pertenencias consistía en libros, estanterías, artículos de cocina y ropa. Con la ayuda de Janette, pasó un fin de semana guardando sus pertenencias en cajas que se llevó la empresa de almacenamiento que había contratado y a la que pagó tres meses por adelantado, pensando que en ese tiempo encontraría trabajo y podría alquilar otro piso.

Seguía sospechando que Dylan le había ofrecido trabajo por hacerle un favor, pero no iba a rechazarlo; sobre todo, ahora que no tenía dinero para seguir pagando el alquiler de su casa. Ocho semanas, doce como mucho, le parecía razonable.

Otra ventaja era la posibilidad de tener una aventura amorosa con Dylan. Él era un hombre y ella una mujer, lo único que tenía que hacer era conseguir que Dylan se fijara menos en su inteligencia y más en sus curvas.

Cora, por suerte, se había pasado durmiendo la mayor parte del tiempo que habían estado empaquetando. El novio de Janette se había ofrecido voluntario para ir a recoger el pequeño remolque que ella había alquilado y en el que iba a meter todo lo que necesitaba para llevarlo a Silver Glen.

Cuando Mia, tras despedirse de Janette, se marchó de la casa en la que había vivido, estaba agotada. Pero también tenía la sensación de que comenzaba algo nuevo. Y, además, volver a Silver Glen le parecía maravilloso.

Cinco horas más tarde, al doblar la esquina de la calle en la que estaba el Silver Dollar, tuvo que dar un frenazo para no chocarse con un camión de bomberos. Delante de ella, dos barricadas le impidieron el paso.

Mia bajó la ventanilla del coche y sacó la cabeza para hablar con un policía.

–¿Qué pasa? –no tenía la visibilidad suficiente para ver la causa de la conmoción.

El policía se encogió de hombros.

–Un incendio en el Silver Dollar, pero ya está controlado.

Mia se quedó sin respiración.

–¿Y Dylan?

El policía notó su preocupación, porque añadió inmediatamente:

–No le ha pasado nada a nadie, señora. El incendió ha ocurrido esta mañana, pero el establecimiento estaba vacío.

Mia se recostó en el respaldo del asiento y trató de recuperarse.

–Iba a reunirme con una persona ahí.

El policía miró el asiento posterior, en el que estaba Cora con un chupete.

–¿En el bar? –preguntó el agente con incredulidad.

–El señor Kavanagh me ha contratado, soy su nueva contable. Voy a vivir en el apartamento de encima del bar.

El hombre sacudió la cabeza.

–Lo siento, pero hoy no va a poder ser. El primer piso está completamente destrozado.

Dylan, apoyado en una farola de la calle, contemplaba con estupefacción lo que quedaba de su bar. Por suerte, el piso bajo no había sufrido grandes daños, pero le llevaría un tiempo arreglarlo y volver a abrir el bar. Por supuesto, podía pagar a sus empleados, pero aún tenía el

problema de Mia y de su hija.

Mientras reflexionaba alguien le tocó el brazo. Al volverse, se encontró con Mia, que le miraba fijamente y con la niña en los brazos.

–¿Qué ha pasado, Dylan?

–Al parecer ha sido culpa mía. Como la semana pasada hacía mucho calor, he dejado encendido el aire acondicionado del apartamento durante la noche; no quería que tú y la niña os abrasarais al llegar. Por lo que uno de los policías me ha dicho, ha debido haber un cortocircuito.

Mia miró el edificio, aún lleno de bomberos e investigadores. Todos querían asegurarse de que el fuego no se extendiera a los edificios contiguos.

–En fin, se acabó. Qué le vamos a hacer.

–¿Qué quieres decir?

–Que Cora y yo tendremos que volver a Raleigh.

Dylan notó resignación en la voz de Mia.

–No digas tonterías. Lo único que cambia es que Cora y tú no vais a poder quedaros en el apartamento. Pero yo tengo una casa enorme y muchas habitaciones de sobra.

Mia alzó la barbilla.

–No, ni hablar. No quiero ser una carga para nadie.

Durante un instante, Dylan notó en ella una chispa de carácter que nunca antes le había notado. Quizá Mia no fuera tan apocada como había supuesto.

–Te he contratado. Te denunciaré si no cumples con tu parte del contrato.

Ella empequeñeció los ojos.

–No digas estupideces.

–Aunque el edificio está hecho un desastre en este momento, sigo dirigiendo un negocio y tengo mucho papeleo.

–En ese caso, tendré que alquilar una casa mientras estás de obras en el bar.

–En primero lugar, hay muy pocos sitios para alquilar en Silver Glen. Y aunque encontraras una casa, solo hacen contratos de un año como mínimo. Y, por lo que me dijiste, no piensas estar aquí tanto tiempo, ¿no es así?

–Tienes respuesta para todo, ¿eh?

–Vamos, Mia, no es para tanto. En serio, mi casa es enorme, no te voy a molestar en absoluto.

–¿Y si la niña te molesta a ti? ¿Y si Cora se pone a llorar en mitad de la noche?

Dylan sonrió maliciosamente. A pesar de todo lo que había pasado, estaba de buen humor.

–Lo soportaré. Vamos, Mia, éramos amigos.

–He cambiado. Ya no me dejo llevar por la gente.

–Por lo que recuerdo, nunca te dejaste –Dylan se encogió de hombros–. Es más, creo que eras tú quien me mangoneaba todo el tiempo.

–No lo habría hecho si tú no hubieras sido tan cabezota.

–He cambiado –repitió él, imitándola.

–Ver para creer.
–En ese caso, todo arreglado. Deja que vaya a por mi coche y tú me sigues.
–No he accedido.
–Sabes que lo harás antes o después. No te queda más remedio que pasar unas semanas conmigo. Vamos, Mia, anímate, no va a ser tan terrible.

Mia sabía que Dylan Kavanagh era rico, todo el mundo lo sabía. Pero cuando se pasaba un tiempo con él, la gente lo olvidaba porque Dylan se había pasado la vida demostrando que era un tipo normal.
Sin embargo, la verdad era diferente, pensó Mia mientras seguía a la camioneta de Dylan por una carretera serpenteante al salir de la ciudad.
Salieron de la carretera principal para tomar una secundaria flanqueada por sauces llorones cuyas copas se juntaban a ambos lados del camino creando un frondoso túnel vegetal por el que se filtraban los rayos del sol.
Cora dormía, aunque el hambre la despertaría pron-to. Por suerte, al doblar una curva, la casa de Dylan apareció a la vista.
Llamar casa a aquello era como decir que la Mona Lisa era un pintarrajo. Dylan y el arquitecto habían creado un lugar mágico propio de un cuento de hadas. La construcción, a base de piedra, madera oscura y cobre, estaba rodeada de maduros árboles de madera noble; delante, corría un arrollo serpenteante sobre el que se había construido un puente; cerca había un mirador y las flores salpicaban el jardín de modo natural.
Mia paró el coche detrás del de Dylan y apagó el motor. Justo en ese momento, Cora se despertó.
Mia no dejaba de maravillarse de que ese ser tan pequeño y perfecto fuera su hija. Excepto por el hecho de que dormía por el día y estaba despierta por las noches, Cora no daba problemas. Ya sonreía y sus brazos y piernas eran la viva imagen de la salud.
Dylan se acercó a ella para ayudarla con la bolsa de los pañales y una pequeña maleta.
–Puedes elegir la habitación que más te guste –le dijo mientras subían los escalones de la entrada–. En el primer piso hay cuatro dormitorios, pero supongo que no querrás estar subiendo y bajando con Cora todo el rato. Me parece que te gustará la habitación de invitados del piso bajo, tiene un pequeño cuarto de estar; Cora podría dormir allí y tú en el dormitorio.
Después de que Dylan abriera la enorme puerta de la entrada principal de la casa, Mia, al entrar, se quedó boquiabierta. El interior era propio de una revista de arquitectura. Encima de donde se encontraban había una marquesina con una preciosa barandilla semicircular a través de la cual se veían unas puertas que debían dar a los dormitorios que Dylan había mencionado. La zona de estar, en el piso bajo, tenía el techo abovedado; estaba en el centro y de ella salían dos alas, una a la izquierda y otra a la derecha.
–La cocina está ahí –dijo Dylan, señalando con la mano–. En la dirección

opuesta hay dos suites grandes.

A Mia se le encendieron las mejillas. Dylan acababa de decirle que Cora y ella iba a ocupar el ala de la casa en la que él tenía sus habitaciones. Podía elegir uno de los dormitorios del primer piso, pero Dylan tenía razón, con la niña era más fácil quedarse en el piso bajo.

Cora comenzó a lloriquear y Mia se dio cuenta de que tenía que darle de mamar inmediatamente. Por suerte, Dylan también se dio cuenta y le indicó la zona de la derecha.

–Al otro lado de la cocina, cruzándola, hay un mirador con sillones. Ahí estarás cómoda –Dylan acarició suavemente la cabeza de Cora–. Me parece que tiene hambre, ¿no? Se está portando muy bien, ¿verdad?

Mia asintió. La proximidad de él le dificultaba la respiración.

–Ahora es fácil viajar con ella, creo que será peor dentro de unos meses, cuando empiece a gatear y a querer ir de aquí para allá.

Dylan sonrió.

–Bueno, si quieres, mientras le das de comer, yo puedo ir descargando el remolque y colocar la cuna.

–No puedo permitir que te tomes tantas molestias –protestó ella débilmente.

–¿Podrías decirme cómo vas a descargar tus cosas con una niña en los brazos? –preguntó Dylan.

–No es necesario que hagas demostraciones de lógica.

Dylan le puso un brazo en los hombros y la empujó hacia la cocina.

–Vamos, dame las gracias y ya está. Mia suspiró.

–Gracias, Dylan.

–De nada, Mia. Vamos, vete a darla de comer o le va a dar un ataque. Yo me encargaré del resto.

A Mia le encantó el mirador: mobiliario cómodo, una hamaca colgada de una estructura metálica en un rincón y una estantería repleta de libros. Eso le dio que pensar. Dylan tenía problemas con la lectura, pero quizá había conseguido superarlos.

Mia se imaginó a sí misma en esa estancia estudiando, jugando con Cora, tejiendo una chaqueta para una persona querida… En ese instante, se dio cuenta del peligro que corría.

Ver a Dylan a diario en el bar habría sido mucho menos íntimo que vivir en su casa en medio de un bosque. A pesar de la tonta fantasía de seducirle, sabía que lo mejor que podía hacer era mantener las distancias con él durante su estancia en Silver Glen.

Era fácil imaginar tener una aventura amorosa con Dylan, pero eso no era propio de ella. No podía tomarse las relaciones a la ligera, no sabía; y, para ella, el sexo tampoco era un juego.

Se sentó, colocó los pies en una otomana, le dio un pecho a Cora y paseó la mirada por el jardín a través de la cristalera. Era un paraíso con árboles perfectos para que un niño encontrara irresistible la tentación de subirse a sus ramas. ¿Por qué había Dylan construido aquella casa? ¿Pensaba casarse algún día?

Daba igual, ella solo iba a estar allí hasta que se efectuaran los arreglos del bar y del apartamento encima del bar. Sin embargo, las obras podían durar más que el tiempo que ella iba a estar allí.

Cora comía con hambre y Mia sonrió. Ni en los peores momentos se había arrepentido de haber tenido una hija. La maternidad era dura, pero ella estaba acostumbrada a superar obstáculos, había pasado muchos momentos difíciles en la vida. Había empezado el colegio a los cuatro años, se había saltado dos cursos, había entrado en la universidad a los dieciséis años y había dado clases a un chico complicado por el que todas las chicas habían suspirado.

Cora le soltó el pezón, alzó los ojos y la miró. Sujetando a Cora con cuidado, Mia se abrochó la blusa mientras se debatía entre quedarse donde estaba o ir a ver a su anfitrión.

–¿Qué vamos a hacer, preciosa? –le preguntó a su hija.

Cora emitió unos sonidos guturales.

Mia se colocó a la niña de tal manera que la cabeza de la pequeña descansara en su hombro y le dio unas palmaditas en la espalda para que eructase.

–Venga, vamos a buscar a Dylan.

Capítulo Cinco

Después de asegurarse de que la cuna estaba perfectamente ensamblada, Dylan puso el colchón encima y dio unos pasos atrás para admirar el trabajo que había hecho. Afortunadamente, tenía una especial habilidad para construir cualquier cosa a base de madera, tornillos y clavos.

–¡Vaya, qué rápido!

Mia y Cora le miraban fijamente, ambas con los ojos muy abiertos.

–No es complicado. Por cierto, no he podido hacer la cuna porque no sé dónde están las sábanas de la niña. Las tres maletas las he metido en la habitación de la suite. ¿Dejamos las cajas para mañana? –Dylan se miró el reloj–. Lo siento mucho, pero tengo que marcharme. El jefe de bomberos me ha pedido que vaya para examinar los daños y, además, había quedado con unos amigos para jugar al billar esta noche y no puedo cancelarlo. De todos modos…

Mia enderezó la espalda.

–No tienes que darme explicaciones, Dylan. No es necesario que cuides de nosotras, estamos bien. Ve y haz lo que tengas que hacer.

Unos minutos después, mientras se alejaba de la casa en el coche, se dijo a sí mismo que el vacío que sentía en el estómago no se debía a que estaba desilusionado. Mia no le necesitaba. Lo que estaba haciendo por ella era un intento de quitarse el sentimiento de culpa que tenía respecto a ella. Además, Mia iba a ganarse el sustento a pulso arreglándole el lío ese de la contabilidad.

Dylan había tratado de leer algunos archivos en el ordenador; pero, al final, solo había logrado sentirse sumamente frustrado. Aunque había logrado aprender a disfrutar con la lectura, el proceso era lento. Los números continuaban siendo una pesadilla para él.

Al aparcar delante del bar, el jefe de bomberos le indicó con la mano que se acercara.

–No se puede subir al primer piso, es peligroso. Pero puede sacar lo que quieras del piso de abajo.

El punzante olor a madera quemada le hizo arrugar la nariz.

–Mañana van a venir los de la compañía de seguros, que está en Asheville.

–No va a tener problemas. Pero las reparaciones van a costar mucho.

–Sí, ya lo sé. Espero que las obras se hagan rápido, me gustaría volver a abrir el bar dentro de un mes. ¿Cree que es factible?

El jefe de bomberos sacudió la cabeza.

–No lo sé, señor Kavahagh. Con dinero se consigue mucho, pero esto… Ah, tenga cuidado, el suelo está muy resbaladizo.

Dylan cruzó la puerta del Silver Dollar y lanzó un gruñido. El

establecimiento estaba completamente destrozado.

Su objetivo principal era recoger del despacho todo lo que Mia pudiera necesitar para la contabilidad. Por suerte, en casa tenía una copia de seguridad de todos los archivos relacionados con el negocio. El ordenador estaba mojado, así que no podía ponerlo en marcha.

Encontró una caja de cartón casi intacta y en ella metió todos los papeles que había encima del escritorio. Se secarían; y, si no, tendría que pedirle a los proveedores que le reenviaran las facturas.

Se conformó pensando que podría haber sido peor; al menos, la fachada no había sufrido daños.

Después de cargar en la furgoneta todos los papeles se reunió con sus amigos y, mientras tomaban unas hamburguesas y unas cervezas, se vio sometido a un interrogatorio respecto al incendio.

Al cabo de un rato, Dylan logró desviar la conversación, consciente de que algunos de esos hombres apenas lograban llegar a final de mes con sus sueldos. No quería que le compadecieran, a él le sobraba el dinero para solucionar su problema.

Ser uno de los poseedores de la fortuna Kavanagh le hacía sentirse incómodo.

Quitándose de la cabeza la idea de que era un fraude, se acabó la cerveza y se puso en pie.

–¿Qué, nos ponemos a jugar?

Mientras Cora dormía la siesta, Mia se paseó por la casa sin sentir un mínimo de vergüenza. Había encendido un monitor para vigilar a Cora, por lo que se vio libre para pasearse por la casa de Dylan a su antojo.

Empezó por las habitaciones del piso de arriba, muy bien decoradas y listas para que cualquiera pudiera ocuparlas. Sin embargo, algo en ellas daba la sensación de vacío. ¿Cuánta gente iba a casa de Dylan y se quedaba a pasar la noche?

La cocina, abajo, era un sueño; sobre todo, los modernos electrodomésticos. El refrigerador, enorme, estaba lleno de comida; el congelador repleto de paquetes etiquetados con nombres como pollo con queso parmesano, sopa de verduras, pan… Dylan le había dicho que la empleada que se encargaba de su casa le tenía bien abastecido, pero tanta comida era una exageración. Podía pasarse un mes allí sin necesidad de comprar nada.

Como Dylan le había dicho que se sintiera como en su casa y se preparara lo que quisiera para cenar, no perdió el tiempo y eligió una porción de pastel de pollo. Mientras la comida se calentaba en el microondas, miró el monitor y vio que Cora seguía durmiendo.

Comenzaba a anochecer cuando terminó de cenar. Tendría que despertar pronto a Cora; de lo contrario, se pasaría la noche en vela.

Cora mostró su acostumbrado buen humor cuando Mia la levantó de la cuna. Como todavía tenía la bañera de plástico de la niña en el coche, decidió meter a Cora en la pila y la bañó rápidamente.

Después de ponerla el pijama, jugaron durante una hora en la enorme

cama de la habitación que Mia iba a ocupar durante las próximas semanas.

Cora aquella noche decidió cooperar y se quedó dormida mientras su madre la acunaba y le cantaba una canción. Al dejarla en la cuna, la niña se movió un momento antes de descansar los brazos a ambos lados de la cabeza.

Mia apagó la luz y, de puntillas, salió de la habitación y cerró la puerta. El corazón le dio un vuelco al chocarse con algo grande y cálido. Una mano le cubrió la boca para sofocar un grito.

–Tranquila, Mia, soy yo.

–Me has dado un susto de muerte.

–Perdona, creía que me habías oído entrar en la casa –dijo Dylan en tono de disculpa–. ¿Te apetece un helado?

La prosaica pregunta contrastó con la forma como Dylan paseó la mirada por su cuerpo. Ella se había cambiado de ropa y ahora llevaba unos pantalones de pijama ajustados y una camiseta de tirantes. Era un atuendo perfecto para una noche de verano, pero se le notaban los pezones demasiado.

–Sí, gracias –respondió ella cruzando los brazos a la altura del pecho–. Deja que me ponga una bata.

La sonrisa de Dylan hizo que le temblaran las piernas.

–No lo hagas por mí –dijo él–. Me gusta la ropa que llevas. Vamos, sígueme.

Mia se sentó delante de una mesa en un recoveco de la cocina y se quedó mirando a Dylan mientras servía unas porciones enormes de helado de nueces. A juzgar por su condición física, que no tenía grasa en ninguna parte del cuerpo, debía quemar muchas calorías. Dylan era esbelto y musculoso.

Se sentó a la mesa y le pasó un cuenco con helado.

–Vamos, come.

Después de cuatro cucharadas, Mia dejó la cuchara en el cuenco.

–Me estás mirando.

–Perdona –Dylan se inclinó hacia ella y le limpió un poco de helado que tenía en la barbilla–. Todavía no puedo creer que seas la misma Mia que conocía en el colegio.

–Me sorprende que te acuerdes de cómo era. Tú eras mayor que yo, una auténtica estrella y no nos movíamos en los mismos círculos.

Dylan, sin apartar los ojos de ella, dijo:

–Lo pasaste mal en el colegio, ¿verdad? Lo siento mucho, Mia.

Ella se encogió de hombros.

–Acabé acostumbrándome. Además, no era la única a la que despreciaban. Por cierto, nunca supe por qué después de las últimas Navidades en el colegio un montón de chicos cambiaron de actitud respecto a mí. No puedo decir que fueran simpáticos conmigo, pero dejaron de tratarme como a un bicho raro. ¿Tuviste tú algo que ver con eso?

–Quizá. Me fui a pasar el fin de año en una estación de esquí con un grupo de amigos. Un par de ellos empezaron a hablar de acostarse contigo para demostrar que podían hacerlo. Yo les hice callar.

–¿Tú protegiéndome, Dylan? ¡Vaya sorpresa!

Dylan sonrió.

–No me pongas en un pedestal. Soy perfectamente consciente de que te lo hice pasar muy mal.

–Y, sin embargo, una vez me besaste.

Mia no podía creer lo que acababa de decir. Se quedó helada.

A Dylan le sorprendió que Mia hubiera mencionado el incidente. Se sintió algo incómodo.

–No debí hacerlo –murmuró él antes de llevarse otra cucharada de helado a la boca mientras rezaba para que Mia no le notara el sonrojo.

Aquello había ocurrido cuando Mia tenía quince años, a dos meses de cumplir los dieciséis; él, dieciocho. La había abrazado y le había dado un furtivo beso, deliciosamente dulce e inapropiado.

Mia apoyó la barbilla en una mano.

–Nunca comprendí por qué me diste un beso. ¿Habías hecho una apuesta?

–¡No, claro que no! –la pregunta era insultante–. Me dieron ganas, eso es todo. Llevábamos el año entero juntos y estábamos a punto de graduarnos. Pensaba que no íbamos a volver a vernos.

–¿Vas a decirme que eras un sentimental? No, eso sí que no me lo creo.

–Estabas guapa a la luz de la luna –contestó Dylan.

Los dos, por separado, habían ido al autocine de Silver Glen. El autocine aún seguía abierto.

–Habías ido con una chica, ¿no?

–Sí.

–Repito, ¿por qué?

–No lo sé, Mia. De verdad que no lo sé –Dylan se levantó y llevó su cuenco al fregadero–. Me gustabas y me intimidabas.

–Eso es lo más increíble que te he oído decir. Hubo un tiempo en el que me detestabas; después, apenas me toleraba.

–Eso no es verdad –Dylan se apoyó en el mostrador de la cocina–, yo nunca te detesté. Puede que te lo pareciera al principio, pero el problema era que no me soportaba a mí mismo y lo pagué contigo. Aunque me portaba mal contigo, me parecías muy dulce y terriblemente compleja.

Mia se lo quedó mirando como si le hubieran salido cuernos y cola.

–¿Por qué no me dices el verdadero motivo por el que me besaste, Dylan?

Harto de la obstinación de ella y de que estuviera tan convencida de su falta de atractivo, se acercó a la mesa, agarró a Mia por las muñecas y la hizo levantarse.

–Te besé porque me excitabas físicamente y soñaba contigo casi todas las noches –sin pensar en las consecuencias, Dylan bajó la cabeza y le rozó los labios con los suyos–. Fuiste maravillosa conmigo, fuiste la única persona que me salvó del desastre que era mi vida.

Estaba a punto de besarla, pero Mia se había puesto muy tensa. Permanecieron así treinta segundos. Entonces, ocurrió algo inesperado:

Dylan se sintió como si se encontrara en medio de un chaparrón de verano, completamente empapado y feliz.

Mia le abrazó tímidamente y él sintió una inmensa ternura por ella. Ya no era una adolescente, sino toda una mujer con un cuerpo suave, pechos voluptuosos y pronunciadas caderas.

Si se quedaban así más tiempo iba a poseerla. «No, Dylan, mala idea». Rompió el contacto y dio unos pasos atrás.

Mia se lo quedó mirando con una expresión imposible de descifrar.

–Has estado a punto de besarme –dijo ella.

Dylan se encogió de hombros.

–Lo he pensado mejor. No te crees que te besara porque quería aquella noche en el autocine, pero es verdad. Me gustabas.

–¿Te gustaba?

–Sí, pero eras demasiado joven para mí, a pesar de estar en la misma clase. Estabas fuera de mi alcance.

–¿Crees que debería darte las gracias por no tocar me?

Dylan notó que Mia se había enfadado.

–Mia, ¿qué quieres de mí?

Se hizo un prolongado silencio. Por fin, cuando Mia respondió, no llegó a contestar su pregunta.

–Si vamos a sincerarnos, será mejor que te diga que no he venido a Silver Dollar por casualidad.

Dylan arqueó las cejas.

–¿No?

–No. Quería verte y me resultó fácil enterarme de que tenías un bar.

–Pero no es posible que supieras que me había quedado sin contable. Dime, ¿por qué viniste?

Mia volvió a sentarse, apoyó los codos en la mesa y el rostro en las manos.

–He hecho muchas tonterías en mi vida. En estos momentos, soy una madre soltera sin casa y sin dinero. Me pareció que me sentiría mejor si supiera que a ti te había ido bien, que te habían servido las clases que te di. Vine a Silver Glen a hacerte una visita.

–¿Cómo sabías que iba a sentarme a tu lado en la barra?

–Eso no lo sabía. Me bastaba con ir al bar, no necesitaba verte cara a cara. Vi que tenías un negocio que te iba bien y lleno de gente. Eres todo un éxito, Dylan. Y eso hace que me sienta mejor.

Capítulo Seis

Mia se arrepintió de su honestidad, Dylan parecía incómodo.

–Me alegro de que vinieras –respondió él.

–No me malinterpretes, no es que me considere la causa de tu éxito –se apresuró ella a decir–, lo has conseguido tú solo. Pero, en el colegio, te encontrabas en una encrucijada y me gustaría pensar que yo te ayudé un poco.

–Claro que me ayudaste –Dylan miró el reloj de pared–. En fin, si no necesitas nada, creo que me voy a acostar. Mañana, cuando la niña esté durmiendo, podemos echar un vistazo a la contabilidad y, con un poco de suerte, podrás empezar a trabajar.

El cambio de lo personal a lo profesional fue un golpe para ella. ¿Había ofendido a Dylan? ¿Se había mostrado presuntuosa?

–Dylan, no he querido decir que no podrías haber tenido éxito en los negocios sin mí.

Dylan se metió las manos en los bolsillos y contestó:

–Pero es verdad, ¿no? Sin tu ayuda habría suspen- dido el curso y no me habría graduado. Y cuando dejé la universidad, si mi familia no hubiera tenido dinero, habría acabado detrás de un mostrador vendiendo hamburguesas.

–Eso es una tontería. Yo…

Dylan salió de la cocina con suma rapidez. Ella, corriendo, le siguió por el cuarto de estar. Justo antes de alcanzar la zona donde estaban sus habitaciones, le agarró por la manga.

–Escúchame, Dylan, tu dinero no tiene nada que ver con el éxito de tu negocio. A todo el mundo le gusta ir al Silver Dollar porque se encuentran bien y se divierten. ¿Te haces una idea de lo mucho que me gustaría tener la facilidad que tú tienes para tratar con la gente?

Dylan se detuvo. Aunque, en realidad, no tenía otra opción.

–¿Todavía empeñada en hacer que me reconcilie conmigo mismo, Mia?

–Dylan, tienes que quitarte ese estúpido complejo –insistió ella.

Él la ignoró.

–Mañana por la mañana, a las diez, he quedado con el de la empresa de seguros. Supongo que volveré a la hora de comer. Cuando vuelva echaremos un vistazo a la contabilidad. La empleada que cuida la casa vendrá por la mañana. Por favor, siéntete como en tu casa.

Antes de que ella pudiera responder, Dylan entró en sus habitaciones y cerró la puerta.

Cuando la luz del día iluminó la habitación, Mia deseó taparse la cabeza

con las sábanas y creer que todavía era de noche. Cora había estado jugando con ella en la cama hasta casi la una de la madrugada. Cuando la niña se durmió por fin, la llevó al cuarto contiguo, la acostó en la cuna y, casi zombi, regresó a su dormitorio, se acostó y se durmió al instante. Cora se había despertado a las cinco, hora en la que le tocaba mamar; después del pecho, por suerte, se había vuelto a dormir.

Encontrándose como si tuviera resaca, se dio media vuelta en la cama y miró el reloj. La tentación de dormir una hora más era casi irresistible, pero tenía hambre y, una vez que Cora se despertara, no podría sentarse a desayunar tranquilamente y apenas podría tomarse un plátano y un café de pie.

Con sigilo, se puso unos vaqueros y una camisa de algodón amarilla. Aunque nunca había prestado demasiada atención a la moda, últimamente solo usaba ropa cómoda y práctica.

Con el monitor electrónico en el bolsillo, Mia cruzó descalza el cuarto de estar y siguió el olor a café hasta la cocina.

Aunque Dylan le había advertido de que la empleada de hogar estaría en la casa, se llevó una sorpresa al encontrarse cara a cara con aquella mujer angulosa de cabello corto gris y uniforme negro que la miraba severamente. Mia supuso que la mujer debía de tener entre sesenta y cinco y setenta años.

–Buenos días. Soy Mia Larin.

La mujer le sonrió y su actitud cambió por completo.

–Yo soy Gertie –dijo la mujer–. ¿Qué quieres que te prepare para desayunar?

Sin preguntarle, le sirvió una taza de café y se la dio al tiempo que le señalaba el azucarero y la jarra con leche encima de la mesa.

–No se moleste en prepararme nada. Estoy aquí porque Dylan me ha contratado. Iba a ocupar el apartamento de encima del bar, pero… En fin, ya sabe lo que ha pasado.

–Sí, una pena. Pero Dylan lo arreglará. Ese chico sabe lo que se hace. Y otra cosa, mi trabajo consiste en cuidar de él y de sus invitados. Y me ha dado órdenes de que me encargue de ti y de tu hija. Así que dime qué quieres tomar.

Mia se dio cuenta de que contrariar a Gertie no era una buena idea.

–Bueno, en ese caso, una tostada y uno de esos pomelos que hay ahí.

Gertie se encogió de hombros.

–Estás amamantando a tu hija.

A pesar de ser un comentario bastante personal, Mia contestó:

–Sí, señora –le habían enseñado a respetar a sus mayores.

–En ese caso, necesitas comer algo más. ¿Te gustan los huevos revueltos?

Mia asintió y Gertie, dirgiéndose al frigorífico, añadió:

–El periódico está encima del mostrador. Ya sé que ahora los jóvenes leéis las noticias en esos teléfonos tan modernos que tenéis, pero nada mejor para empezar el día que los chistes del periódico con una taza de café en la mano.

Mia agarró el diario, el Asheville Citizen Times.

–¿Está Dylan suscrito a este periódico?
Gertie lanzó un bufido.
–No, es mío. Pero de vez en cuando le he visto echar un vistazo a la página de inversiones.
–¿Lleva mucho trabajando aquí?
–Desde que se construyó la casa, hace unos tres años.
Mia fingió interés en el periódico, pero le apetecía más observar a Gertie. La mujer se movía por la cocina con una habilidad envidiable. Ella apenas sabía cocinar, no se le daba nada bien. Quizá, durante su estancia en esa casa, pudiera aprender algo de cocina.
En un abrir y cerrar de ojos, Gertie le puso delante un plato con huevos, una salchicha y panecillos; en otro plato, un pomelo desgajado.
–Gracias –dijo Mia–. Tiene un aspecto estupendo.
–Ya verás como te gusta –dijo Gertie con una sonrisa–. A Dylan le gusta que la casa esté limpia, pero no me contrató porque se me diera bien pasar la aspiradora. A ese chico le encanta comer.
–Por su aspecto, no se diría –al instante, Mia enrojeció.
Gertie lanzó una queda carcajada.
–Quema muchas calorías. Nunca se está quieto. ¿De qué lo conoces?
–Íbamos juntos al colegio.
–Ah –Gertie fregó la sartén en la que había cocinado los huevos y la salchicha y la secó con una servilleta de papel–. Dylan me ha dicho que vas a encargarte de la contabilidad. Que sepas que estaré encantada de cuidar de tu hija cuando quieras.
Mia se quedó boquiabierta.
–Bueno…
–No te preocupes, puedes fiarte de mí, cielo. Tengo cinco hijos y doce nietos. Aunque no los veo tanto como me gustaría, están diseminados por todo el país. Pero se me dan muy bien los bebés.
–Se lo agradezco mucho –dijo Mia sintiéndose sobrecogida–. Lo tendré en cuenta.
–Yo haría cualquier cosa por Dylan –dijo la mujer con cierto fervor.
–¿Porque paga bien?
–No. Bueno, sí paga bien, pero no es por eso. Dylan me ayudó en una ocasión, cuando estaba en una mala situación, y le debo mucho.
Mia no solía interesarse por los asuntos ajenos, pero Gertie parecía inclinada a pasar información.
–¿Qué pasó?
Gertie se sirvió una taza de café, se apoyó en el mostrador y bebió un sorbo. Café solo y sin azúcar.
–Hace tres veranos uno de mis nietos estaba dando muchos problemas a sus padres y estos, pensando que un cambio de aires le iría bien, me lo trajeron para que pasara conmigo una temporada. Pero el muy granuja se trajo drogas y empezó a venderlas aquí, en Silver Glen. El sheriff lo pilló y lo metió en la cárcel. Yo tenía que pagarle la fianza.
–Y Dylan le prestó el dinero, ¿no?
–No, yo tenía dinero. El problema era que un chico de quince años no iba a aceptar los consejos de una mujer mayor. Pero Dylan fue a hablar

con él cuando estaba en la cárcel y le puso las cosas en su sitio. Le di a elegir entre cumplir la condena en la cárcel, volver con sus padres o trabajar en el bar todo el verano.

–Supongo que eligió trabajar en el bar de Dylan.

–Así es. En diez semanas, Dylan consiguió lo que el resto de nosotros no había conseguido en años. Le enderezó. Y el chico le adora. Mi nieto ahora está en la universidad, sacando sobresalientes en todo. Además, desde que se marchó de Silver Glen, no ha vuelto a probar las drogas. Sí, eso es lo que hizo Dylan.

Mia continuó desayunando en silencio. Sentía un profundo respeto por Dylan.

No se necesitaba ser psicólogo para ver que Dylan trataba de compensar por lo que había hecho en su adolescencia y por sus dificultades con los estudios. Sus problemas se habían hecho más patentes al compararse con su hermano Liam, todo un éxito académico.

Mia acabó de desayunar y se levantó de la mesa.

–Gracias por el desayuno, Gertie, estaba exquisito.

–Me alegro de que te haya gustado. Serviré la comida a las doce y media, siempre y cuando Dylan haya vuelto. Ah, y deja la ropa sucia en el cuarto de lavar, yo me encargaré de ella.

–Pero…

Gertie alzó una mano, haciéndola callar.

–Es mi trabajo. Tu trabajo es encargarte de la contabilidad y cuidar de tu hija. Y no te pongas a fregar ni te metas en la cocina, este es mi territorio. Y te voy a ayudar en lo que pueda porque eso es lo que Dylan quiere que haga.

Capítulo Siete

Dylan había tenido buenas y malas noticias aquella mañana. Las buenas eran que el dinero que le tocaría pagar de su bolsillo no era tan terrible como había temido. Lo malo era que la empresa que quería contratar para hacerle la obra no podía empezar hasta después de tres semanas.

Contuvo la impaciencia como pudo. Antes o después acabaría abriendo el bar otra vez, y esperaba que su clientela habitual regresara. Entre tanto, no tenía nada que hacer.

Después de dejarlo todo arreglado, se subió a la furgoneta y emprendió el camino de regreso a su casa, animado por saber que Mia y Cora estaban allí.

Encontró a sus invitadas en el mirador. Mia estaba sentada en la alfombra, tumbada de costado. Llevaba una camisa amarilla y uno de los faldones se le había subido, dejando al descubierto parte de la cintura, de pálida piel. Cora estaba tumbada a su lado encima de una manta rosa, pataleaba y rodaba a un lado a otro mientras Mia reía suavemente.

–No vas a tardar mucho, cielo.

–¿No va a tardar mucho en qué? –preguntó él adentrándose en la estancia antes de sentarse en su tumbona preferida, que causalmente estaba al lado de Mia, muy cerca.

Mia se enderezó hasta quedar sentada y se alisó la ropa. Estaba sonrojada, o por haber jugado con su hija o por verle a él.

–En darse la vuelta por completo. El médico me ha dicho que Cora está muy bien físicamente.

–A lo mejor estamos en presencia de una futura atleta.

Mia sacudió la cabeza.

–No si se parece a mí. Yo he conseguido tropezarme hasta con mis propios pies.

–Eso es porque tu cerebro de genio está siempre ocupado con otros asuntos.

–¿Te estás riendo de mí, Kavanagh?

Dylan se agachó y le tiró de la coleta.

–Puede ser. ¿Y qué? ¿Qué me vas a hacer? Soy más grande y mas rápido que tú.

Mia se sentó a Cora en el regazo y le acarició la cabeza.

–Me gusta el Dylan adulto.

El comentario le pilló desprevenido.

–¿Qué quieres decir? –le había parecido un halago, por eso se despertaron sus sospechas. La Mia de anta- ño jamás había tenido el valor de coquetear con nadie.

–Quiero decir que me impresiona el hombre en el que te has convertido.

Y no para demostrar nada; al menos, eso es lo que me parece. Ayer, por ejemplo, con el fuego, a cualquiera podría haberle provocado un infarto; tú, sin embargo, te lo tomaste todo con una calma envidiable.

El elogio le hizo sentir incómodo.

–Créeme, Mia, no tengo nada de especial. De lo que sí dispongo es de dinero, no todo el mundo tiene esa suerte. Si el Silver Dollar se viniera abajo, no me quedaría en la calle.

Mia frunció el ceño.

–¿Crees que eso podría pasar?

–Espero que no. El dueño de la empresa que me va a hacer la obra ha dicho que no puede empezar hasta dentro de tres semanas, lo que significa que voy a tardar bastante en poder abrir el bar. Pero estoy seguro de que la clientela volverá.

–No veo por qué no –Mia se miró el reloj–. Bueno, será mejor que vayamos a la cocina, no quiero que me peguen en las manos con una regla. Gertie me asusta.

–Gertie ladra, pero no muerte –Dylan le ofreció la mano para ayudarla a ponerse en pie. Cora dio un bostezo enorme y él rio–. Es una niña preciosa. ¿Ha dormido bien esta noche?

–Más o menos.

–Me dejas que la tenga en brazos un poco.

Mia le dio a la niña y, guiados por el olfato, se presentaron en la cocina.

A Dylan le gustaba tener a la niña en los brazos. Olía a champú y le hacía recordar la infancia. De repente, se preguntó qué herencia genética tendría por parte de padre. Pero, en el fondo, creía que eso no tenía importancia, que lo realmente importante era el amor y la educación que una criatura recibiera.

Gertie iba de aquí para allá en la cocina. Al verles, les ordenó que se sentaran a la mesa. Después, les sirvió granizado de té y limonada para acompañar a unas verduras.

A Mia se le iluminó el rostro.

–¡Comida casera! Estoy harta de comidas preparadas y calentadas en el microondas.

Dylan sentó a Cora en sus piernas.

–En esta casa no vas a pasar hambre. Gertie es toda una cocinera, bien podría ser la estrella de uno de esos programas de cocina.

Gertie enrojeció.

–Vamos, Dylan, no exageres.

En ese momento, Mia se dio cuenta de que la empleada de hogar quería a Dylan como a un hijo. Él, a su vez, la trataba con un respeto y un afecto enternecedores.

Probablemente, Dylan detestaría la idea de que ella le encontrara enternecedor. Dylan proyectaba virilidad de forma natural. Se le notaba en la forma de andar, en la anchura de sus hombros, en el tono grave de su risa… El Dylan de ahora era más sofisticado y más maduro que el chico de años atrás, pero seguía siendo un tipo duro.

En el colegio, Dylan había formado parte del equipo de lucha libre durante una temporada; pero aunque se le había dado bien, lo había dejado, prefiriendo el fútbol americano y el baloncesto. A Dylan le gustaba el trabajo en equipo y la camaradería que eso conllevaba. Además, tenía habilidad para liderar.

Mientras Gertie le volvía a llenar el vaso, Mia se preguntó si ella y Dylan habían notado el silencio en el que se había sumido pensando en Dylan. En ese tiempo, él había conseguido vaciar el plato y se estaba sirviendo una segunda porción mientras sujetaba a Cora, que se había quedado dormida, con el brazo izquierdo.

Gertie recogió la mesa y se detuvo al lado de Dylan.

–Sé que tenéis trabajo. Mia, ¿qué te parece si me llevo a dar un paseo a la niña por el jardín? Prometo que la tendré a la sombra.

Dylan lanzó a Mia una mirada interrogante.

–Tú dirás.

Mia asintió.

–Sí, claro, me parece bien.

Gertie sonrió complacida. Dylan le pasó a Cora y la niña ni se movió.

Mia se dio cuenta del peligro de hacerse adicta a tantas atenciones. De repente se encontraba en una casa preciosa, aunque temporalmente, y no tenía que limpiar ni cocinar. Para remate, tenía niñera cuando la necesitara. El cambio de situación la hizo darse cuenta de lo mal que lo había pasado.

Una vez que se quedaron solos en la cocina, Mia ladeó la cabeza y sonrió a Dylan.

–Se te dan muy bien los niños. ¿Crees que algún día tendrás hijos?

Dylan, con el rostro ensombrecido súbitamente, se levantó de la mesa y, dándole la espalda, se sirvió una taza de café.

–No tengo pensado tener hijos –respondió él en tono cortante, un tono que decía «tema intocable».

Sin embargo, Mia estaba tan sorprendida que no se le ocurrió cambiar de tema.

–¿Por qué no?

Dylan volvió la cabeza y le lanzó una furiosa mirada.

–Porque podría tener un hijo igual que yo y eso no se lo deseo a nadie. Ningún niño merece sentirse estúpido.

La vehemencia de él la dejó perpleja.

–¿Es por eso por lo que rompiste tu noviazgo, porque ella quería tener hijos y tú no?

Dylan se volvió de cara a ella con la taza de café en las manos.

–Nunca hablamos de tener hijos, no llegamos tan lejos.

–Lo siento –murmuró ella.

Al verle con Cora había pensado que Dylan sería un padre extraordinario.

–Cualquiera en Silver Glen te puede contar todos y cada uno de los detalles de mi noviazgo y su vergonzoso final.

–Olvida lo que he dicho, no debería haber preguntado. ¿Qué te parece si nos ponemos a trabajar con la contabilidad?

–Todavía no. Es evidente que te interesa el asunto y yo no tengo nada que ocultar. Resulta que me enamoré de una bonita y alegre rubia que disimulaba muy bien una ambición desmesurada. Me gustaba mucho y la hice muchos regalos, entre ellos un deslumbrante anillo de compromiso. Quizá salir con una actriz de cine satisfacía mi ego, no sé.

–Estoy segura de que se trataba de algo más que eso.

–En cualquier caso, da igual. La cuestión es que estuvo aquí tres meses trabajando en una película. Cuando acabaron de rodar, ella estaba convencida de que le encantaban la vida en Silver Glen y yo.

–Pero no fue así.

–Digamos que salió corriendo en el momento en que su director preferido le ofreció el papel de su vida.

–¿No podíais haber llegado a un acuerdo?

–Ella no quiso. Al final, creo que fue lo mejor que pudo pasar; Silver Glen es mi hogar, pero no el suyo. Me devolvió el aniño, se disculpó, me dio un beso de despedida y se marchó.

–Lo siento, Dylan. Debiste pasarlo mal.

–Esta ciudad es muy pequeña, es un pueblo, todos saben lo de todos, uno no se puede esconder.

La sonrisa irónica de Dylan le encogió el corazón. Ella jamás le dejaría si Dylan la amara. Evidentemente, a aquella actriz le importaba más el éxito que el amor; aunque, quizá, se había dado cuenta de que lo que había entre Dylan y ella no era amor.

–Siento haberte despertado malos recuerdos –dijo Mia.

Le sorprendía sentirse tan cómoda con él, a pesar de no haberse visto en muchos años.

–Uno aprende de las equivocaciones. Yo cometí un gran error, pero lo he superado –Dylan bebió un sorbo de café–. ¿Y tú? ¿Has tenido relaciones desastrosas con alguien?

Mia recostó la espalda en el respaldo de la silla.

–Yo no lo calificaría de desastre –contestó ella–. Salí con un profesor durante un tiempo. Teníamos mucho en común, pero no había chispa en la relación.

Dylan esbozó una sonrisa sensual.

–Vaya, Mia, no sabía que conocieras el significado de la palabra chispa.

–No soy ni mojigata ni inocente. Aunque mi vida sexual, en comparación con la tuya, debe dar risa –declaró ella–. Y ahora, ¿te parece que nos pongamos a trabajar?

–Vamos al despacho entonces. Sígueme.

Mia le siguió por el pasillo sin hacer más comentarios. Su despacho daba al mismo vestíbulo que el mirador, en el lado opuesto. No pasaba mucho tiempo allí. Lo utilizaba más bien para guardar cosas que no le cabían en el despacho del bar al ser este tan pequeño. La estancia era luminosa y tenía una alfombra que invitaba a ir descalzo.

Ese día, sin embargo, él era un jefe poniendo al corriente a una de sus empleadas. Al mirar a su alrededor, se sintió enrojecer. El cuarto estaba hecho un desastre. Agarró unas revistas de deportes amontonadas y puso encima cartas sin abrir en un intento por dejar algún espacio libre en el

que Mia pudiera trabajar.
–Perdona. Como solo entro yo aquí, no me molesto en limpiar.
Mia miró a su alrededor con obvio interés.
–No te preocupes, sé que estás muy ocupado con el bar. Pero, si quieres, podría organizarte el despacho un poco. Es decir, si te fías de mí.
–Claro que me fío de ti –Dylan agarró un paquete abierto y se lo dio–. Te he traído esto para que empieces.
Mia abrió las hojas de cartón y miró el interior.
–Esto es un ordenador portátil.
–Sí, último modelo. Un tipo de la tienda de informática me ha pasado todos los archivos del Silver Dollar a este ordenador. Por suerte lo había hecho la semana pasada, porque el viejo ordenador creo que ya no funciona, lo encontré lleno de agua.
Mia pasó una mirada de apreciación por el portátil.
–Siempre he querido tener uno tan delgado y ligero como este. Me va a encantar trabajar con él.
Dylan apartó del escritorio la silla de cuero.
–Siéntate y enciéndelo.
Mientras Dylan conectaba el cable a la red por si el portátil no estaba cargado, Mia abrió la tapa y lo encendió.
–Qué rápido es –dijo ella tecleando.
Dylan alzó los ojos al techo con la sospecha de que Mia se había olvidado de él. Para poner a prueba su sospecha, se inclinó sobre ella y apoyó el brazo en el respaldo de la silla de Mia. Acercó la cabeza a la de ella hasta el punto de poder besarla si así lo deseaba. En realidad, lo deseaba desde la noche anterior.
Mia olía muy bien. La tentación era casi irresistible. Pero era una invitada en su casa y el instinto le decía que no era lo apropiado. Sin embargo, le tocó el pelo con una suavidad que le hizo dudar de que ella lo hubiera notado.
Mia ni se movió.
–¿Dónde tienes los archivos de la contabilidad? –le preguntó Mia.
–Aquí los tienes todos –por detrás de ella, rodeándola, Dylan señaló una pestaña del ordenador.
Mia olía a perfume y el cabello castaño oscuro le olía a champú. Sintió unas terribles ganas de besarle la nuca. Pero cuando ella dejó las manos muy quietas sobre el teclado, se dio cuenta de que Mia, por fin, había notado que él casi la estaba abrazando.
–Dylan… –dijo Mia volviendo la cabeza.
–¿Qué?
Mia se mordió el labio inferior.
–Al aceptar el trabajo, pensé en si llegaríamos a tener relaciones.
Dylan se enderezó a la velocidad del rayo. Al parecer, Mia era mucho más audaz que antes. Y también, al parecer, él ya no era el frío seductor de antaño, porque la mirada de ella estaba a punto de derretirle.
¿Cómo había podido perder el control de la situación con tanta rapidez?
–Eso no tiene gracia –dijo Dylan–. Vamos, abre los archivos y deja que te explique cómo funciona la contabilidad.

Mia se dio media vuelta en la silla giratoria hasta darle la cara.

–Me encantaría que pasara.

–Calla.

–¿Por qué?

–Hablas como si quisiera seducirte –contestó Dylan.

–Más bien al contrario. Lo que me gustaría es seducirte yo a ti.

¿Había pasado a un universo paralelo? Era la única forma de explicar aquella conversación surrealista.

–¿Quieres vengarte de mí por lo que te hice en el colegio? –preguntó Dylan pasándose una mano por la nuca.

Mia le dedicó una dulce sonrisa.

–Te noto disgustado.

–No estoy disgustado, pero… Mia, creo que estás estresada –declaró él a la desesperada, buscando una explicación al extraño comportamiento de ella–. Creo que deberías acostarte un rato.

–¿Es una invitación, Dylan?

Capítulo Ocho

Mia casi se echó a reír al ver la expresión de Dylan. Pero había sido él, no a la inversa, quien la había tocado; sin embargo, no había esperado esa reacción por parte de ella.

En realidad, Mia también estaba sorprendida de sí misma. ¿Desde cuándo se lanzaba a conseguir lo que quería, tanto literal como metafóricamente? Quizá el embarazo, que tanto esfuerzo le había costado, le había dado la confianza en sí misma necesaria para enfrentarse a sus miedos. Nunca había tenido problemas respecto a los retos académicos, pero en lo que a su vida personal se refería…

–Olvídalo, Dylan –dijo Mia en tono desenfadado, sin darle importancia–. Y deja de mirarme como si tuviera dos cabezas. Vamos, tranquilo, no te voy violar. Anda, vete y deja que me ponga a trabajar.

La expresión de alivio de Dylan era cómica.

–Buena idea –respondió él–. Ah, y ahí, en el tablón de corcho, está el número de mi excontable, por si necesitas consultarle algo. Ha dicho que la llames cuando quieras.

En cuestión de segundos, Mia se encontró sola en el despacho de Dylan, decepcionada por su deserción. Pero sabía que él estaba interesado: casi la había besado la noche anterior mientras tomaban helado, le había tocado el pelo creyendo que ella no se daba cuenta. Lo que Dylan necesitaba era tiempo para acostumbrarse a la idea.

Se miró el reloj y se dio cuenta de que pronto le tocaba darle el pecho a Cora; aunque aún tenía tiempo para revisar algunos puntos de la contabilidad.

Dylan había desaparecido cuando ella apagó el ordenador y fue a buscar a su hija. Gertie estaba en el cuarto de estar con la niña sentada encima de sus rodillas. Cora estaba contenta, pero al ver a su madre quería estar con ella.

Gertie le dio a Cora con una sonrisa.

–Es una niña preciosa. Se parece a ti.

–Gracias por cuidar de ella.

–Encantada.

–¿Está Dylan en la casa?

–No. Se ha marchado a toda prisa, me ha dicho no sé qué de que tenía que ir a la ciudad a ver a una gente.

–Supongo que tendrá que ver con lo del incendio –comentó Mia apesadumbrada–. Cuando la niña se duerma después de tomar el pecho, me pondré a trabajar unas horas más. Pero no es necesario que cocine para mí si Dylan va a cenar fuera. Me prepararé un bocadillo.

Gertie puso una mueca de disgusto.

–Tonterías. Yo me encargo de ti y de la niña, eso es lo que Dylan quiere que haga y eso es lo que voy a hacer.

En la camioneta, Dylan dio vueltas por la ciudad sin rumbo fijo. No podía trabajar y no quería ir a casa. Ahora que se había abierto la caja de Pandora, estaba obsesionado con la idea de acostarse con Mia y no podía pensar en otra cosa.

Al principio, lo único que había querido era ayudar a Mia, por eso le había ofrecido un trabajo y un lugar en el que vivir. Su intención había sido mostrarle su agradecimiento por todo lo que ella le había ayudado cuando estudiaban juntos en el instituto.

Era una acción noble, ¿no? En ese caso, ¿por qué se estaba escondiendo?

Mia había cambiado. Había sido una adolescente tímida y retraída, pero ya no. Mia era toda una mujer, con metas y sueños en la vida. Había querido tener un hijo y lo había tenido.

¿Había hablado en serio al insinuar que quería acostarse con él?

A pesar de que solo de pensarlo se excitaba, no era una buena idea. Silver Glen ya no era el hogar de Mia y él no quería volver a hacer el ridículo por una mujer. Pero Mia, con su adorable bebé, se lo estaba poniendo muy difícil. Las dos eran una tentación casi irresistible.

Últimamente pensaba demasiado en tener un hogar y una familia. Después de la ruptura con su exnovia, se había cerrado emocionalmente; aparte del trabajo, solo le había interesado divertirse. Pero tras la boda de Liam y Zoe el corazón se le estaba ablandando.

Ahora tenía a dos hembras en su casa, dos hembras que la iluminaban y le daban vida. Y la tentación había vuelto a surgir.

Cortar con Tara le había resultado muy duro, pero no había habido niños por medio. Lo que no sabía era si había elegido mal o si no estaba hecho para las relaciones duraderas. En cualquier caso, le daba miedo volver a tener una relación seria, sobre todo con una mujer que ya era madre. A él le gustaban los niños, pero dudaba de su capacidad para ser padre.

Su padre, Reggie, no había sido un padre ejemplar, sino una especie de Peter Pan persiguiendo metas imposibles y dejando a Maeve, su mujer, a cargo de siete chicos. Él temía parecerse a su padre, por lo que no estaba dispuesto a destrozar la vida de un infante.

Tenía que hacerse a la idea de que Mia solo estaba allí de paso. Igual que su exnovia, Mia se iba a marchar cuando encontrara un buen trabajo. Aunque él le gustara a Mia, tenía que ser fuerte por los dos. Mia estaba baja de defensas, atravesaba un mal momento. Él no debía aprovecharse de su debilidad, por mucho que le apeteciera.

Cuando regresó a su casa, estaba convencido de tener bajo control la situación con Mia. Sin embargo, no había contado con encontrarse a su madre, Maeve, sentada en el sofá charlando con su invitada. No era la primera vez que su madre se presentaba sin más, pero solía llamar primero. Quizá hubiera llegado a sus oídos que Mia estaba allí. Desde el

fracaso de su relación con Tara, Maeve había hecho lo posible por buscarle novia.

–Hola, mamá. ¿Qué te trae por aquí?

Maeve Kavanagh era una atractiva mujer de sesenta y pocos años. Llevaba el cabello, castaño salpicado de canas, recogido en un moño, lo que le prestaba un aire de autoridad. Maeve dirigía el hotel Silver Beeches Lodge junto con Liam.

Dylan dejó las llavas en plato decorativo encima de la consola junto a la puerta de entrada y después se sentó delante de Mia y de su madre. Maeve tenía a Cora en los brazos.

Mia, mirándole, le dijo:

–Tu madre estaba preocupada por ti. Por lo del incendio.

–Estoy bien, mamá, pero te agradezco la visita. Mia va a pasar aquí una temporada. Supongo que ya os habéis presentado. ¿Te acuerdas de ella?

Maeve miró a su hijo con el ceño fruncido.

–Claro que me acuerdo. Y le estoy muy agradecida por todo lo que te ayudó. Eras un chico muy rebelde y Mia obró milagros contigo.

Mia también frunció el ceño.

–Dylan había perdido a su padre hacía poco. Creo que su comportamiento era comprensible.

Dylan se contuvo. No necesitaba que Mia le defendiera. Al instante, se puso en pie, sin importarle que el gesto pudiera parecer de mala educación.

–Te acompañaré al coche, mamá.

Maeve sonrió a Mia.

–Me parece que mi hijo está deseando que me vaya. Como tengo un millón de cosas que hacer, le voy a complacer. Ha sido un placer volverte a ver, Mia. Espero que vengas a cenar al hotel uno de estos días.

–Gracias, señora Kavanagh. Iré encantada.

–A condición de que vengas con la niña. Ah, y tutéame, por favor.

Dylan salió de la casa con su madre, consciente de que esta le iba a someter a un tercer grado. Lo que no había esperado era que su madre le mirara con expresión calculadora.

Después de abrir la portezuela del coche, Maeve, sin entrar en el coche, apoyó un brazo en la parte superior de la puerta.

–Dime la verdad, Dylan, ¿es esa niña hija tuya?

Dylan se quedó perplejo.

–¡Claro que no, mamá! No veía a Mia desde el colegio.

–Y ahora resulta que está en tu casa así, sin más.

Le dieron ganas de contestar a su madre, pero no lo hizo, de sobra sabía que ella no se lo consentiría.

–Mia se ha quedado sin trabajo y yo necesitaba otra contable. Es un arreglo temporal. Mia se iba a quedar en el apartamento de encima del bar, pero ya sabes lo que ha pasado.

La expresión de Maeve no cambió.

–No quiero que te vuelvan a hacer daño. No quiero que nadie se vuelva a aprovechar de tu buen corazón. Tienes una habilidad especial para ayudar a la gente, pero a veces se vuelve en contra tuya.

Dylan se quedó mirando el camino y, con frustración, dio una patada a una piedra.

–Hablas de mi ex, ¿verdad?

–Sí, de Tara. Te utilizó de mala manera, Dylan. Le venía bien ir acompañada de un chico guapo y rico durante su estancia aquí. Pero tú la querías; en mi opinión, demasiado. Las personas no son siempre lo que parecen.

–Mia no es así y la situación es completamente diferente.

–He notado la forma en la que te ha mirado cuando has entrado en casa.

A Dylan le habría gustado negarlo pero, a juzgar por lo que había pasado en el despacho unas horas atrás, no podía.

–No tienes por qué preocuparte, mamá. Mia va a pasar poco tiempo aquí. No le va a costar nada encontrar trabajo.

–Ven con ella al hotel a cenar. Zoe estará encantada de prepararnos una cena.

Su hermano Liam y su esposa vivían en el último piso del hotel, pero ya estaban trabajando en los planos de la casa que se iban a construir.

–Creo que Mia se encontraría incómoda en una cena familiar.

–Tonterías. Además, ya la he invitado.

–Está amamantando a su hija. No creo que quiera dejar a la niña.

–Venid con la niña. Puede que Cora inspire a Liam y a Zoe. No me gustaría morirme sin ser abuela.

–Jamás te das por vencida, ¿verdad, mamá? –dijo Dylan sonriendo con afecto.

A pesar de que su madre se había quedado viuda siendo muy joven, había conseguido criar a sus siete hijos y mantener el negocio familiar.

–Te quiero mucho, mamá –añadió Dylan.

Dylan le dio a su madre un beso en la mejilla y la ayudó a entrar en el coche.

–Voy a hablar con Liam y Zoe para ver qué día les viene bien lo de la cena. Y nada de excusas –añadió su madre antes de marcharse.

Dylan la vio alejarse, serio después de que alguien que le quería tanto le dijera a las claras cosas que él ya había pensado. ¿Le tenía apego a Mia solo por lo que había ocurrido en el pasado y por la proximidad?

Al entrar de nuevo en la casa, se detuvo para hablar con la mujer en la que llevaba pensando todo el día.

–Mia.

Ella alzó el rostro y sonrió.

–Tu madre es un encanto.

Dylan pensó en eso durante un minuto. A Maeve la habían llamado cabezota y cariñosa, pero ¿un encanto?

Contuvo el deseo de sentarse al lado de Mia y ponerse a jugar con la niña, debía mantener las distancias con ellas.

–Tengo bastantes cosas que hacer esta tarde, así que voy a cenar solo en mi habitación. Hablaremos mañana.

«Hablaremos mañana».

Pero Dylan no habló con ella.

Al principio, Mia se quedó sorprendida; después, se enfadó; más tarde, al darse cuenta de que Dylan la estaba evitando intencionadamente, se entristeció.

Gertie le dijo que Dylan estaba en el bar, vaciándolo, dejándolo listo para cuando fuera el contratista. Cosa que no se entendía, ya que Dylan tenía dinero para contratar a un equipo que se encargara del trabajo sucio. Por la noche, oyó un ruido en la habitación de él, pero siguió sin verle.

Era evidente que Dylan no iba a aceptar su atrevida invitación. Había sido la única vez que ella había dado el primer paso con un hombre, y ahora Dylan se comportaba como si tuviera miedo de que fuera a arrojarse sobre él mientras dormía. Estaba mucho más que avergonzada de sí misma.

Cuando ya llevaba casi una semana en casa de Dylan, le resultó evidente que necesitaba buscar un trabajo cuanto antes. Su situación allí era insostenible. Dylan vivía como un fantasma en su propia casa porque ella le había confesado que le deseaba.

Además, necesitaba volver a trabajar. Por mucho que quisiera a su hija y por mucho que le gustara que cuidaran de ella, su cerebro anhelaba cuanto antes nuevos retos. Hacía un trabajo muy importante y, por otra parte, su capacidad intelectual era un don único que debía utilizar.

Una mañana, mientras Cora dormía y después de haber hecho grandes progresos con la contabilidad del bar, Mia se dedicó a poner al día su currículum en el portátil.

Una vez que acabó, hizo una lista con sus contactos en el ámbito profesional y les envió el currículum por correo electrónico.

Le habría gustado disponer de tiempo para ver adónde le llevaba la relación con Dylan, pero él no estaba interesado. Cuanto antes se fuera de allí, mejor. Además, una relación con él solo la haría sufrir. Dylan tenía su hogar en Silver Glen; ella no tenía nada allí.

Esa noche Cora no durmió bien. La niña estaba intranquila y de mal humor.

A las dos de la mañana, Mia se dirigió a por un vaso de leche. Cora, con el rostro enrojecido por el llanto, se revolvía y gimoteaba en sus brazos.

En vez de encender la luz, porque quería que Cora se diera cuenta de que todavía no era de día, se abrió paso por la cocina a tientas, con cuidado para no tropezarse. Pero sí se chocó con algo, algo grande, cálido y sólido. Ahogó un grito antes de darse cuenta de que Dylan le sujetaba los brazos.

Con el pulso acelerado, se apartó de él.

–Has vuelto a darme un susto –se quejó ella en un susurro.

Dylan pasó una mano por la cabeza de la niña.

–¿Crees que le está saliendo un diente?

Mia bostezó y no protestó cuando Dylan le quitó a la niña de los brazos.

–Es un poco pronto para eso. A lo mejor está enfadada conmigo por algo.

–¿Quieres que te haga compañía hasta que se duerma?
–Hace días que no te veo.
–¿Me has echado de menos?
–Casi no he notado tu ausencia –mintió ella–. En cuanto a lo de hacerme compañía, si no puedes dormir, sí, me encantaría hablar con un adulto.
–Ven, sígueme –le dijo Dylan.
En el cuarto de estar, Dylan encendió el gas de la chimenea que iluminaba la leña artificial. Las llamas proyectaron una luz rosada lo suficientemente suave como para no estimular a Cora.
Mia, exhausta, se dejó caer en el sofá.
–Dámela si quieres –dijo ella.
–Relájate, Mia. Yo me encargo de Cora.
Con los párpados pesados, Mia vio a Dylan pasear a Cora por la estancia mientras le cantaba algo con voz profunda y agradable. La voz de Dylan consiguió relajarla y fue hundiéndose en los almohadones.
Fue entonces cuando, de repente, se dio cuenta de que Dylan estaba desnudo de cintura para arriba. A la luz del fuego contempló los perfilados músculos de él. Dylan era sumamente viril, a pesar de estar acunando a un bebé.
Cora se calló por fin y, poco a poco, cerró los ojos. Mia sabía que debía levantarse, tomar en los brazos al bebé e irse a su cuarto, pero no podía moverse.
Dylan acunaba a la dulce Cora. Le encantaban los niños, siempre le habían gustado. Olían a hogar, a felicidad y a amor. La sonrisa de un bebé era una promesa.
Cuando estuvo seguro de que la niña estaba profundamente dormida, la llevó a la cuna y la acostó. Al volver al cuarto de estar, se encontró a Mia dormida también. Se había tapado con una manta que siempre estaba en el respaldo del sofá, dejándose solo la cabeza al descubierto. Sonrió y la levantó en brazos.
Si Cora le hacía pensar en paz y seguridad, el cálido cuerpo de Mia le produjo el efecto contrario: le excitaba y despertaba su deseo. Con ella en los brazos, quería creer que sería posible hacer que Mia se quedara allí. Silver Glen era su hogar y cabía la posibilidad de que Mia volviera a echar raíces en su pueblo natal.
Pensó en los días más felices de su infancia, días en los que toda la familia se sentaba alrededor de la mesa para jugar a las cartas o a cualquier otro juego. Tras la muerte de Reggie, la familia había entristecido, quizá por eso fuera por lo que él se había esforzado tanto por ser el alma de las fiestas.
Mia le hacía echar de menos la vida familiar, el valor del esfuerzo, la lealtad y la generosidad. Ver a Mia con Cora le hacía desear ser un hombre mejor.
La habitación de Mia estaba medio a oscuras, apenas iluminada por la luz del cuarto de baño que se filtraba por la rendija de la puerta.
Al tumbarla en la cama, Mia abrió los ojos.
–¿Y Cora? –preguntó Mia incorporándose hasta quedar apoyada en los codos.

Dylan le apartó un mechón de pelo del rostro.

–Está en la cuna, dormida.

–Perdona, Dylan.

–No tienes que disculparte por nada. No hay nada vergonzoso en aceptar un poco de ayuda mientras estés aquí, Mia.

–Estoy haciendo que te sientas incómodo. Tu familia no sabe qué pensar de todo esto. Tú, por tu parte, quieres establecer una línea divisoria entre lo personal y lo profesional. Me iré tan pronto como encuentre casa.

Nada de lo que había dicho Mia era falso, pero no era toda la verdad.

–Lo que hace que me sienta incómodo es que te deseo, pero no sé si debería –respondió él pronunciando despacio las palabras.

Capítulo Nueve

Dylan no había tenido la intención de ser tan sincero.

Mia arrugó la nariz.

–¡Vaya! ¿Tan molesta te resulto? –aunque lo dijo medio en broma, Dylan la notó dolida.

Dylan se sentó en la cama, al lado de ella.

–Mia, Silver Glen ya no es tu hogar –la verdad podía doler, pero debían afrontar la realidad–. Has tenido un mal bache, pero pronto lo superarás. Eres muy inteligente y en nada de tiempo encontrarás un trabajo adecuado a tus habilidades. Me alegro de poder ayudarte, te lo debo. Pero los dos sabemos que tu estancia aquí es transitoria. Yo, por mi parte, tuve una relación con una mujer que solo estuvo de paso por aquí y acabó mal. No me gustaría repetir la experiencia.

–Todo un discurso. ¿Te importaría ir directamente al fondo del asunto?

–El fondo del asunto es que te deseo.

Dylan le acarició el brazo, consciente de que lo que sentía por Mia era diferente a lo que había sentido por otras mujeres. Además del deseo sexual, sentía una especie de… ternura; pero no era solo eso, era algo más. Mia formaba parte de su pasado, le había ayudado a ser el hombre que era ahora.

Mia se sentó en la cama con la espalda recta.

–Podría decepcionarte, el sexo no es mi fuerte.

–Creo que, dadas las circunstancias, no me quejaría. No lo digo por presumir, pero es posible que no hayas acertado al elegir a los hombres con los que has estado.

–Hombre. Solo ha habido uno.

–Ah, sí, el profesor. Bueno, puede que no sea tan inteligente como él, pero este tema me lo conozco bien.

–¿Estás seguro, Dylan?

De nuevo la notó vulnerable.

–Éramos amigos y espero que aún lo seamos. Pero lo que siento por ti ahora… es diferente. Me gustaría ver adónde nos lleva.

Normalmente, Dylan solo necesitaba un par de copas, una luz tenue y una mujer dispuesta para tener un romance. No obstante, con Mia le parecía importante decirle antes lo que pensaba.

Por otra parte, tanto análisis no parecía estar haciéndola muy feliz.

Con intención de darle tiempo para echarse atrás si así lo quería, Dylan, muy despacio, le puso las manos en la nuca. Bajó la cabeza. En ese punto, las mujeres solían cerrar los ojos, pero no Mia, que le observó con fascinación.

–A veces me desconciertas –confesó él titubeante.

–¿Por qué?

–Me parece que me estás analizando.

–¿Por qué dices eso?

Dylan notó frustración en la voz de ella.

–Eres la única genio que conozco. No me hago idea de lo que pasa por tu cabeza –Dylan no sabía por qué estaba hablando con semejante franqueza. Además, veía que era lo peor que podía hacer con Mia.

A Mia le tembló la barbilla.

–Soy como cualquier otra mujer, Dylan. Me duele mucho lo que has dicho.

–Perdona.

–Olvídalo todo y haz como si acabaras de conocerme en un bar cualquiera, pero no en el Silver Dollar. Imagina que hemos estado coqueteando y que estamos deseando acostarnos juntos.

En ese momento Dylan comprendió lo que ella quería: necesitaba sentirse una mujer normal y corriente. Mia no era una mujer normal y corriente, pero él la estaba haciendo daño al no demostrarle lo mucho que la deseaba. Su intención había sido protegerla.

Dylan le subió la camiseta, obligándola a alzar los brazos, y se la sacó por la cabeza.

–¡Qué bonita eres! –murmuró.

Mia tenía la piel blanca y suave, sus curvas eran el sueño de cualquier escultor. Pero no era de mármol, sino de carne y hueso, suave y cálida. Con los ojos fijos en los de ella, le cubrió los pechos con ambas manos.

Mia, por fin, cerró los ojos.

De repente, Dylan se sintió como un niño en una tienda de caramelos, sin saber qué probar primero. Empezó por los delicados párpados de Mia, bajó por la perfecta nariz y acabó posando los labios en los de ella. La sensación fue electrizante.

Mientras le masajeaba los pechos y le pellizcaba los pezones, le devoró la boca con la suya. Sus lenguas se enredaron, sus respiraciones se mezclaron. Mia, con una pasión que igualaba la suya, le rodeó el cuello con los brazos.

Dylan había supuesto que Mia se mostraría tímida, pero no fue así. Por su parte, se sintió perdido. Mia era una mujer intensamente femenina, aunque hacía poco por mostrar sus encantos. Apenas la había tocado y ya había endurecido.

–Mia…

–Quítate la ropa, Dylan. Métete en la cama conmigo.

Mia no podía creerlo, por fin estaba con Dylan. Había soñado durante años con ese momento, pero la imaginación no podía compararse con la realidad. Dylan tenía la piel ardiente, los músculos pronunciados y duros. Le acarició con deleite. Dylan era suyo; quizá solo por una noche, pero suyo.

Perdió algo de confianza en sí misma al verle completamente desnudo. De pie junto a la cama, con los brazos cruzados y los hombros derechos, Dylan proyectaba determinación y una inconfundible intención de dominar la situación. El miembro erecto sobresalía del liso y musculoso

vientre.

Mia tragó saliva.

–Eres un hombre espectacular –dijo ella con voz queda.

Dylan tiró de ella hacia el borde de la cama y le quitó los pantalones del pijama y las bragas.

Mia era una mujer adulta y no carecía de experiencia, pero necesitó valor para someterse al escrutinio de Dylan estando completamente desnuda. Su vientre ya no era liso, y tenía alguna que otra estría.

Pensó que ese era el momento en el que Dylan iba a meterse bajo las sábanas con ella, pero él volvió a sorprenderla. Con suavidad, le agarró ambas manos y la hizo ponerse en pie. No era especialmente baja de estatura, pero al lado de Dylan se sintió diminuta e indefensa.

La maliciosa sonrisa de Dylan la hizo enrojecer.

–Tócame, Mia. Por favor.

Darse cuenta de que Dylan la deseaba tanto como ella a él le dio seguridad en sí misma. Se puso de puntillas y le besó, acariciándole los dientes con la lengua. En el vientre sintió el movimiento del miembro de él. Se lo agarró con una mano y lo apretó suavemente. Dylan apretaba la mandíbula y el sudor le cubría la frente.

Mia echó la cabeza hacia atrás y le miró a los ojos.

–¿Era eso a lo que te referías?

–Maldita sea, me habías dicho que esto no se te daba bien.

Mia apoyó el rostro en el pecho de él y sintió los latidos del corazón. Le rodeó la cintura con los brazos y sintió que algo maravilloso había nacido entre ambos.

–Esto es solo el aperitivo –susurró ella–. Pero no te ilusiones, Dylan, puede que fracase en el acto final.

Dylan se echó a reír.

–Por favor, Mia, esto no es un examen. Además, se supone que soy yo quien tiene que darte placer esta noche, no a la inversa. Ya te tocará a ti en otro momento. Ahora, cielo, relájate.

Dylan la alzó en sus brazos, la tumbó en la cama y también se acostó, entrelazando sus grandes y velludas piernas con las de ella, más pequeñas y pálidas. Aunque sujetaba parte de su peso con las manos, Dylan la aplastaba contra el colchón, provocándole a ella una respuesta primitiva.

–Me gustas así, duro y desaliñado.

Dylan le acarició la garganta con la nariz.

–Ya veremos si dices lo mismo mañana después de que te marque. De haber sabido que íbamos a estar así, me habría afeitado.

Mia ladeó la cabeza y le miró fijamente.

–¿Vas siempre tan despacio? Aunque no es que me queje.

–Está bien, doña impaciente, ¿tienes preservativos a mano?

–¿Eh? No…

–No te preocupes, yo sí. Deja que vaya a por unos preservativos –Dylan se levantó de la cama–. ¿No te vas a echar atrás?

Mia se cubrió con una sábana.

–No, no me voy a echar atrás.

Dylan se fue corriendo y volvió en un abrir y cerrar de ojos. Después de

dejar unos cuantos preservativos encima de la mesilla de noche, le dio uno a ella.

–¿Quieres ponérmelo tú?

–No, gracias –respondió Mia, dudando de que esa pequeña goma pudiera cubrir el pene de Dylan.

Pero Dylan se colocó el preservativo sin problemas y se acostó junto a ella.

–Córrete un poco.

–Estás helado –protestó Mia.

–En ese caso, caliéntame.

Esas fueron las últimas palabras que pronunciaron antes de entregarse por completo al placer físico. A pesar de tener los pies fríos, el resto del cuerpo de Dylan ardía cuando se colocó entre sus piernas lanzando un gruñido. Ella le rodeó la cintura con las piernas y alzó las caderas a modo de invitación.

No obstante, Dylan no se introdujo en su cuerpo. Con una erección caliente y firme, le acarició la entrepierna. Un profundo placer se apoderó de ella. Un placer que había anticipado, pero lo que no había imaginado era la súbita emoción que la embargó. Le dieron ganas de llorar, pero contuvo las lágrimas, no quería que Dylan las interpretara equivocadamente.

Dylan era una persona muy querida, era especial, se merecía el amor de una mujer. Le resultaba incomprensible que su exnovia le hubiera dejado; quizá, algún día, se daría cuenta de su equivocación. Aunque, posiblemente, no habían estado hechos el uno para el otro.

La Mia adolescente aún vivía en las profundidades de la Mia adulta. La tímida y retraída chiquilla que adoraba al rebelde Dylan ahora deseaba al más estable Dylan.

–Te quiero dentro –murmuró ella.

Las pupilas de Dylan se dilataron.

–Tus deseos son órdenes para mí, Mia –respondió Dylan bajando la frente hasta tocar la de ella.

Al instante, con un empellón, Dylan la llenó. Jadearon al unísono. Mia tragó saliva.

–Así está mejor –logró decir ella con la garganta completamente seca.

Dylan le mordisqueó el cuello y se quedó quieto, permitiéndola absorber el efecto de la posesión. El sexo de ella le había recibido con entusiasmo, los músculos internos acariciándole.

El vello del pecho de Dylan le cosquilleó el pecho. Le gustaba la sensación. La copulación con Dylan tenía una cualidad especial, elemental, terrenal…

Dylan movió las caderas y profundizó la penetración. Después, comenzó a moverse despacio, haciéndola gritar de placer. La habitación olía a piel cálida y a ardiente sexo.

–Abre la boca, cielo.

Mia obedeció y Dylan le metió la lengua en la boca, imitando con esta el movimiento de sus caderas. La doble posesión la consumió. Enfebrecida y desesperada, le arañó la espalda, sin darse cuenta de lo que hacía.

–Sí, por favor… por favor… –susurró ella.
Dylan le dio un empellón tras otro, sin cesar, sin vacilar.
–Vamos, Mia, córrete –jadeó él.
Y Mia lo hizo.
Dylan la abrazó mientras ella se retorcía y gritaba. Sentir el orgasmo de Mia, observarla en ese estado de éxtasis, le exaltó, a pesar de haberse negado a sí mismo ese placer hasta el momento. Le estaba resultando casi imposible contenerse, pero quería verla disfrutar.
Cuando Mia, con los ojos cerrados, se quedó quieta, él se salió de ella y le susurró al oído:
–Has gritado mi nombre.
Mia abrió los ojos.
–No es verdad.
–Sí.
Bromear con ella era divertido. Pero eso no era lo que quería en aquel momento.
–Pronto te dejaré dormir –le prometió Dylan, aunque no estaba seguro de lo que había prometido.
Dylan se tumbó boca arriba y se colocó a Mia encima. Después, tras colocar el miembro en el sexo de ella, volvió a penetrarla.
Mia, con súbito arrebato, abrió la boca.
–¡Oh!
Dylan arqueó las caderas, subiendo y bajando con movimientos rítmicos y potentes. Mia se agarraba a sus hombros, el cabello le caía por el rostro y los pechos se le balanceaban.
Dylan subió la cabeza y le mordió un pezón. Mia gimió. Y cuando los músculos internos de Mia le presionaron el miembro, perdió el control. Con movimientos frenéticos, se lanzó a la consecución de un sublime placer…
Unos brillos amarillos le nublaron la vista. Un incontrolable temblor le dejó sin fuerzas. Un calor insoportable le paralizó la entrepierna y alcanzó la cima del éxtasis con un grito.

Capítulo Diez

Dylan estaba encima de Mia y apenas podía respirar. ¿Qué demonios le había pasado? Instintivamente, se retrajo, no quería que ella se diera cuenta de que hacer el amor con ella no había sido algo extraordinario. Mia ya le conocía demasiado bien como para relajarse completamente con ella. A un hombre le gustaba ocultar sus debilidades.

Cuando le pareció que ya podía moverse, se apartó de ella, se levantó de la cama y se fue al cuarto de baño para quitarse el preservativo y lavarse la cara. Se miró al espejo y vio que tenía los ojos brillantes.

Al volver al dormitorio vio que Mia se había dormido. Estaba boca arriba con postura de abandono: los brazos estirados, el cabello revuelto y desnuda.

Dylan no sabía si se sentía alivio o si estaba decepcionado.

Mia necesitaba dormir. Aunque él estuviera medio excitado y quisiera volver a poseerla, sería cruel despertarla. Cora daba trabajo y Mia necesitaba descansar para poder cuidar a su hija.

Agarró su ropa sin hacer ruido y luego se detuvo al lado de la cama. Mia no se parecía en nada a Tara, ni en el aspecto físico ni en el temperamento.

Tara y él lo habían pasado bien en la cama y fuera de la cama, siempre incitándole a la aventura. Quizá Tara era una versión femenina de él mismo; al menos, de él de adolescente.

Podía ser que hubiera sido eso lo que le había atraído de ella. La había comprendido.

Mia, por el contrario, era un misterio. A pesar de su timidez, era difícil comprender por qué no tenía un anillo de casada en el dedo. Mia era cariñosa, divertida, leal y valiente. Le dejaba atónito que hubiera tenido que recurrir a un banco de esperma para quedarse embarazada.

El hecho parecía indicar que Mia no quería relaciones duraderas con un hombre. ¿Había estado enamorada alguna vez?

Y él… ¿qué iba a hacer ahora con Mia y con Cora?

Mia se dio media vuelta y echó un vistazo a su móvil para ver la hora. Le dolían los pechos, los tenía llenos de leche. Cora podía despertar en cualquier momento.

¿Y Dylan? ¿Dónde estaba Dylan? ¿Por qué no estaba a su lado abrazado a ella, endurecido y dispuesto a otro asalto?

Temblando, se dirigió al cuarto de baño a toda prisa. Con un poco de suerte, le daría tiempo a darse una ducha antes de que Cora exigiera su desayuno. Bajo el agua de la ducha, trató de que el agua borrara las

huellas de las caricias de Dylan.

La ausencia de él era significativa, debía de estar arrepentido de lo ocurrido. ¿Por qué no estaba ahí?

Conteniendo la pena, volvió al dormitorio a vestirse. Cuando acabó, Cora se despertó. Al ir a levantar a su hija de la cuna para cambiarle el pañal, se recordó a sí misma la suerte que tenía. Cora era un rayo de luz en su vida y sabía que debía anteponer el bienestar de su hija al suyo propio.

Mia estaba en Silver Glen para que Cora tuviera un techo sobre su cabeza mientras ella buscaba trabajo. Dylan la había ayudado y, a su vez, ella le estaba ayudando a él. Pero esa relación era pasajera, con un principio y un final.

Amamantar a su hija le dio algo de paz y tranquilidad. Dylan no le pertenecía, como no le había pertenecido a los quince años. Se había equivocado al pensar que acostándose con él se le pasaría el enamoramiento que arrastraba desde la adolescencia.

No tenía superlativos para describir lo que había sido el sexo con él, pero no iba a hacerle sentirse incómodo exigiéndole más.

Cuando acabó de dar el pecho a Cora, Mia le puso a la niña un vestido de verano amarillo. Después, hambrienta, se dirigió a la cocina. Como había sospechado, Dylan no estaba a la vista.

–Ah, ya estás aquí –dijo Gertie apartando los ojos de la sartén en la que estaba friendo beicon–. Me da la impresión de que alguien no te ha dejado dormir bien.

Mia enrojeció.

–Sí, como de costumbre. Pero por fin, después de venir aquí a por un vaso de leche, Cora se durmió.

Sin preguntar, Gertie le indicó el plato que había puesto en la mesa con fresas y arándanos.

–Dentro de un minuto voy a sacar del horno los bollos de canela. Vamos, ponte a comer.

–¿Sabes si Dylan tenía que ver a alguien hoy por la mañana? –preguntó Mia, que ya tuteaba a Gertie.

–Que yo sepa no. Se ha marchado hace una media hora, al bar. ¿Por qué? ¿Tenías que decirle algo?

–Quería preguntarle una cosa sobre la contabilidad, pero puede esperar.

Mia acababa de terminar el desayuno cuando sonó el teléfono. Gertie contestó a la llamada y luego le pasó el auricular.

–Es para ti. La señora Kavanagh.

Gertie agarró a Cora para que Mia pudiera hablar.

–Buenos días, Mia, soy Maeve. Zoe y yo lo hemos arreglado para que tú y Dylan vengáis a cenar esta noche. Zoe va a cocinar. No te preocupes por Cora, tenemos cunas portátiles en el hotel, así que subiremos una a las habitaciones de Liam y Zoe para que pueda dormir tranquilamente.

–Pero… Señora Kavanagh, yo no sé si Dylan está libre esta noche.

–Por favor, llámame Maeve y tutéame. Ya he hablado con él esta mañana y me ha dicho que por él no hay problema, que tú tienes la última palabra.

Mia estaba en una encerrona. Las normas sociales dictaban que debía aceptar la invitación, pero le mortificaba la idea de sentarse a la mesa delante de la madre del hombre con el que se había acostado la noche anterior. Sin embargo, no tenía más remedio que aceptar.

–Bueno, en ese caso, sí, claro. Muchas gracias por invitarme. Y gracias por lo de la cuna. Como estoy dando el pecho a mi hija, no puedo pasar mucho tiempo separada de ella.

–Lo comprendo perfectamente. En fin, hasta las seis y media. Ah, Mia…

–¿Sí?

–¿Podrías vestirte de fiesta para la cena? Zoe se va a pasar el día entero cocinando y me gustaría que fuera una especie de celebración.

–Sí, claro, no hay problema –mintió Mia–. Hasta la tarde.

Mia colgó el teléfono. ¿Vestido de fiesta para la cena? ¡Cielos!

Le preguntó a Gertie si podía cuidar de la niña mientras ella iba a comprarse algo.

–Después de dar el pecho a la niña, déjala en la cuna y yo me encargaré de echarle un ojo. En Silver Glen hay una tienda de ropa muy buena. Tienen cosas estupendas para mujeres jóvenes. Seguro que encontrarás algo que te guste.

–Siento mucho tener que molestarte, Gertie.

La mujer, con Cora en los brazos, hizo un gesto de no darle importancia.

–Entre cuidar de la niña o fregar, prefiero cuidar de la niña. Vamos, dedícate unas horas a ti misma. Y no te preocupes, te aseguro que cuidaré bien de ella.

–Eso ya lo sé.

El problema era gastar dinero, con lo poco que tenía. Por otra parte, sentirse femenina y atractiva aquella noche le daría fuerzas para enfrentarse a Dylan.

Necesitaba darle a entender que era una mujer fuerte y que no iba a poner en peligro su soltería.

Después del almuerzo, cuando Cora se durmió, Mia estaba deseando salir de la casa. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo encadenada que estaba a Cora y a la bolsa de pañales. Por supuesto, no le pesaba para nada ser madre, estaba encantada; pero un par de horas sola tenía su atractivo.

Siguiendo las instrucciones de Gertie, no le costó nada encontrar Silver Linings. La tienda, que no estaba cuando ella vivía allí, ocupaba el piso bajo de un edificio histórico al lado del banco. Después de aparcar, le sobrecogió un súbito entusiasmo al ver, en un maniquí, justo el vestido que había imaginado.

Sin perder el tiempo, entró en la tienda.

La dependienta era una chica unos años más joven que ella.

–Soy Dottie. ¿En qué puedo ayudarte? –preguntó la dependienta amablemente.

–Me gustaría probarme el vestido que tenéis en el escaparate. Hace poco he tenido una niña y necesito ropa nueva.

Por suerte tenían su talla.

En el probador, se quedó en sujetador y en bragas y se lo puso. Era un

vestido de cóctel, nada convencional, de seda pesada, ceñido a la cintura y con una falda en forma de campana; la espalda subía hasta el cuello, pero era muy escotado por delante y en forma de pico.

Antes de subirse la cremallera, se dio cuenta de que iba a comprarlo.

Mientras, con esfuerzo, tratando de subirse la cremallera del cuerpo del vestido, la dependienta le preguntó desde el otro lado de la puerta:

–¿Qué tal?

Mia, mirándose al espejo, hizo una mueca.

–Es la talla de siempre, pero…

–No se preocupe si todavía tiene que perder algo de peso, ya verá como acaba perdiéndolo. De todos modos, ¿quiere que le traiga una talla más grande?

–No, no es eso. Pero… mire –Mia abrió la puerta del probador–. ¿Qué le parece?

La joven agrandó los ojos y sonrió.

–Ah, ahora entiendo, está amamantando, ¿verdad? Disfrute mientras dure. A mí me pasó lo mismo cuando tuve a mi hijo. A mi marido le encantaba.

Mia enrojeció.

–¿No le parece que el escote es un poco exagerado? Sobre todo, teniendo el pecho tan lleno.

–¿Exagerado?

–Sí.

–No, en absoluto. Creo que no está acostumbrada a enseñar su cuerpo, le pasa a mucha gente. Pero el hecho de ser madre no significa que una tenga que esconderse. Tiene una figura estupenda. Y, si no me equivoco, quiere que alguien se fije en usted, ¿verdad?

–Lo voy a llevar a una cena.

–No ha respondido a mi pregunta, así que daré por contado que es un sí. Compre el vestido, está claro que le gusta. Y el rojo le sienta muy bien.

Mia tragó saliva.

–Está bien, me lo llevo.

Tres horas más tarde estaba a punto de un ataque de nervios. Dylan iba a estar listo en menos de media hora. No le había visto, pero había recibido un mensaje en el móvil en el que Dylan le indicaba la hora a la que iban a salir.

De nuevo, Mia se miró en el espejo. Las sandalias negras no eran nuevas, pero le sentaban bien y eran cómodas. Se había dejado el pelo suelto, cuyas ondas le acariciaban los hombros.

Pero entre la cabeza y los pies había toda una revolución. El vestido, ahora, le parecía más escandaloso aún que en la tienda. Se le ajustaba a la cintura a la perfección, la falda era elegante y se veía bien las piernas con ella. Pero el cuerpo… El pecho parecía querer salírsele por el escote en toda su abundancia y esplendor.

Mia se recogió el cabello detrás de las orejas, hizo una pirueta y se tocó el estómago. Para bien o para mal, empezaba la función.

Capítulo Once

Dylan intentó aflojarse el lazo del cuello sin deshacerlo. ¿Cómo se les había ocurrido a Zoe y a su madre semejante cosa? Odiaba ir con esmoquin. Esa forma de vestir hacía énfasis en que él era un Kavanagh y, por lo tanto, debía dar ejemplo dentro de la comunidad. Y él no quería dar ejemplo de nada.

Prefería sus cómodos vaqueros y sus botas camperas.

Dylan suspiró, detuvo el coche delante de la puerta de la casa, encendió el aire acondicionado y trasladó el asiento de Cora del coche de Mia al suyo. Ya que los dos iban a ir vestidos como maniquíes, era más apropiado ir en el Mercedes que en la camioneta. El Mercedes, último modelo, se lo había regalado su madre, haciendo hincapié en que, por mucho que tratara de ignorarlo, él también era un Kavanagh.

El dinero de su familia le hacía sentirse incómodo, especialmente por ser el único de la familia sin un talento especial. No destacaba en nada.

Volvió a entrar en al casa, dio unos pasos y se paró en seco. Mia acababa de salir del cuarto de estar.

Al verle, ella también se detuvo.

–Hola, Dylan –dijo Mia, educada pero fríamente. La mujer que tenía delante ya no era solo una mujer atractiva con la que se había acostado sino una diosa… o un ángel. El cabello le caía en ondas hasta los hombros blancos, el discreto maquillaje acentuaba sus ojos color chocolate, unos pendientes reflejaban la luz y atraían la atención a un cuello de cisne, el carmín de los labios era rojo, rojo pecado, como el color del vestido.

Esa aparición haría temblar de deseo a cualquier hombre.

Pero lo que más le llamó la atención era el adorno brillante en el vértice del escote. Era de cristal y estaba unido a una cremallera que bajaba del escote al borde de la falda. Con un pequeño tirón, en cuestión de segundos, un hombre dejaría desnuda a esa mujer.

Dylan carraspeó.

–Estás muy bien.

–Y tú –respondió Mia arrugando el ceño.

Gertie, con la niña apoyada en una cadera, apareció en ese momento y silbó.

–¡Dios mío! Estáis guapísimos los dos. Hijo mío, Dylan, si tuviera cuarenta años menos…

Dylan le dio un beso en la mejilla a Gertie y otro a Cora en la cabeza.

–Mi ego te estará siempre agradecido, pero haz el favor de no exagerar. Además, ya sabes que eres mi chica preferida –Dylan le quitó a la niña y esta, al instante, intentó tirarle del lazo–. ¿Lista, Mia?

–Sí –respondió Mia asintiendo con la cabeza.

El hotel Silver Beeches Lodge había sido construido después de la Segunda Guerra Mundial. Era un hotel elegante, extraordinariamente caro y con una clientela que exigía intimidad y discreción. La mayoría de los huéspedes eran personas con dinero y poder.

Al llegar a un patio de piedra natural, Dylan lanzó una mirada de soslayo a su acompañante. Mia estaba sentada primorosamente, con las rodillas juntas y las manos, que sujetaban un bolso pequeño negro, descansando en su regazo.

Cuando un aparcacoches se acercó a ellos, Dylan le preguntó a Mia:

–¿Te parece que nos pongamos de acuerdo sobre qué vamos a decirles?

Por primera vez durante el viaje, Mia le miró a los ojos con furiosa expresión.

–No hay necesidad, no tenemos nada que contar.

–Estás enfadada conmigo porque al despertarte esta mañana yo no estaba en la cama, ¿verdad?

El mal sabor de boca no se le había quitado aún. Pero había tenido que marcharse de la casa para aclararse las ideas y analizar lo que le había pasado al hacer el amor con Mia. De haberle sido posible, ahora tampoco estaría con ella.

Mia cerró los ojos.

–No, no estoy enfadada en absoluto. Dormir es lo mejor que me puede pasar últimamente.

Un golpe directo. Bien, si era así como iba a comportarse…

Dylan abrió la puerta del coche con tal fuerza que poco le faltó para arrancarla. Después, abrió la puerta de atrás y le habló a Cora mientras le desataba el cinturón de seguridad de la silla. La sonrisa de la niña disminuyó su irritación.

Por el rabillo del ojo vio a Mia salir del coche y alisarse la falda del vestido. Había cinco hombres en la escalinata de la entrada del hotel, unos huéspedes y otros empleados, pero los cinco pares de ojos se clavaron en Mia. No podía reprochárselo.

A pesar de que Mia estaba enfadada con él, se alegraba de que fueran amigos. Aunque, después de lo ocurrido la noche anterior, lo de amigos podía ponerse en entredicho.

Mia insistió en llevar a la niña al ascender los escalones de la entrada.

–Dámela, la voy a llevar yo.

Dylan le pasó a Cora sin protestar, sospechaba que el bebé le servía a Mia de coraza. Mia debía encontrarse intimidada ante la perspectiva de cenar con Maeve Kavanagh. Su madre era una mujer amable y justa, pero había visto a hombres temblar delante de ella.

–Liam y Zoe viven en el piso del ático –dijo Dylan. Subieron en el ascensor en silencio. Al salir, Dylan le puso a Mia una mano en el codo y la empujó suavemente a la derecha. Liam abrió la puerta al momento de que ellos llamaran al timbre. El hijo mayor de la familia Kavanagh le saludó cariñosamente.

–Zoe estaba nerviosa. Ya era hora de que llegarais.

Dylan le rodeó la cintura a Mia con un brazo.

–Liam, esta es Mia. Mia, este es mi hermano Liam.

Liam le dio a Mia la mano, pero clavó los ojos en Cora.
–¿Me la dejas un momento?
Mia asintió y Liam, inmediatamente, tomó en los brazos al bebé. Después, volvió la cabeza y dijo en voz alta:
–Zoe, mi amor, ven y mira lo que he encontrado.
Zoe Kavanagh era simpática, hermosa y encantadora por naturaleza, sin artificios.
Mia le envidiaba la facilidad con la que se desenvolvía socialmente mientras la delgada rubia iba y venía de la cocina a por una cosa u otra.
–La cena ya está casi lista –anunció Zoe.
Liam sonrió a su esposa. Estaba profundamente enamorado de Zoe y no intentaba disimularlo.
–Mi esposa insiste en cocinar a pesar de tener un cocinero de primera en el restaurante del hotel. No obstante, debo admitir que la cocina se le da muy bien. He engordado un par de kilos desde que nos casamos.
Teniendo en cuenta que Liam era tan esbelto y de tan buena forma física como su hermano, Mia se preguntó si no era una broma. Había rechazado una copa de vino y tenía en la mano un vaso de agua con gas cuando la puerta se abrió y Maeve Kavanagh apareció acompañada de un hombre guapo y sorprendentemente parecido a Dylan y a Liam.
–Mirad quién está aquí –anunció Maeve con una sonrisa resplandeciente–. He convencido a Aidan para que tomara un avión y viniera a cenar.
Encima de un vestido ceñido y sin adornos color ciruela, Maeve llevaba una chaqueta de manga corta haciendo juego.
Después de unos saludos y unos abrazos, Mia le ofreció la mano a Aidan, tan alto como sus dos hermanos, pero incluso más refinado que Liam.
–Tengo la sensación de estar donde no debiera –dijo Mia.
Aidan le besó la mano como si fuera lo más natural del mundo.
–En absoluto. En todo caso, soy yo quien debiera decir eso. Aunque vivo en Nueva York, vengo a Silver Glen con frecuencia. A pesar de haberme acostumbrado al asfalto, me gusta venir a casa. Esperaba que estuvieran todos aquí esta noche.
Zoe arrugó la nariz.
–Conor, Patrick, Gavin y James han dicho que no podían venir.
Liam rodeó la cintura de su esposa.
–Es muy difícil conseguir que vengan todos avisándoles con tan poco tiempo de antelación. Repetiremos pronto.
Maeve alzó los brazos y se acercó a Mia.
–Ah, ahí está esa preciosa niña. Dylan y Liam se miraron.
–Si no hubiera sido por la niña, mamá no habría venido –susurró Dylan a su hermano en broma.
Mientras charlaban y reían acabaron de poner la mesa. Mia ayudó, ya que Maeve había secuestrado a su hija. Y justo antes de sentarse a cenar, alguien llamó a la puerta.
–Ya abro yo –dijo Maeve con la niña apoyada en una cadera–. Le he pedido a una de las empleadas que suba para que se ocupe de Cora mientras cenamos. Viene a trabajar los veranos, estudia en la universidad

de Carolina del Norte y su especialidad es desarrollo infantil. Espero que no te importe, Mia.

¿Qué podía decir?

–No, claro que no.

Dylan se le acercó y le susurró al oído:

–Te pido disculpas de antemano por lo que pueda hacer o decir mi madre.

Mia sacudió la cabeza.

–No te preocupes, está todo bien.

Mia aún no se había acostumbrado a lo guapo que estaba Dylan con ese esmoquin que le sentaba a la perfección. Debía de estar hecho a medida.

Le gustaba mucho el Dylan informal, pero ese Dylan sofisticado la hacía temblar.

Una vez sentados todos a la mesa, Zoe dijo:

–Vamos, nada de formalidades. Servíos y pasad las bandejas.

Entre ruidos de copas, platos y cubertería, Mia observó a la familia Kavanagh. Zoe parecía completamente integrada en el grupo, a pesar de no llevar mucho casada con Liam. Liam, Dylan y Aidan discutían amistosamente, como hermanos, sobre política, deportes, cine… Maeve tenía opiniones arraigadas y no le daba miedo expresarlas.

Solo ella guardaba silencio. No porque tuviera miedo de hablar, sino porque le resultó difícil hacerse oír. Durante una momentánea interrupción en la continua charla, Maeve lanzó el primer ataque, tomándola por sorpresa.

Maeve bebió un sorbo de vino, dejó la copa en la mesa y le clavó la mirada.

–Dime, Mia, ¿dónde está el padre de tu hija?

A Mia se le atragantó una nuez de la ensalada y Dylan tuvo que darle unas palmadas en la espalda.

Entonces, Dylan lanzó una mirada de censura a su madre.

–¿No dices que no te gustan los cotilleos?

Maeve no pareció arrepentida.

–No, no me gustan. Por eso es por lo que siempre me dirijo a la fuente de información. Aunque, por supuesto, Mia puede decirme que me meta en mis asun- tos –Maeve sonrió a Mia–. En serio, querida, no me contestes si no quieres.

Mia se sintió enrojecer al notar que todos la miraban.

–No es ningún secreto –respondió Mia–. Quería tener un hijo y, como no había un hombre en mi vida, recurrí a la inseminación artificial de un banco de esperma.

Todos guardaron silencio.

–Ah, entiendo –la expresión perpleja de Maeve contenía una cierta nota de censura.

Mia estaba acostumbrada a ese tipo de reacción. De haber decidido adoptar un niño a todo el mundo le habría parecido bien, pero el camino que había tomado resultaba menos aceptable socialmente. Quizá se debiera a la naturaleza clínica del proceso.

Fue Zoe quien rompió el incómodo silencio.

–Dime, Mia, ¿cómo conociste a Dylan?

Mia abrió la boca para contestar, pero Maeve, dirigiéndose a su nuera, lo hizo por ella.

–Mia y Dylan estaban en la misma clase en el instituto. Se han vuelto a ver últimamente.

Zoe asintió, satisfecha con la explicación.

–Y… ¿a qué te dedicas, Mia?

–A la medicina, soy investigadora. Pero han cerrado el laboratorio y el programa en el que trabajaba hace poco. Así que volví a Silver Glen de visita y me encontré a Dylan en el Silver Dollar.

Dylan decidió intervenir.

–Y como yo me había quedado sin contable, le he pedido a Mia que me ayude con la contabilidad mientras ella busca otro trabajo.

Zoe arqueó las cejas.

–Debes ser muy inteligente –comentó mirando a Mia fijamente.

–Más bien un genio –dijo Dylan con una sonrisa–. No os podéis imaginar la suerte que tengo de contar con su ayuda.

Mia deseaba desesperadamente abandonar el tema. Por eso, cuando Zoe se levantó para recoger los platos de los postres, Mia se puso en pie también.

–Deja que te ayude, por favor. La cena estaba exquisita.

En la cocina, Zoe comenzó a aclarar los platos.

–Liam insiste en que deje a la empleada que recoja por la mañana, pero yo no soporto la cocina sucia –Zoe le pasó un plato para que lo metiera en el lavavajillas–. ¿A ti también te gusta cocinar?

–No he tenido muchas oportunidades de hacerlo. Antes de que naciera Cora me pasaba el día trabajando en el laboratorio; ahora, estoy acostumbrándome a cuidar de mi hija. Nunca tengo tiempo suficiente.

Zoe asintió con expresión pensativa.

–La familia Kavanagh puede intimidar un poco; sobre todo, cuando se juntan. Tú y yo deberíamos unir fuerzas.

–Estás equivocada. Yo trabajo para Dylan, nada más.

–Maeve me ha dicho que vives en su casa.

–Sí, pero solo por el incendio en el bar. Iba a ocupar el apartamento encima del Silver Dollar.

Zoe alzó la mirada al techo.

–Un hombre no invita a una mujer a quedarse en su casa sin segundas intenciones.

–Dylan es una buena persona. Me dijo que es muy difícil alquilar una casa en Silver Dollar. Si no tuviera una niña, estoy segura de que Dylan habría dejado que me las arreglara sola, pero se ha encariñado con Cora. Supongo que es por eso por lo que me propuso que nos quedáramos en su casa.

Zoe se secó las manos con un trapo de cocina y se dio media vuelta para encender el lavavajillas.

–¿Es Cora hija suya?

Como Zoe le daba la espalda, no pudo verle la cara.

–No, claro que no.

Entonces, Zoe se volvió y la miró con una expresión de indicar que no se dejaba engañar fácilmente.

–Es posible que hayáis inventado esa historia mientras decidís qué vais a hacer. Y no os culpo, la familia entera se volvería loca si Cora fuera la primera de la nueva generación. A mí no hacen más que lanzarme indirectas para que me quede embarazada.

–Te aseguro que no lo es –declaró Mia–. Puede que no sea del gusto de todo el mundo lo que hice, pero adoro a Cora y no me arrepiento de haberla tenido. Lo único que sé es que el donante de esperma era un hombre sano y normal, y con eso me basta.

–No era mi intención enfadarte –dijo Zoe, sus ojos azules llenos de emoción.

Mia tragó saliva.

–No estoy enfadada, más bien intento defenderme. La gente reacciona muy mal, incluidos mis padres.

–¿Viven por aquí cerca?

–No, viven en Florida. Cuando tuve a Cora, mi madre vino unos días a ayudarme. Por supuesto, adora a la niña, pero sigue sin comprender que recurriera a un donante anónimo y que no me dejara embarazada un hombre.

–Dylan es un hombre –Zoe sonrió.

–Dylan y yo no estamos juntos.

–He visto cómo te mira. Es muy posesivo contigo. Aunque creo que quizá no se haya dado cuenta de lo que siente por ti.

–Estás muy equivocada, Zoe. Dylan está quemado, no quiere relaciones. Ni le interesa el matrimonio ni los hijos ni nada. No intentes hacer de celestina porque Dylan y yo no somos una pareja. Punto.

Dylan se detuvo junto a la puerta de la cocina. Solo había oído lo último que Mia había dicho, pero era suficiente para adivinar el tema de conversación entre ella y Zoe. Al parecer, Zoe no había podido contener la curiosidad sobre la relación de Mia con él, y Mia se lo había dejado claro.

Lo normal era que sintiera alivio de que Mia supiera lo que podía o no esperar de él. Le ahorraba explicar que no tenía planes de formar una familia, mucho menos una familia ya establecida.

En ese caso, ¿por qué le sentaba como un puñetazo en el estómago?

Dylan entró en la cocina y vio expresión de culpabilidad en ambas mujeres.

–Paula dice que Cora está de malas. Está con la niña en la habitación de Zoe y Liam. ¿No te toca darle ya el pecho? –dijo mirando a Mia.

Mia, con ese vestido rojo rubí que la hacía parecer más una princesa rusa que una madre con una niña de pecho, miró el reloj de la pared.

–¡Madre mía! He perdido la noción del tiempo.

–Ya veo –respondió él con ironía.

–¿Quieres que te acompañe mientras le das de mamar? –interpuso Zoe inmediatamente.

Dylan le dio un beso en la mejilla a su cuñada, que no tenía la culpa de

que Mia y él estuvieran medio enfadados.

–Yo le haré compañía, Zoe. Vamos, ve a sentarte en el sofá con tu marido. Le tienes abandonado.

Salieron juntos de la cocina. Zoe se dirigió al cuarto de estar y Dylan y Mia al dormitorio. Ahí, además de la cuna, había dos sillones junto a la ventana, perfectos para dar el pecho a Cora.

La joven estudiante le dio la niña a Mia con una sonrisa.

–Es una niña encantadora, lo hemos pasado muy bien. La bolsa de los pañales está ahí, al lado de la cama. Si necesita niñera algún día durante el verano, por favor, llámeme. La señora Kavanagh tiene mi teléfono.

Mia sonrió.

–Gracias, Paula, lo tendré en cuenta.

Cuando la puerta se cerró, Dylan sacó de la bolsa con las cosas de la niña.

–Aquí lo tienes todo –dijo él, decidido a que Mia no le echara del cuarto.

–Ya puedes marcharte. Prefiero estar sola para darle el pecho.

–Pásame a la niña y siéntate. Cuando esté lista, te la paso.

En cuestión de minutos Dylan le había cambiado el pañal y la tenía con un pijama limpio. Se volvió y, al acercarse a la mujer que le miraba con ojos oscuros y grandes, sintió algo que no llegó a comprender.

Mia tomó a Cora en sus brazos.

–Date la vuelta, por favor.

Dylan se acuclilló a los pies de ella.

–No me pidas eso. Mia, te he visto completamente desnuda. ¿O se te ha olvidado?

Entonces, muy despacio, agarró el adorno de cristal en el vértice del escote de ella y comenzó a tirar de él.

Mia, con las mejillas enrojecidas, le dio un manotazo.

–Por favor, Dylan. Dar el pecho a un bebé no tiene nada de sensual.

–Te equivocas.

Mirándola a los ojos, Dylan le bajó la cremallera. La expresión de Mia mostraba confusión, vulnerabilidad y… deseo.

Con la cremallera bajada, Dylan contempló con placer los abundantes pechos de ella. Uno de los pezones mostraba una gota de leche. Puso un dedo en la gota y la probó.

–Qué suerte tiene la niña –dijo él con voz ronca.

Los labios de Mia temblaron.

Por fin, cuando la niña encontró el pezón y empezó a chupar, Dylan sintió una punzada en la entrepierna. Se incorporó y se sentó en el otro sillón junto a la ventana. El tiempo pareció detenerse, el mundo fuera de aquella habitación se desvaneció mientras compartían aquel momento de intimidad.

Cuando Mia cambió a la niña para que mamara del otro pecho, Dylan, sin decir nada, se sacó un pañuelo limpio del bolsillo y, con cuidado, le secó el pezón del que Cora se había alimentado con entusiasmo.

Por fin, Cora cerró los párpados y Mia, apartándola de sí, se la pasó a él.

–Sujétala, por favor.

Mia se secó el pezón y se subió la cremallera del vestido. Después, le

pidió a la niña.

–Voy a acostarla.

–Deja que lo haga yo –respondió él.

Dylan dejó a Cora en la cuna y sonrió.

–Gracias –le dijo Dylan a Mia.

–¿Por qué?

–Por haberme dejado estar aquí. Por dejarme ayudarte con Cora. Por fiarte de mí –Dylan tiró de ella hasta levantarla del sillón–. Perdóname por no haberme quedado en la cama anoche.

–¿Por qué no te quedaste? –le preguntó.

–Por muchas razones –«me gustas demasiado. Te marcharás pronto de aquí»–. Entre otras, necesitabas descansar.

–Es una excusa muy poco convincente.

–Es la verdad.

–Vamos a dejar las cosas claras, Dylan –dijo ella cruzándose de brazos–. Te agradezco que me estés ayudando; pero no te preocupes, no me hago ilusiones. Así que, por favor, relájate.

–Imposible –murmuró él–. Cuando estoy contigo me resulta imposible relajarme.

Dylan jugueteó con el adorno de la cremallera. Muy despacio, lo bajó unos centímetros. Las curvas de los pechos de Mia pedían a gritos una caricia.

Al ver que ella no protestaba, tiró un poco más de la cremallera y se la abrió hasta el ombligo.

Mia, con los ojos cerrados, echó la cabeza hacia atrás. Despacio, le sacó el cuerpo del vestido por los brazos hasta que quedó anclado en la cintura de ella. Ahora, Mia estaba desnuda de cintura para arriba, convertida en una erótica invitación. La rodeó con los brazos y le acarició la espalda.

–Mia, quiero acostarme contigo esta noche. Y esta vez no me marcharé.

Mia le rodeó el cuello con los brazos.

–Sí –respondió ella en un susurro apenas audible.

Capítulo Doce

Dylan sacó del coche el asiento de la niña, abrió la puerta de la casa y cruzó el cuarto de estar detrás de Mia.

Después de acostar a Cora y cerrar la puerta, tomó a Mia de la mano.

–Vamos a tomar un café delante de la chimenea, ¿te parece?

–Es un poco tarde.

Dylan le levantó la mano y se la besó.

–¿Te vas a convertir en una calabaza? –Mia se había quitado ya los zapatos, su diferencia de estatura era pronunciada.

Mia se encogió de hombros.

–Está bien. Mientras preparas el café yo voy a cambiarme.

–No, por favor, no te cambies de ropa. Ese vestido me vuelve loco.

Mia sonrió.

–Es bonito, ¿verdad?

–Y muy práctico –Dylan le puso una mano en la nuca y le acarició el lóbulo de la oreja–. Pensándolo bien, puede que no nos haga falta tomar un café.

Mia se puso de puntillas y le besó con labios cálidos y tan apasionados como los de él.

–Sí, quizá sea mejor acostarse y descansar.

–¿Descansar? –el aroma de ella y el tacto de la seda del vestido le tenían aturdido.

Mia tiró de él hacia su dormitorio.

–Descansaremos… después.

Le gustó que Mia no fingiera resistirse, que no le hiciera adivinar si le deseaba o no.

Una vez en la habitación de ella, Mia se apartó de él y pareció dudar.

Dylan le rodeó la cintura y la empujó hacia la cama. Entonces, se sentó mientras ella, delante de él, permanecía de pie.

–Eres una mujer muy hermosa, Mia Larin, pero con ese vestido… ¡No sabes lo que me alegro de tener un corazón a prueba de bombas!

–Se te da muy bien hacer que una mujer se sienta especial.

–Eres especial, Mia –insistió Dylan. Al ver duda en los ojos de ella, decidió demostrar su sinceridad con hechos. Le acarició el escote del vestido y sonrió maliciosamente al verla temblar–. ¿Te pongo nerviosa?

–Un poco.

–Soy un tipo completamente inofensivo. No asusto a nadie.

Mia, sorprendiéndole, le acarició el labio inferior con la yema de un dedo. Fue una caricia sumamente tierna.

–Aunque no tengo mucha experiencia con los hombres, sé que tú eres diferente.

–¿Es un halago? –preguntó Dylan, dudando del significado de esas palabras.

–No quiero enamorarme de un hombre que no quie-re enamorarse –Mia le revolvió el cabello–. Haces que una mujer desee cosas que no estás dispuesto a darle.

Dylan sintió una punzada de remordimiento. Mia estaba en lo cierto.

–No nos hemos planteado nada que no sea divertirnos un poco.

–Lo sé.

–Además, tú no tienes nada que hacer aquí, en Silver Glen –declaró Dylan en tono defensivo–. Lo sabes perfectamente.

–Aquí estás tú.

Esas palabras de Mia le dejaron sin respiración. El corazón se le encogió. Mia se estaba entregando a él, pero él no podía hacer lo mismo con ella.

–No merezco la pena, créeme. Si quieres divertirte, puedes estar segura de que conmigo lo pasarás bien. Pero no esperes nada de mí que no esté dispuesto a dar.

No vio en el rostro de Mia nada que indicara que le había hecho daño. El suspiro que ella dio podía significar cualquier cosa.

–Al menos, eres honesto. No te preocupes, no voy a incomodarte más. Hazme el amor.

Dylan respiró con alivio. Pero, al mismo tiempo, tuvo la sensación de que se había cerrado una puerta que no volvería a abrirse.

–Eso sí que puedo.

El maldito abalorio de cristal le resultó irresistible. Jugueteó con él rozando los pechos de Mia.

–Me siento como si los Reyes Magos me hubieran traído un regalo con una envoltura roja.

Cuando tiró del adorno, la cremallera se abrió con facilidad. Tras bajarla unos centímetros, se detuvo.

Mia, con los ojos cerrados y la respiración sonora, dijo:

–Suponía que serías uno de esos chicos que destrozan el envoltorio para ver rápidamente lo que hay dentro.

Dylan le palpó las caderas para ver si Mia llevaba bragas o no. Sí, debía llevarlas. Su Mia era tímida… aunque la evidencia negó semejante hipótesis.

–Lo soy –admitió él.

Dylan volvió a juguetear con el abalorio de cristal. Se lo iba a tomar con calma. La misma Mia había admitido no tener demasiada experiencia respecto al sexo. No quería asustarla.

La cremallera bajó unos centímetros más, hasta dejar el vestido a punto de caer. Colgaba precariamente de los pechos de Mia.

Dylan le acarició el vientre con la yema de un dedo y ella tembló. Mia se agarró el cuerpo del vestido con una mano; con la otra, le dio un manotazo.

–Para, me haces cosquillas.

–Lo tendré en cuenta –respondió Dylan al tiempo que bajó la cremallera del todo–. Suéltate el vestido.

Mia sacudió la cabeza y un mechón de cabello oscuro y ondulado le

cayó por el hombro desnudo.

–Tú todavía llevas toda la ropa puesta –protestó ella.

–Ya me tocará, no te preocupes –respondió Dylan con voz ronca al tiempo que le agarraba ambas muñecas y se las separaba del cuerpo.

Con lentitud y algo de dificultad, Dylan comenzó a sacarle el vestido por los brazos con una mano, pero no había contado con que la tenía sujeta por las muñecas y no podía sacárselo.

–Maldita sea.

Mia tuvo la audacia de echarse a reír.

–¿Y ahora qué? Puede que no tengas tanta experiencia como creía.

–Y tú tienes mucho descaro para lo tímida que se supone que eres.

–He cambiado, Dylan.

–Ya lo he notado.

Agarrarle las muñecas le había excitado más de lo que había creído posible. Pero tenía que soltárselas para lograr su objetivo. Lo hizo con rapidez y, en unos segundos, tuvo a Mia delante completamente desnuda. O casi. Un diminuto tanga rojo le cubría lo mínimo.

Mia interpretó la expresión de arrebato de Dylan como una buena señal. Dylan tenía los ojos fijos en sus bragas, la intensidad de su mirada la hizo humedecer.

Como Dylan parecía incapaz de reaccionar, se sentó a su lado.

–Ya me habías visto desnuda –bromeó ella.

–Solo una vez –Dylan le acarició el muslo.

–Cabe la posibilidad de que Cora se despierte pronto. Así que, ¿te importaría acelerar un poco las cosas?

Mia comenzó a desabrocharle la camisa con la mano derecha; aunque, en realidad, no le importaría hacer el amor sin que Dylan se quitara el esmoquin.

Por fin, Dylan, recuperando el sentido de la realidad, le cubrió las manos con las suyas.

–Túmbate en la cama, Mia.

Fue una orden y ella le obedeció; por ridículo que fuera, le excitó el tono autoritario de Dylan. Mientras subía por la cama hasta la cabecera, se comportó como si estar prácticamente desnuda delante de un hombre tan guapo fuera lo más normal del mundo para ella. Dylan, que acababa de ponerse en pie, contemplaba todos sus movimientos.

Cuando se acomodó, él se quitó el lazo del esmoquin y continuó despojándose de la ropa con intencionada lentitud. Los calzoncillos de seda negra apenas ocultaban su virilidad, dejando en evidencia su excitación sexual. Dylan, sin quitarse el calzoncillo, se desabrochó la camisa.

–Quítate la camisa –le rogó ella.

Dylan se despojó de la camisa en silencio, con los ojos brillantes y el rostro enrojecido.

Al quedarse solo con una prenda, Mia extendió un brazo hacia él.

–Date prisa, no aguanto más.

Al fin Dylan dio muestras de la impaciencia que ella sentía. Se acercó y puso una rodilla en la cama. Se tumbó y la envolvió en sus brazos.

Ella le puso las manos en el pecho. Aquella noche, Dylan era todo un Kavanagh, rico y sofisticado y, sin embargo, en la intimidad de la habitación, se imponía su verdadera personalidad. Dylan podía representar el papel de hombre educado y de buenos modales cuando la situación lo requería, pero el verdadero Dylan, el chico rebelde de años atrás, estaba ahí, en ese cuarto, decidido a conseguir lo que quería a toda costa.

Y ella no iba a impedírselo.

–Tu familia te quiere mucho –declaró Mia–. Liam y Aidan respetan tu opinión, lo he notado. Te respetan y te admiran.

–¿Qué es lo que quieres decir exactamente? –preguntó Dylan con una sonrisa ladeada.

–Déjalo, ya hablaremos de eso en otro momento –respondió Mia al tiempo que se frotaba contra él. Dylan lanzó un gruñido.

Sin titubear, Mia colocó el rostro entre los muslos de él y lamió la seda negra que le cubría.

Dylan jadeó y, casi sin respiración, dijo:

–Tengo un preservativo en la cartera.

–Todavía no lo necesitas.

Dylan gimió mientras ella, con suma suavidad, le mordisqueaba el miembro a través de la seda.

La impaciencia de Dylan se evidenció cuando él la agarró por las axilas, la subió hacia la cabecera de la cama y la besó ardientemente.

–Eres una coqueta sin corazón.

–Es lo mejor para seducirte, querido. Dylan se quedó muy quieto.

–¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un nudo en el poste de tu cama?

–¿Qué dices? –irritada, Mia se apartó de él.

–Te mueves en los círculos académicos con hombres tan inteligentes como tú. ¿Estás aquí conmigo por diversión, por hacer algo distinto?

Mia contuvo las ganas de darle una bofetada.

–Lo que has dicho es insultante –furiosa, trató de levantarse de la cama.

Pero Dylan le agarró un tobillo, sujetándola.

–Necesito saber la verdad, Mia.

A Mia se le llenaron los ojos de lágrimas.

–¿Por qué?

–Me han utilizado y no me gusta.

–Está bien, yo también te estoy utilizando, pero no de la forma que tú crees –gritó ella–. Me has dejado estar en tu casa, nos estás alimentando a mí y a mi hija, y me has dado un trabajo que podrías haberle dado a muchas otras personas en Silver Glen. Me encontraba en el fondo de un pozo negro. Si he querido hacer el amor contigo no ha sido por marcarme un tanto.

Sus rostros estaban a escasos centímetros, el aliento de él le acariciaba las mejillas. Podía ver las largas y espesas pestañas de Dylan adornándole la intensa mirada.

Dylan la besó perezosamente.

–De acuerdo, debería haberme dado cuenta de que no podías resistir mi magnetismo animal.

Mia le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza en los hombros

de él.

–La modestia no es una de tus virtudes, ¿verdad?

–No es culpa mía que las mujeres me encuentren irresistible.

El humor de Dylan la ayudó a recuperar el equilibrio.

–El ego no te cabe en el cuerpo.

–Hablando de egos…

Dylan se levantó para quitarse los calzoncillos y agarrar un preservativo. De pie, al lado de la cama, se cubrió el miembro con él. Después, volvió a la cama y, de rodillas, se colocó delante de ella. Claramente, la conversación se daba por concluida.

Dylan la acarició de manera íntima. Ella estaba vergonzosamente mojada. Deseaba a Dylan con todo su ser.

–Te necesito –susurró Mia apoyando la cabeza en el hombro de él.

Dylan la empujó suavemente hasta dejarla tumbada, colocó el pene en la entrepierna de ella y la penetró con firmeza.

Mia respiró hondo y, en cuestión de segundos, se dio cuenta de que la estaba llevando al clímax en un tiempo récord. Saboreó aquella conexión física, convencida de que Dylan era y sería el único hombre en el mundo que podía provocarle tan profunda y sincera emoción.

Mia le rodeó la cintura con las piernas.

–No pares –le suplicó ella al oído al punto del orgasmo.

–Nunca.

La fuerza del deseo les redujo al nivel humano más básico. Mia le mordió la garganta y él a ella. Dylan tenía la piel mojada y ella la boca seca.

De repente, Dylan lanzó un grito y el cuerpo se le sacudió espasmódicamente. Lo que a ella la llevó a alcanzar el orgasmo fue el convencimiento de que en ese instante Dylan la deseaba y la necesitaba.

De momento, era suficiente.

Capítulo Trece

Cora le despertó de madrugada.

Dylan, rápidamente, se levantó de la cama para ir a por la niña antes de que su llanto despertara a Mia.

Cora le dedicó una adorable sonrisa cuando él se inclinó sobre ella.

–Hola, cielo.

Por la forma de mirarle, era evidente que Cora le reconocía. Cuando la tomó en sus brazos, el olor del bebé le dejó extasiado. En ese instante, se dio cuenta de que adoraba a Cora, la quería profundamente.

Dylan le cambió el pañal mientras ella pataleaba y emitía sonidos infantiles. Cora era una niña dulce, perfecta y… necesitaba un padre.

De repente, Dylan se sintió incómodo, conocía sus limitaciones. Cora iba a ser una niña inteligente, de eso estaba convencido. Pero Cora y Mia iban juntas.

Envolvió al bebé con una manta de algodón, se dirigió al dormitorio y se sentó con la niña al borde de la cama. Entonces, sacudió a Mia suavemente.

–Aquí hay alguien que necesita a su mamá –dijo Dylan en voz baja.

Mia se sentó en la cama y se apartó un mechón de pelo del rostro. Estaba desnuda. Debió de darse cuenta de repente porque se sonrojó y se fue al cuarto de baño.

Dylan besó a la niña en la mejilla.

–No te preocupes, ahora viene.

Cuando Mia regresó, unos momentos después, estaba cubierta de pies a cabeza con una bata negra cuyo tejido de punto se le ceñía al cuerpo. Se puso a darle el pecho a la niña y él se tumbó a su lado. Reflexionó sobre su vida y se dio cuenta de que tenía todo lo que un hombre podía desear, a excepción de una esposa y un bebé. Mia y Cora podían ser esa esposa y esa hija.

Imaginar su casa sin ellas era impensable.

Con los ojos cerrados, sintió a Mia levantarse de la cama para llevar a Cora a la cuna. Unos minutos después, Mia regresó y se acostó; esta vez, en el lado opuesto de la cama.

A pesar de lo tarde que era y de la necesidad de dormir, el deseo pudo con él. En la oscuridad, agarró un preservativo y después tiró de Mia hacia el centro de la cama. Mia se acercó a él al instante. Estaba desnuda otra vez: suave, cálida e intensamente femenina.

Aunque el deseo era potente, se tomó su tiempo acariciándola y besándola.

–Me tienes atontado –murmuró Dylan.

–Es la testosterona –respondió ella acariciándole el cabello.

Dylan le separó las piernas, se colocó entre los muslos y la penetró despacio. Un suspiro. Quizá de ella. Quizá de él.

No había prisa.

Aquello era lo único que les importaba en el mundo, ese contacto físico.

Mia tuvo un orgasmo antes que él. Entonces, sus arremetidas se aceleraron y consiguió el físico alivio que anhelaba.

–Mia –le susurró Dylan al oído unos minutos después, antes de que se durmiera.

–¿Mmm? –Mia estaba refugiada en sus brazos y con las nalgas pegadas a su entrepierna.

–Cuando el apartamento encima del Silver Dollar esté habitable, no quiero que Cora y tú os vayáis ahí, sino que os quedéis aquí.

–¿Por qué? –preguntó Mia.

«Porque os quiero en mi casa, te quiero en mi cama». Pero era demasiado serio para decírselo a una mujer en mitad de la noche.

–Creo que será mejor para Cora, el cambio podría afectarla. Además, aquí puede jugar en el jardín.

–Dylan, Cora solo tiene tres meses. Para cuando empiece a andar ya nos habremos ido de Silver Glen.

–Te tengo mucho cariño –dijo él torpemente–, y también a Cora. Mi casa es mucho mejor para un bebé que un pequeño apartamento encima de un bar. Prométeme que, por lo menos, lo tendrás en cuenta.

Mia bostezó.

–Yo también te tengo cariño a ti, Dylan. Y sí, lo tendré en cuenta. Y ahora, por favor, duérmete. Ya hablaremos mañana.

A la mañana siguiente, cuando Mia se despertó, Dylan ya se había ido. Pero esta vez había dormido en su cama. Poco antes del amanecer había vuelto a hacerle el amor.

Tras ponerse una bata y cambiarle los pañales a Cora, Mia se dirigió a la cocina.

–Buenos días, Gertie –dijo Mia a la mujer que, como de costumbre, estaba preparando beicon y huevos revueltos.

–Buenos días –respondió Gertie con una sonrisa–. ¿Ha dormido bien la niña?

–Sí, muy bien. Solo se ha despertado una vez para mamar, y ya está. Menos mal.

Gertie puso un plato encima de la mesa y, con un gesto, le indicó a Mia que se sentara.

–Come, no dejes que se enfríe.

Mia, con Cora sentada en sus piernas, devoró todo lo que había en el plato. Tanto sexo la tenía hambrienta.

–¿Se ha ido Dylan ya a la ciudad?

Gertie sacudió la cabeza.

–No. Está por ahí, con los chicos.

–¿Qué chicos?

–Da trabajo en el campo a los chicos sin padres que están en casas de

acogida. Les amenaza con descuartizarles si se entera de que se gastan en drogas el dinero que ganan.

–¿Y le hacen caso?

–Ya lo creo. Dylan sabe ponerse serio cuando es necesario. Tras el aspecto despreocupado, es un hombre de principios. Ayuda a todo el mundo que puede; sobre todo, a los más débiles.

Mientras bebía café, la euforia que había sentido hasta ese momento se fue disipando. En mitad de la noche, cuando Dylan le dijo que quería que su hija y ella siguieran en su casa, el corazón le había dado un vuelco. Había oído la palabra cariño, había creído que Dylan sentía algo por ella, que quería profundizar en la relación que tenían.

Pero ahora, a la luz del día, después de que Gertie hablara de la personalidad de Dylan, le pareció que la invitación de él a que Cora y ella siguieran ahí se debía más a su altruismo que a otra cosa.

Se limpió los labios con una servilleta y le dedicó a Gertie una amplia sonrisa.

–¿Te importaría cuidar de Cora unos minutos mientras yo me doy una ducha rápida?

–Ya sabes que no me importa en absoluto.

Mia se dirigió a la zona de la casa donde estaban su habitación y la de Dylan. Al pasar por el dormitorio de él, se dio cuenta de que cuando Gertie fuera a hacerle la cama se daría cuenta de que Dylan no había dormido en ella. La mujer ataría cabos y llegaría a la conclusión de que Dylan había dormido con ella.

Con cuidado, Mia abrió la puerta del dormitorio de Dylan. No había puesto los pies en ella hasta ese momento. Estaba decorada con el mismo lujo que la suya, pero los colores eran más varoniles.

Rápidamente, se acercó a la enorme cama y la deshizo para que pareciera que Dylan había dormido allí. Cuando se dio por satisfecha de su trabajo, se volvió y se chocó con el dueño de la cama.

–¡Dylan!

Él sonrió y ella se sonrojó.

–¿Qué estabas haciendo, Mia?

–He deshecho la cama para que Gertie no se dé cuenta de que has dormido conmigo.

–Soy un hombre adulto –respondió él con un brillo depredador en los ojos–. Donde yo duerma o deje de dormir no es asunto de Gertie.

Antes de que ella pudiera defenderse con alguna explicación racional, Dylan la agarró y la despojó de la bata.

Mia protestó y trató de apartarle las manos.

–¿Te has vuelto loco? No estamos solos.

Con calma envidiable, Dylan se volvió y cerró la puerta con llave.

–Gertie se ha llevado a Cora a dar un paseo. Te deseo, Mia.

La intensidad de la mirada de Dylan traicionó el tono grave de sus palabras. Sin saber por qué, la timidez la sobrecogió. Dylan la había visto desnuda ya, la había acariciado y la había besado…

De súbito, Dylan la levantó en sus brazos. Pero en vez de llevarla a la cama, le pegó la espalda contra la pared. Y, automáticamente, ella le

rodeó la cintura con las piernas.
–Dylan, no podemos –pero fue una protesta débil y él lo notó.
Sin dejarla caer, Dylan se desabrochó el cinturón, se bajó la cremallera de los pantalones y liberó su miembro. Después, se puso un preservativo.
–Vamos, cielo, agárrate bien. Va a ser rápido y furioso.
Sin darle tiempo a protestar, Dylan se metió dentro de ella, profundamente.
Mia oyó voces de jóvenes en el jardín, el canto de los pájaros, una máquina cortacésped… Pero en la preciosa habitación de Dylan, nadie hablaba. La poseyó con dureza, con urgencia, como si hubieran transcurrido meses desde su última copulación. Dylan sabía a café, a beicon y a mermelada de naranja. Su grande y duro cuerpo la sujetaba con facilidad.
No hubo juegos amorosos, sino copulación pura y dura. Alcanzó el orgasmo con fiereza, él la siguió a los pocos segundos.
Dylan se aclaró la garganta.
–¿Crees que debería disculparme?
–No lo sé –respondió ella–. Para estar segura, creo que deberías repetirlo.

En vez de soltarla, la llevó en los brazos a su cuarto de baño, pensando que Mia querría arreglarse un poco antes de ir a su dormitorio. Al dejarla en el suelo, le sonrió.
Mia le afectaba. Le despertaba un deseo que, en cierto modo, le hacía sentirse incómodo. De hecho, también le alarmaba la respuesta de ella. ¿Cómo era posible que una mujer tímida y reservada le volviera del revés y le hiciera dudar de sí mismo?
–Mia, ¿te vas a quedar? ¿Por ahora?
Le temblaron las piernas cuando ella le sonrió.
–Sí, Dylan. Por ahora.
Dylan se aclaró la garganta, conteniendo el repentino júbilo que le embargó.
–Bien –hizo una pausa–. Hace un día precioso. ¿Qué te parece si le pedimos a Gertie que nos prepare un picnic?
–¿Con Cora también?
–Claro, forma parte del grupo.
–Me encantaría.
–Entonces, voy a ir a decírselo –declaró Dylan–. Avísame cuando estés lista. Mientras tanto, iré a hacer unas cosas que tengo que hacer.

Mia se alegró de quedarse sola. Tras una incrédula mirada en el espejo, se alisó el pelo, se abrochó la bata y volvió a su dormitorio para ducharse y vestirse. Después, preparó la bolsa con las cosas de Cora y eligió ropa cómoda para comer al aire libre.
Mia se puso ropa de andar por casa, camiseta color ámbar y pantalones vaqueros usados; pero después de recogerse el pelo en una cola de caballo,

no se encontró nada mal.

Apareció en la cocina justo en el momento en que Gertie y Cora entraban por la puerta posterior. Al ver a su madre, la niña tendió los brazos hacia ella.

Mia la tomó pensando que cada día que pasaba quería más a su hija.

–Ven aquí, ángel mío. ¿No le has dado mucho la lata a Gertie?

–Es una niña maravillosa, no da ninguna guerra –comentó Gertie–. Dylan me ha pedido que prepare un picnic. ¿Te apetece algo en especial?

Mia sacudió la cabeza.

–Todo lo que cocinas me parece maravilloso. Evito la comida picante desde que doy de mamar a Cora; aparte de eso, lo que tú quieras.

Dylan se presentó también en la cocina.

–Mientras Gertie prepara el picnic, ¿quieres que te enseñe el piso de arriba?

Mia no confesó que ya lo había visto.

–Bien, me parece bien.

Las habitaciones del primer piso eran preciosas.

–Me han ayudado a decorarlas –confesó Dylan.

Todas eran diferentes y bonitas.

–Te gusta tener visitas, ¿verdad?

–Sí. Algunos de mis amigos del colegio se han ido a vivir fuera. Cuando vienen con sus familias, se quedan en mi casa. Me gusta que me visiten.

–¿Y mujeres solteras?

–Si te refieres a novias, la respuesta es no. Nunca he invitado a una amante a mi casa.

–¿Ni siquiera a Tara? –Mia arqueó las cejas.

–Cuando estaba con Tara vivía en la ciudad. Construí esta casa después de que nos separáramos. Esta casa es mi refugio, mi espacio íntimo.

–Sin embargo, aquí estamos Cora y yo. Dylan se encogió de hombros.

–No había otra alternativa.

–Sí la había. Podrías habernos alquilado una habitación en un hotel. ¿Por qué no lo hiciste?

–Tenía una deuda pendiente contigo por lo que me ayudaste en el pasado. Además, Cora me ha traspasado el corazón.

–¿Y yo?

Dylan le clavó los ojos en los labios con deseo.

–Digamos que lo que siento por ti ahora es diferente a lo que sentía cuando íbamos juntos al colegio. Venga, vamos –Dylan la agarró del brazo y salieron al pasillo.

–¿Otra habitación?

–No. Vamos a subir al ático. Deja que lleve yo a Cora, los escalones son muy empinados.

Mia le pasó a su hija e, inmediatamente, se alegró de haberlo hecho. Las escaleras eran muy empinadas.

Cuando llegaron arriba, Dylan encendió la luz. El ático, todavía en obras, olía a serrín.

Dylan le entregó a Cora; después, agarró una palanca y, poco a poco, parte del tejado comenzó a abrirse.

Con la luz del sol, vio un telescopio muy grande en la pared opuesta.

–Estoy construyendo un observatorio –declaró él con entusiasmo–. Subo aquí las noches despejadas a mirar las estrellas. Por eso es por lo que compré esta propiedad, lejos de las luces de la ciudad.

–¿De dónde has sacado el telescopio? ¿Cómo has aprendido a utilizarlo?

–Hice un curso por Internet. Ordené las partes y lo monté.

–Dylan –dijo ella con exasperación.

–¿Qué? –preguntó él con perplejidad.

–No quiero que vuelvas a decirme lo lista que soy y lo tonto que tú eres. ¿Está claro?

Dylan esbozó una traviesa sonrisa.

–Sí, señora.

Antes de poder disculparse por la vehemencia con que había hablado, un trueno les hizo sobresaltarse. Una enorme nube de verano apareció de improviso, el viento comenzó a soplar y empezaron a caer gotas.

Dylan cerró el tejado rápidamente.

–Me parece que ya no hay picnic –dijo ella.

–Podemos poner una manta en el cuarto de estar, delante de la chimenea, y ya está. A Cora le va a encantar.

–Por supuesto.

Dylan llevó las cosas de la cocina al cuarto de estar algo acobardado. Mia le había echado un rapapolvo en el ático, convencida de tener razón. ¿Tan poco consciente había sido de sus propias habilidades?

Sonrió al sentarse en la manta junto a Mia y Cora. Fuera, el viento y la lluvia golpeaban los cristales de las ventanas.

Gertie, al ver lo que se avecinaba, se había ido a su casa hacía media hora; por suerte, no vivía lejos. Por si acaso, él le había enviado un mensaje al móvil, que ella había respondido, asegurándole que estaba en su casa sana y salva.

Cuando Cora se durmió, la tumbaron y la rodearon de cojines para protegerla. Después, volvieron a acomodarse y él le acarició la mejilla.

En silencio, escucharon la tormenta y el fuego. Dylan le acarició los cabellos mientras se preguntaba si recordaría ese día como un punto de inflexión en su vida. Ahora sabía lo que quería. Quería a Mia y a Cora. Y quizá, con el tiempo, otro hijo.

No obstante, estaba el asunto del trabajo de Mia. Él, por su parte, no podía imaginarse a sí mismo viviendo en otro sitio que no fuera Silver Glen. Pero, en una situación extrema, elegiría a Mia y a Cora por encima de cualquier otra cosa.

–¿En qué estás pensando? –le preguntó a Mia.

Ella le miró y Dylan podría haber jurado ver en sus ojos lo que él mismo sentía con el corazón.

–Estaba pensando en la suerte que he tenido al venir a Silver Glen y encontrarme contigo. Mi vida era un auténtico caos; pero, con tu ayuda, comencé a pensar que Cora y yo íbamos a lograr sobrevivir.

–No tenías por qué haberlo dudado, eres una mujer muy capaz e

inteligente. No obstante, todo el mundo necesita ayuda de vez en cuando.

–¿Es por eso por lo que estamos juntos? ¿Querías solo ayudarme?

Dylan le puso las manos en el rostro.

–Ha sido un placer ayudaros. Pero no, estamos juntos porque nos gustamos.

Ella sonrió.

–¿Los polos opuestos se atraen?

Dylan la besó suavemente.

–No somos polos opuestos, Mia. No, en lo importante, no lo somos. A los dos nos importa la familia, las raíces…

La chispa del deseo se avivó. La tormenta les había hecho refugiarse, creando una atmósfera íntima.

Mia ladeó la cabeza con una expresión que reflejaba lo que él sentía.

–Cora está dormida.

–No podemos dejarla aquí sola. Pero si la movemos, quizá se despierte.

–Tu sofá parece bastante cómodo, ¿no?

Dylan tragó saliva.

–¿Tú crees? –la pregunta no se refería al sofá.

–Sí –respondió Mia, comprendiéndole.

Dylan la ayudó a ponerse en pie y se acercaron al sofá de cuero y, sigilosamente, se desnudaron.

Era mediodía, la oscuridad de la noche quedaba muy lejos. Mia le miraba a los ojos, aunque él podía ver en ella vestigios de su natural timidez. Al arrodillarse para bajarle las bragas, Mia se quedó quieta, delante de él, completamente desnuda.

Dylan se quitó los calzoncillos y sintió una oleada de calor subirle por la espalda cuando Mia tomó su miembro y comenzó a acariciarle la punta.

–Las damas primero.

Dylan contuvo la respiración por lo erótico de la postura cuando Mia, tumbada en el sofá, apoyó un pie en el respaldo.

Rápidamente, se puso un preservativo y se tumbó encima de ella.

–Lo necesito… te necesito –dijo él con voz ronca y gutural.

Quería decirle que durante toda la vida, que lo abandonara todo, pero era demasiado egoísta. Por eso, trató de expresar con su cuerpo lo que sentía por ella. Conteniendo la pasión que le consumía, rindió homenaje a la discreta belleza de Mia.

Pronto, Mia dejó su actitud pasiva y le besó con urgencia.

–No voy a romperme, Dylan. Y no quiero esperar. Quiero sentirte dentro.

Dylan no pudo rechazar la invitación.

La penetró mirándola a los ojos, ella sosteniéndole la mirada. Continuaron así mientras Dylan se movía dentro de ella. Nada nunca le había parecido tan natural, tan honesto.

–Mia…

–Lo sé, Dylan, lo sé.

¿Cuánto tiempo estuvieron así? Imposible de saber. Un minuto, quizá una hora o unos segundos. El mundo se desvaneció a su alrededor. Por fin, incluso mirarla le resultó demasiado esfuerzo y cerró los ojos.

El sofá crujió por la fuerza de sus movimientos. Deslizó una mano por debajo de las nalgas de ella, alzándola, penetrándola lo más profundamente que pudo… y entonces oyó los suaves gemidos de Mia anunciando la proximidad del orgasmo.

–Mia… Mia…

El final fue rápido e increíblemente extenuante.

Al dejarse caer sobre ella, la oyó susurrar algo, pero el corazón le latía con tal fuerza que no le permitió oír las palabras que Mia había pronunciado.

Capítulo Catorce

Mia tenía un problema para el que los estudios no la habían preparado: se había enamorado de un hombre obcecado con que ella solo estaba allí de paso. Y no sabía cómo decírselo. Por otra parte, tendría que sacrificar mucho para estar con él, si es que Dylan quería comprometerse con ella durante el resto de sus vidas.

Sentía el peso de él, pero no le molestaba. No sabía si se había quedado dormido, pero la quietud le ofreció tiempo para pensar. El sexo con él era extraordinario, quizá porque además de la unión física había una conexión más profunda entre ellos.

La ternura de Dylan la hacía creer que sentía por ella más de lo que había admitido.

Pero… ¿se estaba engañando a sí misma?

En ese momento, Dylan se levantó, tiró de ella hasta hacerla ponerse en pie y la abrazó.

–Tenemos que hablar, Mia.

El duro y cálido cuerpo de él la hizo sentirse segura y excitada simultáneamente. Una mezcla peligrosa.

–¿Sobre qué?

–Tú. Yo. Nosotros.

–Está bien. Pero antes deja que vaya a arreglarme y a vestirme. Dentro de nada me toca darle el pecho a Cora.

Dylan echó un vistazo al reloj de la chimenea.

–No te importa quedarte sola con Cora un rato, ¿verdad? Tengo que ir a la ciudad a ver si la tormenta no ha causado daños en el Silver Dollar.

–No, no me importa. Anda, vete.

–Quiero que vayamos a cenar al hotel esta noche. Mesa para dos. Una cena íntima. Hablaremos de tu futuro… de nuestro futuro.

–Muy bien –respondió ella con la esperanza de un milagro–. ¿Y Cora?

–Le pediré a Zoe que haga de niñera durante un par de horas. Estoy seguro de que le encantará.

Cuando Dylan regresó a la casa la encontró extra- ñamente silenciosa. Fue a la cocina, abrió el frigorífico para sacar una botella de agua y vio una nota encima de la mesa:

Dylan, Cora y yo estamos durmiendo la siesta. No nos dejes dormir pasadas las cuatro y media. Necesito tiempo para arreglarme.

Mia

Sonriendo, se metió la nota en el bolsillo y se dirigió a su despacho. Estaba más ordenado que nunca, ya que a Gertie le estaba prohibido limpiar allí porque lo arreglaba todo de tal manera que a él le resultaba imposible encontrar nada.

El portátil que utilizaba Mia estaba encima del escritorio y… encendido. Mia debía haber tenido que salir corriendo a encargarse de Cora y no le habría dado tiempo a apagarlo.

Al ir a desconectar el aparato, vio en la pantalla unos correos electrónicos de Mia. Una palabra le saltó a la vista: «Entrevista». El estómago le dio un vuelco.

El remitente contestaba a un mensaje de Mia solicitando empleo. El mensaje inicial contenía un archivo. Abrió el archivo denominado «Currículum Vitae» y lo imprimió. La impresora comenzó a escupir páginas.

Dylan recogió las páginas, se sentó y, despacio, las leyó.

Sus ilusiones respecto a una vida en común con Mia y Cora se disiparon. Mia tenía dos doctorados, su historial laboral era impresionante y los trabajos que había publicado y las conferencias que había dado le dejaron estupefacto.

Se había engañado a sí mismo al creer que Mia era solo una madre soltera con una niña. Ayudar a Mia y a Cora le habían hecho sentirse necesitado, pero la verdad era muy distinta. Silver Glen no era lugar para Mia y ella jamás le pertenecería, aunque le deseara físicamente.

Con calma, destruyó las páginas con la trituradora de papel. Después, fue al cuarto de estar y se sentó a esperar.

Mia solo había dormido tres cuartos de hora, pero se despertó contenta y llena de energía. Cora aún dormía.

Tenía sed y fue a la cocina a por un vaso de granizado de té. En el cuarto de estar, se detuvo en seco.

–¡Dylan! –exclamó Mia llevándose una mano al pecho–. Qué susto me has dado. No te esperaba tan pronto. ¿Está todo bien en el bar?

–Sí –respondió Dylan, pero no sonrió.

Poco a poco, la euforia de Mia se disipó.

–¿Qué ha pasado? No pareces…

–No vamos a ir a cenar esta noche, Mia –declaró él.

Mia se sentó en un sillón frente al que Dylan ocupaba. Una profunda angustia se le agarró al pecho.

–¿Qué pasa? –insistió ella.

Dylan se metió una mano en el bolsillo, sacó un cheque y lo dejó encima de la mesa de centro al lado de una pequeña caja blanca.

–Te contraté de buena fe, ahí tienes el sueldo de seis meses. Será dinero suficiente para que tú y Cora podáis vivir en Raleigh mientras te estableces allí. Lo otro es un pequeño regalo que me recordaba a ti.

–No lo entiendo –dijo ella mordiéndose los labios–. Creía que querías que me quedara aquí.

–Lo que yo quiero no tiene importancia. Te han ofrecido trabajo, lo he

visto en tu correo electrónico –Dylan se puso en pie–. Será mejor que te vayas, Mia. Este no es tu sitio. Vuelve a tu mundo, a tu hogar. Llévate lo que necesites y, cuando encuentres casa, envíame la dirección para que yo te mande el resto.

Frenética, Mia se puso en pie.

–No quiero irme. No sé qué ha pasado, pero no me obligues a marcharme, por favor.

Sus súplicas cayeron en oídos sordos.

–Voy a dormir en el hotel esta noche. Mañana al mediodía, cuando vuelva, no quiero verte aquí. Pídele a Gertie que te ayude a hacer el equipaje. Adiós, Mia.

Las seis semanas siguientes fueron las peores de su vida. No obstante, gracias al cheque que Dylan le había dado y a los pocos ahorros que le quedaban, Mia pudo alquilar un piso.

Cora dormía encima de la alfombra y ella lo hacía en un saco de dormir. Acabaría llevando los muebles que tenía en almacenaje, pero de momento estaba escondiéndose de todo y de todos. Teniendo en cuenta que había hablado con sus amigos y les había dicho que iba a quedarse una temporada en Silver Glen, ¿cómo iba a explicarles su repentino regreso?

Por el móvil, envió un correo electrónico al jefe del departamento que le había ofrecido una entrevista en el que le explicaba que, debido a problemas familiares, no iba a poder presentarse de momento. Después de eso, se dedicó exclusivamente a jugar con su hija y a llorar.

Dejó de llorar en una semana. Perdió peso. Solo Cora y los cuidados que requería la salvaron.

Durante el día, si no hacía demasiado calor, iban a dar un paseo por el parque. Pero, por las noches, mientras Cora dormía, ella permanecía despierta pensando en Dylan.

A finales de la segunda semana, Dylan le envió un mensaje al móvil pidiéndole su dirección para enviarle el resto de sus pertenencias. Presa del pánico, fue a la tienda de móviles e hizo que le cambiaran el número. No quería ningún contacto con Dylan, el hombre al que amaba y que le había destrozado el corazón.

El mundo se le había hundido y no sabía qué hacer. Basándose en un estúpido correo electrónico, Dylan había decidido que ella necesitaba volver a su trabajo y a su carrera, a pesar de no ser él quien debía tomar esa decisión. Cierto que le encantaba su trabajo y que, para ella, era importante. Pero ¿debía renunciar al amor por eso? ¿Por qué Dylan no le había permitido tomar esa decisión?

Hacia finales de agosto, Mia consiguió sacar fuerzas de lo más profundo de su ser y comenzó a enfrentarse a la vida de nuevo. No le quedaba más remedio, tenía que hacerlo por su hija.

Dylan estaba histérico. Como Mia no había contestado a su mensaje, había contratado a un detective privado para que la encontrara, necesitaba

saber que ella y la niña estaban bien. Pero, a pesar de buscar por todas partes, no habían dado con ella. Era como si Mia hubiera desaparecido de la faz de la tierra.

Con el paso del tiempo, el sentimiento de pérdida fue en aumento y, por fin, se dio cuenta de que había renunciado a Mia y a Cora sin luchar por ellas. Eso no era propio de él. Había cometido un error al echarlas de su casa.

La desesperación le llevó a hacer algo inmoral y completamente ilegal. Buscó un experto en informática dispuesto a hackear el ordenador que Mia había utilizado en su despacho. El informático se metió en el correo electrónico de Mia, pero solo encontró un mensaje en el que ella informaba que no iba a asistir a una entrevista de trabajo.

Si Mia no estaba buscando trabajo, ¿qué demonios estaba haciendo?

El informático le enseñó a acceder al correo electrónico de ella y, todas las mañanas, lo primero que Dylan hacía era sentarse delante del ordenador para ver si había novedades. Pero, al parecer, Mia no estaba utilizando su correo electrónico.

Su suerte cambió inesperadamente. Una mañana, vio un mensaje del banco de Mia en el que leyó «cambio de dirección», en el asunto. Lo abrió inmediatamente, anotó la información, subió a su dormitorio, metió lo más necesario en una bolsa de viaje y, seis horas después, aparcó delante de un humilde edificio de apartamentos.

Cuando Mia abrió la puerta y le vio, palideció al instante.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó con animosidad.

–He venido a pedirte disculpas –respondió Dylan–. ¿Puedo entrar?

Por si Mia le impedía el paso, Dylan, sin esperar a que le respondiera, se adentró en el piso… y se detuvo bruscamente. Perplejo, vio que el espacio estaba prácticamente vacío. En el cuarto de estar, encima de la moqueta, había un sillón plegable, una cuna y un saco de dormir. Eso era todo.

Él contaba con tres millones de dólares; sin embargo, la mujer a la que amaba, dormía en el suelo. El sentimiento de culpa que le embargó le produjo náuseas. Su propia estupidez le enfureció. Tenía que convencer a Mia de que estaba realmente arrepentido de haberla echado de su casa, de que la amaba.

Con una calma superficial que no sentía, pasó por delante del sillón plegable y se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

–Tenemos que hablar.

Ella le lanzó una furiosa mirada.

–La última vez que me dijiste eso me echaste de tu casa.

–Por favor, deja que diga lo que he venido a decirte. Mia tenía mal aspecto, y eso le preocupó más que nada.

–Está bien, di lo que quieras y luego márchate.

En vez de sentarse en el sillón, Mia también se sentó en el suelo, pegada a la pared perpendicular a la suya.

–Siento haber sido un imbécil y un arrogante. No debería haber decidido por ti qué era lo mejor para ti y Cora.

–¿Y qué te ha hecho cambiar de idea?

Ahora vio sufrimiento en los ojos de Mia.

–Que te fueras.
–¿Y?
–Me he dado cuenta de lo mucho que te quiero. Bueno, en realidad, ya lo sabía, aunque no quería reconocerlo. Mia, sé que no debería haber pensado que podía decidir sobre el rumbo de tu futuro, eres suficientemente inteligente para hacerlo tú sola. Si lo piensas bien, ello me convierte en un perfecto imbécil.
–No eres imbécil –respondió ella automáticamente.
–Estoy dispuesto a aprender de mis errores.
–Está bien, te perdono. Y ahora, vete.
–Eh, más despacio. Quiero darle la vuelta a la situación.
–No sé cómo.
Dylan se la quedó mirando y le sorprendió la pérdida de peso de ella y sus ojeras.
–Tienes muy mala cara –dijo Dylan con brutal honestidad.
–¿Así das tú la vuelta a la situación?
–Perdona –respondió Dylan atisbando una chispa de humor–. Estaba muy preocupado por ti.
–No soy responsabilidad tuya.
–Mia… –¿cómo expresar lo que sentía?–. Sé que no te di elección, pero… tengo que saber lo que quieres, lo que necesitas para ser feliz. Es evidente que no lo eres.
–Estoy rehaciendo mi vida, Dylan. Estoy comenzando de nuevo. Ya no soy la mujer a la que echaste a patadas de tu casa hace ocho semanas.
–¿Has estado enferma?
Mia se encogió de hombros.
–No exactamente. Al marcharme de Silver Glen sufrí una pequeña depresión. Pero no te preocupes, estoy yendo al médico y ya me encuentro mejor. En las próximas dos semanas tengo también tres entrevistas de trabajo. Cora y yo estamos saliendo adelante.
–Pero… ¿eres feliz?
A pesar de haberle dicho que la quería, ella no parecía haber reconocido como tal la declaración de amor.
–Estoy mejor. Dedicada a Cora. La niña es lo único que me importa en estos momentos.
–Voy a preguntártelo otra vez. ¿Qué es lo que quieres, Mia? Si no hubiera sido tan estúpido, ¿habrías sido feliz en Silver Glen?
–Por favor, Dylan, vete –dijo ella con el rostro sumamente pálido.
Dylan se corrió hasta colocarse al lado de ella.
–Quiero casarme contigo, Mia.
La sintió sobresaltarse, pero sin pronunciar palabra. Decidió insistir.
–Te voy a explicar cómo veo la situación. Pero, por favor, no olvides que lo que voy a proponerte depende de tu aprobación y de si quieres.
Necesitaba tocarla desesperadamente y le tomó una mano. Mia no la apartó. Se le abrió la ventana de la esperanza.
–Mi familia tiene los medios necesarios para montar un laboratorio de investigación en Silver Glen. Podríamos contratar a especialistas de todo el mundo. Tú podrías dirigir el laboratorio. O, si lo prefirieses, podríamos

montar un laboratorio solo para tus proyectos. Por mi parte, podría contratar a alguien para que se hiciera cargo del Silver Dollar para cuidar de Cora mientras tú trabajases. Me gustaría adoptarla, si no te importa.

Ya no sabía qué más decir. El corazón se le encogió al ver que Mia no parecía reaccionar.

Por fin, cuando empezaba a sentirse ridículo y deprimido al mismo tiempo, Mia se puso en pie y comenzó a pasearse por la estancia para luego detenerse en la pared opuesta.

–Te agradezco las disculpas y la proposición matrimonial, pero tengo que responder que no.

Un profundo dolor se apoderó de él. Tras tragar el nudo que se le había formado en la garganta, también se levantó.

–¿Por qué, Mia?

En su cama y en sus brazos, habría jurado que Mia sentía algo por él.

–Estoy embarazada, Dylan.

Las emociones amenazaban con ahogarla cuando vio a Dylan palidecer y, con la espalda pegada a la pared, dejarse caer en el suelo.

–¿Cómo es posible? ¿Hay otro hombre en tu vida?

Mia alzó los ojos al techo y negó con la cabeza.

–Ahora sí que estás demostrando ser tonto. No, claro que no. ¿Te acuerdas el día que hicimos el amor casi dormidos, de madrugada? No utilizamos preservativo.

–No sé qué decir –respondió él con voz ronca y ahogada, como si casi no pudiera hablar.

–No es culpa tuya, por supuesto. Los dos somos responsables. Pero soy consciente de que no quieres tener hijos, lo dejaste muy claro. Por supuesto, tendrás acceso a nuestro hijo… si así lo deseas.

–¿Si así lo deseo? –repitió él con evidente perplejidad.

–Pero no tienes por qué preocuparte, no es necesario que cambie tu vida. Yo me encargaré de nuestro hijo.

Dylan sacudió la cabeza como si estuviera saliendo de una pesadilla.

–¿Te has vuelto loca? ¡Naturalmente que quiero a nuestro hijo!

Pero Mia estaba decidida a dejar las cosas claras de una vez por todas.

–¿Y si tu hijo, o hija, se parece a ti? ¿Y si tiene también dislexia? ¿O tiene mal la vista? ¿O un soplo en el corazón? ¿O si se le dan mal los estudios?

Dylan le tapó la boca con la mano y la atrajo hacia sí.

–Entendido, Mia –Dylan sonrió abiertamente–. ¡Cielos, un hijo! –Dylan le acarició el vientre con reverencia–. Vamos a ser padres. Cora va a tener un hermano.

Dylan la besó entonces. Fue una unión posesiva de dientes y lengua que la hizo temblar de pies a cabeza.

Con los ojos llenos de lágrimas, Mia se separó de él para decir:

–Te quiero, Dylan, te quiero mucho. Pero tengo que estar segura de que no nos vas a echar de casa cada vez que me den un premio o que reciba una felicitación por mi trabajo. Tengo que saber que me vas a aceptar tal

como soy y que nuestra relación va a ser una relación entre iguales.

Dylan comprendía perfectamente lo que Mia le estaba diciendo.

–Estoy orgulloso de ti, Mia, siempre lo he estado. Pero lo que más me gusta de ti no es tu cerebro, sino tu corazón. Tienes mucha capacidad de amor, Mia, amor por Cora, por mí… Quiero que tú también estés orgullosa de mí. Quiero ser tu amigo, tu amante, el padre de Cora… Te amo, Mia, siempre te amaré.

Mia le miró fijamente y abrió mucho los ojos.

–Lo dices en serio, ¿verdad? Sí, lo has comprendido.

–Me ha llevado un tiempo, pero sí, lo he compren-dido.

Mia se arrojó a sus brazos y le apretó con fuerza.

–Te adoro, Dylan Kavanagh.

Acariciándole el pelo, Dylan le apoyó la barbilla en la cabeza a Mia. Un momento después, se apartó de ella y le tomó las manos.

–El fin se semana que viene nos casamos. Mi familia conoce a todo el mundo en Silver Glen. Podemos celebrar la boda en el hotel o, si lo prefieres, en una iglesia. Zoe te podría ayudar a comprar un vestido de novia…

Mia le puso una mano en la boca.

–No te va a resultar fácil dejar que yo tome decisiones, ¿verdad?

Dylan le mordisqueó los dedos.

–Supongo que vamos a discutir bastante. Pero te quiero, Mia, más de lo que te puedes imaginar, a pesar de esa maldita inteligencia tuya.

Dylan se quedó muy quieto cuando Mia le puso las manos en las mejillas y le miró a los ojos fijamente. Lo que vio en ellos debió tranquilizarla, porque al hablar lo hizo con decisión y fuerza.

–Quiero pasar el mayor tiempo posible contigo y con nuestros hijos antes de que empiecen el colegio. Eso es realmente importante para mí. Pero también, lo que has dicho respecto a un laboratorio para mí… eso me permitiría trabajar en casa también y tener un horario flexible.

–Nuestros hijos –dijo él con gravedad. Mia y él iban a fundar una familia. Un extraordinario entusiasmo se apoderó de él–. Creo que…

–¿Qué, Dylan?

Dylan tragó saliva.

–Creo que voy a intentar acabar los estudios que abandoné. Con tu ayuda.

Mia no creía que pudiera quererle más.

–¿Me creerías si te dijera que a mí eso no me importa? Te quiero, Dylan Kavanagh. Siempre te querré.

–No lo voy a hacer por ti, sino por Cora, por el niño que llevas dentro y por mí –Dylan le puso las manos en el vientre–. Tengo la impresión de que va a haber más de un genio en la familia, así que será mejor que me espabile.

Mia apoyó la cabeza en el pecho de él.

–Vas a ser un padre maravilloso.

–Y tu amante –le recordó él.

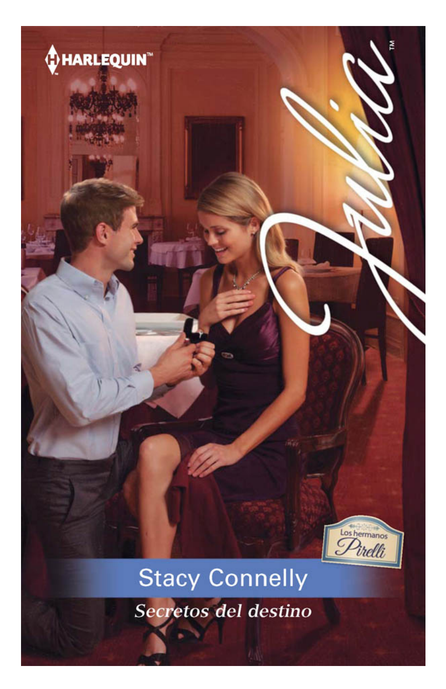
–Sí, también.

Dylan paseó la mirada por la pequeña estancia, refugio de Mia durante

unas largas y dolorosas semanas.

–Mia, mi amor, creo que ya podemos irnos de aquí. Agarremos a Cora y marchémonos a casa. Ya sois mías las dos, para siempre.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com